

El Viaje de Roma

Escrito por Michelle Tishman

© Michelle Tishman – Todos los derechos reservados

Obra registrada en el *Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid*. Queda prohibida su copia, distribución o venta sin autorización expresa de la autora.

Para mi querida Roma;
lo logramos.

PARTE I

{ UNO }

Mirar el mostrador que sostenía todas las botellas de alcohol que mi imaginación creía capaz de probar al mismo tiempo, (cuando en realidad no aguantaba más de media copa); se había vuelto mi actividad favorita de los viernes en la noche. Me gustaba imaginar su sabor, su color, su consistencia. También la reacción que tendría cada una al pasar de mi boca a mi garganta, y de mi garganta a mi estómago. Mmmm, sí... me ardía. Eso era lo que todas tenían en común. Pero no era un ardor malo no; de hecho, me fascinaba. Y antes de que empiecen los comentarios descontextualizados- no, no soy una alcohólica. Yo más bien me llamaría *aficionada a lo desconocido*.

Un segundo- qué grosero de mi parte. Me presento.

Mi nombre es Roma Cohen. Pelo negro, corto y lacio; nariz alargada, pómulos marcados, cara redonda, sonrisa grande, ojos castaños, cejas delgadas y orejas grandes. 24 años, hija única, felizmente nacida en México. Pasé gran parte de mi vida viviendo en mi país de origen, y cuando terminé la universidad a los 22, decidí mudarme a Barcelona para trabajar. Gracias a mis ancestros y afortunadamente para mí, tenía la nacionalidad española, y decidí hacer algo bueno con ella. No les mentiré, los españoles me caían muy bien (con sus excepciones, claro), pero no podía estar más feliz de haber encontrado aquel pequeño y clandestino bar, al que iban varios mexicanos, pues el mismo dueño y barman lo era.

Ahora si... ¿dónde estaba? Ah sí, claro- *aficionada a lo desconocido*.

Yo pasaba 70% del tiempo dentro de mi cabeza, imaginando lo que podría ser, y dándole mi propio significado a aquello que ya era. Ir a ese bar cada viernes era como olvidarme de quien era por un rato, para observar a las demás personas e imaginarme todo acerca de ellos. Su edad, sus problemas, si

tenían hijos, pareja; la razón por la cuál habían llegado al mismo lugar que yo. Sé que suena un poco raro, pero en realidad les sorprendería todo lo que la mente puede llegar a imaginarse en tan poco tiempo. Me intrigaban tanto todos, que mi mente necesitaba respuestas, información. Y al no poder obtenerla, sacaba mis propias conclusiones. Claro que pude haberme acercado a preguntar. Pero, ¿y si mentían? ¿Y si me tiraban el vaso encima? ¿Y si sacaban una pistola y... Está bien, probablemente eso nunca fuera a pasar. Honestamente, todas esas eran excusas. Claro que pude haberme acercado a preguntar, pero para mí siempre fue más divertido imaginar.

Bueno, algo así. Decir *siempre* sería mentir. Y no es precisamente contar una historia falsa la razón por la que escribo esto. Sencillamente llegan momentos... y personas, que cambian las cosas, que alteran tu vida... para bien, o para mal. Y vaya que esta historia es demasiado buena como para no compartirla con ustedes. Eso es solamente claro, en mi humilde (y correcta) opinión.

-Un vodka con jugo de naranja, por favor.- Le dije a Marco, el *barman*. Alto, musculoso, bien peinado, ceja gruesa, sonrisa grande, uno que otro tatuaje... y gay. Créanme que lo intenté, pero le va al otro equipo.

-Algún día vas a tener que cambiar de trago. Necesitas mejorar tus gustos.- Dijo, mientras me servía el espeso líquido en un vaso transparente de vidrio.

-Y si la gente dejara de juzgar todo, seríamos más felices y habría paz mundial.- Dije mientras probaba mi tercer vaso de la noche. Ya sentía un cosquilleo en la lengua, ese que anunciaba que el alcohol empezaba a afectar mi razonamiento. -A ver Marco, me gustaría mucho probar todo lo que tienes en tu bar, de verdad, me llama mucho la atención.- Levanté la mano derecha, como haciendo un juramento de honestidad. -Pero, ¿qué quieres que te diga?

Soy aburrida y me gusta la rutina. Y este vodka no lo cambio por nada del mundo.

-Como tú mandes, loca.- Dijo entre risitas, negando con la cabeza.

-Gracias por el cumplido, orangután.- Ambos nos reímos un rato, bromeamos, y nos burlamos de nosotros mismos; hasta que llegó otro cliente. Marco paró el ojo rápido, y yo sabía qué significaba eso. Le había gustado. No me molesté en voltear, pues yo estaba muy entretenida dibujando cosas en mi servilleta.

-Un whiskey, por favor.- Dijo la voz de quien ahora estaba sentado a lado mío.

Solté una risita.

-El trago de la gente rica.- Dije sin pensar. Abrí los ojos, sorprendida por mi comentario impertinente, y miré a Marco, quien ya tenía una mirada de advertencia puesta sobre mí. Con cuidado y lista para disculparme, miré al extraño que estaba sentado a mi lado. Estaba concentrado escribiendo algo en una libreta mientras agarraba el whiskey que Marco acababa de servirle. Parecía metido en su mundo, ajeno por completo al comentario que había hecho. *Menos mal*, pensé.

Me tomé un momento para observarlo. Era un hombre más o menos de mi edad. Tenía las facciones muy marcadas, mandíbula y pómulos; y pelo rizado de color castaño. Sus cejas gruesas y oscuras, nariz ancha y liza, ojos cafés, casi negros; estatura alta. Su cuerpo delgado, pero no demasiado. Manos grandes, reloj en la muñeca izquierda. Se mordía el labio de abajo, concentrado en las palabras que trazaba su pluma.

Mi curiosidad hizo acto de presencia. ¿Qué estaría escribiendo? Se veía muy concentrado. *Tú nunca preguntas. No preguntes.* Me dije. *Pon a trabajar*

la imaginación. ¿Una lista de súper? ¿Nombres para sus futuros hijos? ¿La lista del súper? No, no, esa ya la había dicho. Carajo, no sé me ocurría nada.

-Otro vodka, Marco. Por favor.- Marco puso cara de pocos amigos, pues ya era mi cuarto, pero le puse cara de súplica y accedió. Al fin y al cabo vivía a una cuadra, y me regresaba caminando.

Tenía que pensar en algo. ¿Qué más escribes en una hoja? Cuentas, números, incluso podría estar dibujando círculos. Las opciones eran infinitas. *Reflexiones.* Pero esa no podía ser, porque hay demasiadas cosas sobre las cuales reflexionar, y yo no quería quedarme con la duda. Súper. Tenía que ser la lista del súper.

Sí, eso era.

-Otro whiskey, por favor.- Dijo el extraño después de unos minutos, mientras arrugaba la hoja que había escrito con el ceño fruncido. Noté la ausencia del acento español, y me di cuenta de que era mexicano también. Soltó un suspiro- parecía frustrado.

No me incumbe, no me incumbe.

Marco me entregó mi vodka y le di un trago grande, mientras intentaba ver lo que decía la hoja. Imposible. Pero entonces, llegó mi oportunidad. Sin darse cuenta, al entregarle el whiskey, Marco tiró la pluma del hombre y yo decidí hacer mi gran entrada. Me agaché y la tomé, y al enderezarme, el extraño ya tenía la mirada fija en mí. No era precisamente la mirada más amigable, pero a mí me pareció muy linda.

-Toma.- Le entregué la pluma, y desvió la mirada, concentrándose en su hoja.

-Gracias.- Murmuró bajito.

Bueno, tiene modales.

-¿Qué escribes?- Le pregunté por fin, dándome por vencida.

-Cosas.- Respondió seco y sin mirarme a los ojos.

Retiro lo dicho, modales fuera de la lista.

-Qué humor eh.- Me reí bajito y le di un trago a mi vodka. Esperé una respuesta, pero nada. No respondió. Estaba claro que no quería entablar conversaciones con nadie, pero honestamente no me importó. Yo necesitaba saber qué escribía en ese papel. -¿Entonces? ¿Qué escribes?- Volví a preguntar.

Me miró con cara de pocos amigos, y volvió a centrar su atención en el papel.

-Cosas.- Repitió.

-Bueno, también me gustan las adivinanzas. A ver, ¿son reflexiones? Aunque espera, espera, tienes que darme tres intentos. Y una pista. Una pista al menos.

Me volvió a mirar, pero esta vez con cara de incredulidad. Levantó una ceja, cruzó los dedos de las manos y finalmente, habló.

-Contiene productos que compras en un lugar llamado súper.- Sonrió cínicamente, y volvió su atención a la hoja.

-¿Una lista de súper?- Pregunté, frunciendo el ceño. Él solo asintió con la cabeza, sin mirarme a los ojos. -No te creo. Eso no es una lista de súper, nadie se concentra tanto en una lista de súper. Además te ves... misterioso. Un hombre misterioso no escribe listas de súper. Un hombre misterioso no *va* al súper.

-¿Y qué hace un hombre misterioso?

-Mmm, bueno. Hace que alguien más haga el súper por él.

El hombre soltó una risa burlona sin mover un solo músculo de su cara, y volvimos al silencio. Sí, definitivamente no estaba interesado en hacer plática. Pero mi curiosidad por ese papel continuaba, y peor aún, crecía más conforme menos respuestas obtenía. ¿Por qué tanto misterio por una hoja de papel?

-Yo creo,- Comencé a hablar otra vez. -Que eres una clase de asesino serial. Algo así como Ted Bundy, parte dos. Eso, o simplemente eres alguien común y corriente que quiere hacerse el misterioso.- Hice una pausa. -O... te importa un carajo lo que tenga que decir y solo quieres que deje de hablar porque no viniste a escuchar a una loca vomitar teorías sobre tu vida privada.- Incliné la cabeza pensativa, y miré el estante con los alcoholes durante unos segundos. -Sí, definitivamente es la primera.- Empecé a reírme sola por mi comentario, y lo absurdo de la situación. -Bueno, está bien. Ya me callo y te dejo escribir.

El extraño me volteó a ver y sonrió de lado, agradecido por mi decisión final. Después volvió a su papel.

Creo que la curiosidad mató al gato.

Alias, yo.

{ DOS }

Ya era viernes otra vez. Eso significaba una cosa: por fin era mi día. El único día de la semana que era para mí, y solo para mí. Bueno, el viernes y el sábado- pero me gustaba más el viernes. No trabajo, no responsabilidades, no soportar gente indeseada- nada. Podía ir a platicar con Marco y tomarme algo mientras leía un libro. Ese era mi plan.

-Llegaste más tarde hoy.- Me dijo Marco cuando tomé asiento en uno de los lugares de la barra. Ya eran las diez de la noche, y usualmente llegaba antes, pero había perdido el tiempo toda la tarde. Siempre me pasaba lo mismo. Se me iba el tiempo como agua de río.

-Ya ves.- Dije con una sonrisa, y le pedí lo mismo de siempre. Saqué mi libro, y me puse a leer.

-Sabes que eres la única loca que se pone a tomar y a leer en un bar, ¿no? - Me dijo Marco.

-Qué aburrido es lo normal.- Le guiñé un ojo, y me centré en mi lectura.

Había comprado *The Notebook* meses después de haber visto la película por primera vez. Caminando por unos puestos que vendían libros usados en la calle, me topé con la portada de este. Ya sabía que lo iba a comprar, pues además de ser una romántica, me había encantado la película; sin embargo, decidí hacerme tonta un rato. Divagué por el puesto, agarré unos cuantos libros, leí las contraportadas, y finalmente, terminé regresando por el que había captado mi atención.

Noah, el protagonista de la película, era terco, poco convencional y ambicioso. Ali, su novia, era otro caso. Aventurera, sensible, intensa y orgullosa. Y bueno, como Noah- bastante terca también. Siempre vi a Noah como un tipo de ancla para Ali. No el tipo de ancla que te amarra al piso y no

te deja volar. Sino más bien la clase de ancla que te observa emprender vuelo, y cuando es necesario, te extiende la mano para que no te pierdas. Como un puerto seguro.

-Un whiskey, por favor.- Escuché a mi lado.

Esa voz la reconozco. Pensé, sin desviar la mirada de mi lectura. Prefería no verlo, pues seguramente iba a estar haciendo algo que captara mi atención, y él no era precisamente el tipo más hablador.

Unos segundos después, Marco me entregó mi trago de siempre, y el whiskey al hombre de a lado. Levanté mi vodka y le di un trago. Me quemó la garganta, y el estómago después. Sonreí satisfecha.

-¿El trago de la gente pobre?- Escuché su voz.

Primera reacción- ¿qué carajo?

Segunda reacción- ¿de qué habla?

Tercera reacción- risa incontrolable

El extraño me miró con expresión confundida, como si se hubiera encontrado la moneda más extraña en la calle. Claro que por la forma en la que me miraba, no pude evitar reírme más. Y más, y un poquito más. Solo que esta vez, sin una gota de alcohol en el sistema.

-Entonces si me escuchaste.- Sonreí de forma cómplice.

-Puede.- Dijo inexpresivo, restándole importancia. Tomó su whiskey y le dio un trago. -¿Qué lees?

Volteé a ver a mi libro. ¿No conocía *The Notebook*? A este hombre le faltaba romance en su vida. Bueno, técnicamente a mi también, y esa era la razón por la cual lo leía, pero ese no era el punto.

-Cosas.- Dije, imitando su forma seca de responder. El levantó una ceja sin mirarme, y la volvió a bajar. Después movió el hombro, como riéndose internamente, y finalmente me volteó a ver.

-Qué misteriosa.- Dijo con cinismo. Me dolió el orgullo- esperaba algo más. Aún así, fingí que no estaba sorprendida en lo absoluto.

-En vivo y a color.- Dije con una sonrisa. -Además, ¿qué? ¿No puedes buscar el título en internet?

-¿Por qué lo buscaría si puedo preguntarte?

-Asertivo con las palabras.- Dije, pensativa.

Voltee a verlo para debatirle su último comentario, pero, sin darme tiempo, agarró el libro que sostenía en las manos y comenzó a analizarlo. *¿A este que le pasa? ¿Quién se cree para agarrar mi libro sin permiso?* Quise tomarlo de regreso, pero cuando me di cuenta de la forma en la que lo analizaba, decidí no hacerlo. Era raro encontrar personas a las que les interesara un libro de verdad.

Y justo cuando empezaba a caerme un poco mejor...

-¿Romántico? Creí que estabas leyendo algo más interesante.

¿Cuál es su problema?

-¿Lo conoces?- Pregunté, pensando bien mi siguiente comentario.

-No.- Respondió en tono indiferente.

-Juzgando antes de conocer. Tiene sentido.- Dije, y acto seguido tomé mi libro de regreso y comencé a leer desde donde me quedé.

-Mi padre decía que la primera vez que te enamoras te cambia la vida para siempre, y por más que lo intentes, jamás lograrás borrar ese sentimiento tan profundo. Esa chica fue tu primer amor, y hagas lo que hagas, siempre estará presente en tu corazón.

Sonreí al leer esas líneas. Era obvio que Noah siempre iba a tener un lugar especial para Ali en su corazón, y el hecho de que ya lo supiera estando tan joven, me ponía a pensar (y aún ahora lo hace). ¿Será que realmente era

necesario cumplir cierta edad para experimentar el amor? No lo creía. Es decir, cuando somos chicos experimentamos otro tipo de amor, sí. Como el que le tenemos a mamá y a papá, o a algún familiar cercano a nosotros. Más adelante viene otro tipo de amor, ese que las películas tienen tan trillado ya. Aunque tengo que admitir que me gustaba- gusta (solo un poquito) esa clase de romance, tenía claro que no son remotamente parecidos a la realidad. Y qué bueno. La realidad era mucho mejor, si me preguntan. En los libros y las películas tienes uno, máximo dos climax; en la vida real tienes una cantidad indefinida. No es que te topes con el amor de tu vida en el pasillo un día de verano, recoja los libros que te tiró, duren juntos cinco años se casen tengan hijos y se mueran abrazados en la misma cama de viejitos. Como yo lo he visto desde chica, no basta solo con querer a la persona si no decides quedarte para trabajarlo día a día, pase lo que pase.

Bueno, eso no es cierto- retiro lo dicho. Si te pone el cuerno, (mi humilde consejo), quémale el carro.

-Juzgar antes de conocer.- La voz del extraño me regresó de golpe a la realidad. Me di cuenta de que llevaba ya unos minutos viendo a la nada, metida en mis pensamientos. -¿Proyectándote? Considerando que, sin haberte dirigido una palabra, ya estaba clasificado como el rico que toma whiskey. Eso sin mencionar que dos minutos después ya habías hecho tres teorías de quién era, y creíste prudente determinar que “Ted Bundy parte dos”, era la más acertada.

-Mira nada más.- Dije con una sonrisa. -El hombre habla.

-De todo lo que dije, ¿te quedas con eso?- Soltó una risita burlona y agarró su whiskey. -Regresa a tu libro mejor.

-¿No prefieres saber lo que estaba pensando?

-No.

-¿Seguro?

-Sí.

-¿Segurísimo?

-Sí.

-Bueno.- Dije por fin, y regresé la atención a mi libro. Quise contarle de todos modos, pero por esa vez decidí callarme la boca y concentrarme en lo mío. Aunque, si soy honesta, no me pude concentrar muy bien, pues alcancé a ver de reojo la mirada pensativa del extraño, clavada en mi libro.

¿La curiosidad mató a quién ahora, eh?

{ TRES }

-Dame algo fuerte.- Damas y caballeros, les presento los efectos secundarios de tener un día de mierda, que transcurrió algo... así.

-No es suficientemente bueno, Roma.- Dijo Elena, mi jefa, mientras deslizaba mi libro sobre su escritorio para entregármelo.

Trabajé todo un año, casi dos en ese libro. Me desvelé incontables noches puliendo detalles, investigando, mejorando, agregando, eliminando... solo para que, en dos días, la opinión de una persona destruyera todo ese esfuerzo. Por desgracia, esa no era cualquier opinión.

En ese entonces, yo trabajaba en una compañía periodística, publicando artículos. Ya llevaba dos años ahí; mi primer año estuve a prueba, con un salario bastante bajo, y el segundo de trabajo completo y sueldo estable.

Elena Montero era mi jefa. Bueno, era más que solo mi jefa- también era uno de mis ejemplos a seguir. Mujer española, alta, de complexión delgada, siempre de tacón alto y ropa exótica y fina a la vez. Pelo rojo cereza (pintado), y fleco poco arriba de las cejas. Sus ojos, una mezcla entre verde y café claro, labios delgados y perfectamente pintados. Facciones marcadas. Pero claro, su apariencia física no era lo que la hacía mi ejemplo a seguir.

Los libros que había escrito, los artículos que había publicado... me fascinaban sus trabajos. Las cosas que ella escribía transmitían, haciéndote sentir de todo un poco. Digamos que su opinión me importaba... a grande escala. Y tratándose de los mejores trabajos que había hecho hasta entonces, su comentario me cayó como shot de tequila en estómago vacío.

-¿No- no le gustó?- Tartamudeé, insegura.

-Mi opinión no cuenta aquí, Roma. Ese no es el punto. La trama pudo o no haberme gustado, pero de lo que yo hablo es de cómo se desarrolla tu historia.

-¿Qué pasa con mi historia?- Pregunté, preocupada por su respuesta.

-Rompe las normas. Así no se escribe un libro, cariño. Te sales de los requisitos, juegas con la línea temporal a tu antojo y la narración de los personajes...- Hizo una pausa y me miró con lástima en los ojos. -Roma, tu libro es un caos.

-¿Lo puedes creer? ¡Eso fue lo que dijo!- Exclamé molesta, después de mi tercer trago de viernes por la noche. Marco me hizo compañía mientras me desahogaba. -“Mi opinión no cuenta aquí, Roma.” ¡Ay por favor!

-Roma...

-Que soy un caos, dijo. ¡Un caos!

-Roma...

Recargué mi frente en la barra rendida, y suspiré.

-Sí soy un caos.

-Roma,- Comenzó a decir Marco, pero alguien lo interrumpió.

-Dijo que tu libro era un caos, no que tú fueras un caos. Y en todo caso, el caos es algo subjetivo.- Volteé la cabeza y ahí estaba el extraño, sentado en una mesa con su whiskey. Hacía bastante frío, por lo que llevaba puesto un abrigo de cuero negro. Las veces que lo había visto era en la barra, así que no me di cuenta de que estaba ahí sentado, y considerando lo fuerte que estaba hablando, probablemente ya había escuchado toda mi trágica historia. -Al final sí terminó dándote su opinión. Dijo que no era lo suficientemente bueno, pero claramente sí lo fue para ti, si no no lo hubieras escrito. Mientras exista más de

una perspectiva sobre algo que no sea un hecho comprobado, lo que sea que digas sobre él será solamente eso. Una opinión.

-Madre mía.- Dije, recargando la cabeza sobre la barra mientras lo veía.

-O hablas mucho, o hablas muy poco- y, o comentas en el momento perfecto, o en el peor de todos.

Él solo levantó los hombros, indiferente a mi comentario.

-Sí.

-Y cínico encima de todo.

Asintió con la cabeza y tomó de su whiskey.

-Sí.

Me quedé pensando unos momentos; estudiando sus palabras, analizándolo lo poco que podía, pues no me daba para mucho la imaginación en esos momentos. Al final, decidí hablar.

-Gracias.

El extraño frunció el ceño confundido, como si le hubiera dicho que se casara conmigo.

-¿Gracias de qué?- Dijo seco, todavía confundido.

-Por lo que dijiste. No sé si tu intención era ayudarme, pero igual lo hiciste.- Sonreí y repetí. -Gracias.

{ CUATRO }

-Demanda...¿una demanda?- Pregunté, aún confundida.

Yo nunca fui una persona muy entendida en el mundo laboral. En realidad, todo lo que tenía que ver con negocios, contratos, dinero, hipotecas... no, no. Creo que las hipotecas no tienen nada que ver con el punto al que quiero llegar. Digamos que... digamos que cuando vi la película de *El Lobo de Wall Street* con Leonardo (papi) DiCaprio, no entendí nada. La vi para entender, y terminé más confundida. Mentira... nunca la terminé de ver.

Perdón, me estoy desviando del tema.

Hacía unos días, la compañía periodística para la que yo trabajaba recibió una demanda, y ninguno de los empleados se había enterado hasta ese día. Los jefes de departamento decidieron mantenerlo en privado, mientras intentaban evitar que la situación escalara (no querían un escándalo), pero al no lograrlo, tuvieron que emitir el comunicado: *Énfasis* había recibido una demanda. Pero, ¿quién había demandado? ¿Y por qué?

En cuanto vi el comunicado, me dirigí a la oficina de mi jefa. Necesitaba entender de qué se trataba, qué tan grave era.

-Sí, sí, Roma. Una demanda.- Repitió Elena mi jefa entre dientes. Claramente no estaba de buen humor.

-Sí, sí- eso me queda claro. Lo que no me queda claro es... por qué, quién, cómo.

Elena se levantó de su silla, y se dirigió a una mesa que estaba en medio de la oficina.

Nuestras oficinas en *Énfasis* no eran muy grandes, pero tampoco muy pequeñas. Todo dependía del puesto que tenías. Para una periodista como yo, pues... digamos que mi oficina no era realmente una oficina. Era más bien un

pequeño cubículo, dentro de un laberinto de cubículos. Algo así como en la serie de *The Office*. Pero claaaro- puestos más importantes como el de Elena eran premiados con oficinas grandes, vistas panorámicas y cafeteras. Sí, la cafetera y la vista eran mi envidia diaria.

Encima de la mesa que había en la oficina de Elena, habían revistas, periódicos, fotografías, y mucho, mucho papeleo. Tomó un sobre blanco, y me lo entregó. Lo miré durante unos segundos, preguntándome qué había dentro de él. *¿La demanda super secreta de la que todos hablaban con tanto misterio?* Procurando no romper la envoltura, abrí el sobre. En él venía escrito mi siguiente trabajo.

-Pero...- Miré a Elena, genuinamente confundida. -¿Y esto qué tiene que ver con la demanda?- Fruncí el ceño.

-Nada.- Elena tomó asiento en la parte delantera de su escritorio, y me miró. -¿Qué? No me mires así, querida. No pienso contarte nada sobre la demanda. Tienes derecho a saber que nos demandaron, pero no más. Te estimo, linda, pero recuerda tu lugar en esta empresa.- Sonrió con un ápice de lástima, y mi estómago dio una vuelta. Náusea. Odio la lástima.

No esperaba que me dijera algo así. Yo entendía mi lugar en la empresa, y no es que quisiera todos los detalles, pero consideraba que lo mínimo que merecía era saber qué es lo que estaba pasando. No solo yo, sino todos los demás trabajadores. Tenía muchas preguntas en la cabeza- ¿quién estaba demandando? ¿Nos merecíamos la demanda? Podrían estar demandando por mil y un razones. Por alguna ruptura de contrato, por algún abuso, por explotación laboral, por difamación, por plagio... Bueno, al menos eso es lo que veía por ahí en una que otra película.

El teléfono de Elena sonó, y se escuchó la voz de su secretaria al otro lado de la línea.

-Disculpe jefa, ya está aquí el señor Durant.

Elena inhaló profundo. Parecía que quería desaparecer, esconderse debajo del escritorio, correr... Pero Elena era una mujer de control, así que no le duró mucho. Segundos después, ya había dibujado su perfecta sonrisa y levantado la barbilla, lista para... ¿irse a la guerra?

O mejor dicho... a juicio.

-Déjalo pasar, Miranda.- Respondió finalmente a su secretaria.

Nos miramos durante unos segundos, en silencio; yo, sin saber bien qué decir, o qué hacer. Sabía que tenía que irme, obviamente. Elena prácticamente ya me había dicho todo lo que había por decir, y yo no tenía nada más que hacer ahí. Pero... me quedé. Tal vez si presionaba un poco más, tal vez si se percataba de que no me iría hasta saber más sobre la situación- si aguantaba un minuto, un *segundo* más...

Esperamos, y esperamos, y esperamos. La aguja del reloj en la pared marcó las 3:15.

Tocaron la puerta.

-Adelante.

La puerta se abrió, y agradecí que haya sido así. Ya no aguantaba ver a Elena un segundo más, y por la mirada que tenía puesta sobre mí, supuse que ella tampoco. En cualquier momento iba a tirarme su computadora a la cara, mientras me gritaba que me largara.

Giré mi torso para conocer al tal señor Durant.

Ya no estaba tan agradecida por la visita.

Abrí los ojos tanto, que creí que iban a tener que hacerme cirugía reconstructiva para colocarlos de regreso en su lugar. *¿Qué hace este aquí?* O eso era una broma del destino de esas que, o te mueres de la risa porque sino

lloras; o definitivamente me habían inyectado alucinógenos de camino al trabajo.

Esa maldita sonrisita.

Delante de mi estaba nada más y nada menos que Ted Bundy versión dos, niño-rico-toma-tragos-de-ricos, alto (y para mi desgracia) guapo, cínico, sarcástico, sabelotodo y frío, que conocí en el bar.

-Hola, Roma.

{ CINCO }

No es que lo odiara. Realmente no iba por ahí. Tal vez un poco, casi nada. Pero no iba por ahí. Solo no me gustaba verlo. Ni escucharlo. Ni tenerlo cerca. ¿Qué? ¿Me culpaban? O interrumpía mis pláticas, o era un sabelotodo, o tenía que tener siempre la última palabra.

Bueno, eso es lo que asumía (y medio concluía). Tenía que admitir que nuestra última conversación no fue tan mala. Aunque en realidad había tenido, si mal no recordaba, apenas una conversación decente con el... susodicho. El señor *Durant*. Hasta el apellido tenía que ser-

-¿Os conocéis?- Preguntó Elena, interrumpiendo mis pensamientos no tan positivos.

-No.

-Sí.

Dijimos al mismo tiempo. Yo claramente siendo la dueña del *no*.

-¿Sí o no?- Rió mi jefa forzadamente.

Miré a Durant por un momento, extendiéndole mi más sincera cara de “gracias por nada”, y después volteé a ver a Elena, usando la misma sonrisa que tanto le encantaba usar con todos.

-Conocidos. De vista. Nada más.- Respondí sin titubear.

-Disculpe señor, ¿desea algo de tomar?- Preguntó Miranda con una sonri(sota) en la cara. Bueno, al menos alguien estaba contenta de verlo. Ya tenía los ojos brillosos de tanto admirar al hombre, y estaba a nada de salirle chispas por las pupilas.

A cambio, Durant le dedicó una sonrisa coqueta.

-Un café americano, por favor.- Dijo por fin.

¿Les traigo algo más mientras se comen con los ojos? ¿Una copa de vino, un aperitivo, un postre? Puse los ojos en blanco.

-Enseguida, señor.- Dijo Miranda y cerró la puerta detrás de ella.

Elena le indicó que tomara asiento, y eso hizo. Pasó a lado de mí con un aire ligero y despreocupado, y tomó asiento delante de mi jefa. Traía un maletín negro, ¿para qué? No lo sé. Probablemente venía con un montón de fajos de billetes de 40,000 pesos para sobornarla y decirle que...

-No sabía que tendríamos compañía.- Habló Durant, refiriéndose claramente a mí.

-No la tenemos.- Dijo mi jefa secamente, mientras me dirigía una mirada que decía “ya sabes dónde está la puerta”.

Sonreí tímidamente, y dirigí la mirada hacia el (ya no tan) extraño del bar. Se había girado levemente sobre su silla para sonreír con cinismo mientras disfrutaba de que mi jefa me corriera en frente de él.

Lentamente, fui dando pasos en reversa hasta chocar con la puerta. Di la vuelta para abrirla, salirme, y cerrarla detrás de mí. Suspiré.

-Maldita curiosidad estúpida.- Dije, recargada de espaldas contra la puerta de la oficina de Elena.

De repente, algo en mi cerebro hizo *click*, y aunque no era el click más racional, decidí hacerle caso de todas maneras. Así que pegué la oreja en la puerta, y escuché con atención a la conversación entre mi jefa y Ted Bundy.

-Bueno, David.- Dijo Elena, y por el tono de su voz, parecía ser que no era muy fan de David. -Sabemos que no es la primera vez que le pasa algo así a Énfasis. Anda, nunca iremos a juicio.- La incredulidad en su voz era obvia. - ¿De verdad quieres pasar por este largo y tedioso proceso?

-Precisamente, Elena.- Dijo David. No pude descifrar su tono. -Esta no es la primera vez. ¿Qué pasa? Veo que le cuesta trabajo a tu empresa mantenerse recta.

¿Recta? ¿A qué se refiere? ¿Qué hizo Énfasis?

-Roma.- Dijo una voz detrás de mi y salté del susto como nunca antes en mi vida. Peor que aquella vez que me atraparon comiéndome las paletas de mis compañeros de Kinder.

-Miranda.- Sonreí nerviosa. Mi vista topó con los cafés que tenía en las manos, y pensé rápido en una solución. Tenía que zafarme de dar explicaciones que, por obvias razones, no quería dar en lo absoluto.

Tomé ambos cafés, y entré sin avisar a la oficina de mi jefa. Ambos pausaron su conversación para mirarme. Elena me dedicó una mirada de advertencia, como diciéndome que me saliera o me abstuviera a las consecuencias. No me importó mucho porque, ay vamos, solo quería ser buena persona y llevarles sus cafés; nada de nada por nada de nada tenía la intención de espiar la conversación que estaban teniendo, ni muchísimo menos saber qué carajo estaba pasando. No iba por ahí.

Definitivamente me van a despedir hoy.

David me miraba con cara de diversión y expectativa, mientras dejaba los cafés sobre el escritorio de mi jefa. Dispuesta a largarme de ahí, moví mis pies en dirección a la salida. Pero no me duró mucho la huida.

-No sabía que trabajabas de secretaria, Roma.- Dijo David, con un tono tan sarcástico que ni parecía sarcasmo. -No era ese el trabajo de... ¿cómo se llamaba la chica? Ah sí.- Chasqueó la lengua. -Miranda.

-Sí, sí lo es.- Dijo Elena un poco...¿apenada? -Es solo que Roma es buena empleada, simplemente le gusta ayudar a quien puede, ¿no es así, linda?-

Preguntó con cara de pocos amigos, y yo solo pude asentir con la cabeza. -Ya que estamos hablando de esto... ¿de dónde os conocéis?

Iba a responder, a decir la verdad, pero David se me adelantó.

-De por ahí.- Dijo con desinterés en la pregunta. -¿Continuamos?- Preguntó y me volteó a ver. En su cara se dibujó una media sonrisa- cínica.

{ SEIS }

Estuvieron dentro de la oficina durante más de una hora. Intenté usar ese tiempo para trabajar en lo que Elena me había encargado, pero no pude. Mi mirada se mantuvo fija en esa oficina durante mucho tiempo, viajando entre las posibilidades de esa reunión. ¿Qué hacía David ahí? ¿Él había sido quien puso la demanda a Énfasis? Mi cerebro amenazaba con explotar en cualquier momento. Tenía que ocuparlo en otra cosa, así que me levanté de mi escritorio y me dirigí a la impresora.

Copias.

Y copias.

Y más copias.

Qué coincidencia tan rara que haya sido justamente él quien apareciera en *mí* trabajo, para hablar con *mí* jefa, y tomarse *mí*- bueno, y tomarse el café de la oficina.

Suspiré molesta, y apreté el botón de la máquina otra vez. Mientras el aparato hacía sus maravillas, decidí que era momento de que yo fuera por mi café del día. O tal vez un té negro. O un calmante. Todavía no me decidía.

Al darme la vuelta, me topé con un cuerpo rígido y alto.

Es broma, ¿no?

Decidí no mirarlo a la cara mientras rompía el silencio.

-Con permiso.- Le dije. Él simplemente se hizo a un lado sin decir una palabra, y comenzó a alejarse en la dirección a la que estaba yendo. -Ey, ey, ey, ey, espera un segundo, ¿a dónde vas?

David solamente levantó las cejas, como preguntándome, ¿y ahora qué necesitas?

-¿Por qué demandaste a Énfasis?- Pregunté, y David soltó una risita burlona. *¿Y por qué se ríe?* Ya me estaba empezando a molestar otra vez.

-Veo que tu jefa no te dijo nada.- Puso las manos en su pantalón. -Que por cierto, qué señora tan desagradable. Pobre de ti.- Dijo, fingiendo lástima por mí.

-No sabes cuánto te lo agradezco.- Dije con sarcasmo, y la misma lástima fingida. -¿Entonces?- Presioné.

-Yo no demandé a Énfasis.- Dijo ladeando la cabeza. -Yo represento a quien puso la demanda. Soy abogado, Roma.

Chispas.

Abogado.

Abogado.

Abogado.

A-bo-ga-do.

5 sílabas. 2 vocales. Y una palabra de 7 letras de la cuál no tenía ni idea. Que claro que vi la película de *La Raíz del Miedo*. Muy buena por cierto. Y la serie de *Law and Order*. Y *Suits*. Y todo eso pero... si David era abogado, y estaba defendiendo a la compañía que nos había puesto una demanda. Con lo necio, terco y... un poco inteligente que era- dios, ¿me iba a quedar sin trabajo?

Era momento de tomar lados. Hacerme amiga del enemigo, por si llegaba a cerrar nuestra compañía y me quedaba sin trabajo = se apiadarían de mí; o del lado de Énfasis, y bueno, fiel hasta el final. ¿Un capitán se hunde con su barco? Pero, seamos honestos. Si yo fuera capitana, usaría mi privilegio para subir mi trasero en el primer bote salvavidas del barco. Ya las consecuencias las enfrentaría después.

A ver, Roma, concéntrate. ¿En qué estás pensando? Por supuesto que vas a tomar el lado de Énfasis. No hay que ser hipócritas.

-Bueno, adiós.- Dijo David. Me había metido tanto en mis pensamientos que no me di cuenta de que seguía ahí.

-Espera espera.- Dije por fin. Y David se dio media vuelta para verme otra vez. -¿Por qué están demandando? ¿A quién representas?

-Lo siento, pero no me corresponde a mí darte esa información.- Sentenció tan seguro, que no me dieron ganas de seguir alegando ni presionando.

Aunque...

-¿Ni porque somos amigos?- Dije, utilizando mi único recurso disponible.

-¿Amigos?- Dijo en tono de burla. -¿Te recuerdo tus palabras? Déjame pensar, ¿cómo habías dicho?- Hizo ademán pensativo, y después una fingida sonrisa de “ah sí”. -Conocidos, de vista. Nada más.- repitió las palabras que le había dicho a Elena. Y claro, tenía toda la razón.

Pero *auch*.

-Además,- continuó. -no somos amigos. Y aunque me queda claro que no piensas que lo seamos, y que utilizaste esa razón únicamente para que reconsiderara darte la información que tanto quieres; se ve que eres el tipo de persona que considera que todo mundo es su amigo. Deberías de pensarlo dos veces, no vaya a ser que te salga una que otra sorpresa de persona no tan grata. Tómalo como consejo.- Me guiñó un ojo, y se dio la vuelta, listo para irse.

Auch, auch, auch.

Y sí, tenía cierta razón su teoría. Yo solía confiar muy rápido en las personas, quizá pensando -equivocadamente- que nadie era lo suficientemente cruel como para usar eso en contra mía. Pero él no era quién para decírmelo. Aunque claro, seguro era más sencillo así. No era mi amigo como para tener que suavizarme el golpe de sus palabras, sino un extraño que no me debía ni las

gracias, y podía decirme lo que quisiera, sin la necesidad de explicarse. No me molestó del todo lo que dijo- a veces las personas dan consejos basándose en su propia experiencia e historia. Así pues, me imaginé que era una persona a la que le costaba trabajo confiar en los demás, y ver que alguien más lo hacía tan a la ligera... tenía sentido que dijera algo así. Y por eso mismo (y tal vez porque me habían movido un poquitito sus palabras), decidí tomarme la libertad que él se tomó conmigo.

-Tú me aconsejas que no confíe en todo lo que se mueve.- Le dije una vez que había alcanzado su paso. -Pero tú no confías ni en tu sombra.- Era claro que estaba asumiendo, pero decidí tomar el riesgo. -Así que, ¿te regreso el consejo? De conocida a conocido. -Nos señalé a ambos y ladeé la cabeza, mientras veía sus ojos expectantes a las palabras que iba a decir. -Relájate un poco. No todas las personas son sorpresas no gratas.- Le guiñé un ojo, y fui yo esa vez la que dio la media vuelta, y siguió su camino de regreso a las máquinas de copias.

{ SIETE }

Regresé a mi departamento a eso de las 9 de la noche. Me había quedado en la oficina más tiempo del habitual dándole vueltas al tema de la demanda, y también a la crítica que Elena amable y carismáticamente dio sobre mi libro.

Habría sido un alivio que esa fuera la parte de la película en la que aparece tu hada madrina y te dice: tranquila, esto solo es un tropiezo. Y después moviera su varita mágica e hiciera que tu libro apareciera en todas las librerías del mundo. Aunque solo me habría durado hasta las 12 de la noche, y así no tendría chiste.

Mi departamento era un piso pequeño, con dos recámaras, un baño, una cocina de tamaño mediano, y una pequeña sala. Chico, pero muy acogedor. Lo había llenado de plantas, porque siempre creí que le daban vida al hogar, y, como entraba mucho sol, crecían y florecían como si todo el año fuera primavera.

Lástima que a Nadia le dieran tanta alergia.

-Soy yo...- Comenzó a decir una voz seguida de tres estornudos. -¿O compraste una maldita planta que está tirando polen como si fuera difusor?

Ella era Nadia. Mi roomie. Estatura baja, cara de enojada las 24 hrs del día (excepto cuando estaba con su gato Troya), pelo largo de color negro, tez morena, y vocabulario bastante extenso... y con poco filtro. Nos conocimos en la universidad, y desde ahí nos volvimos mejores amigas. Éramos bastante opuestas, pero parecidas en algunas cosas. Cuando decidí darle una oportunidad a España, Nadia decidió que quería acompañarme. Teníamos siendo compañeras de departamento casi 2 años, y, aunque a veces sufríamos por nuestras diferencias, llevábamos las cosas bastante bien. Ella a lo suyo, yo a lo mío; y de vez en cuando, una que otra reunión con un vino para ponernos al día.

-¿Te recuerdo a tu inquilino favorito?- Contraataqué. -Troya me da alergia a mí.

-Te aguantas.- Dijo desde la cocina, mientras preparaba nuestra cena.

-Lo mismo digo.- Respondí desde la sala, mientras me dejaba caer de cara al sillón. Solté un gruñido de queja contra la almohada.

-¿Qué? ¿Por fin te corrió la vieja esa?- A Nadia no le caía muy bien Elena.

-No le digas así.- Dije, mientras me recostaba boca arriba en el sillón. *¿Por qué a todos le cae mal mi jefa?* Sí sí, era un personaje. Pero, ¿tan desagradable era? -Es... una buena persona. Tiene un buen corazón.

-Esa no tiene corazón.- Dijo Nadia, mientras le ponía dios sabe cuántos condimentos a la charola de agua hirviendo que reposaba sobre la estufa. Estudió gastronomía, y cocinaba delicioso. Un bonus de tenerla como roomie, pues siempre se ofrecía a hacer la cena gustosa. Eso sí, con la pequeña condición de que yo limpiara todo el desastre que dejaba esperando para mí en la cocina. -Se lo vendió a satanás cuando nació.

-¡Nadia!- Me senté sobre el sillón para voltear a verla.

-¿Qué?- Hizo una pausa con la pimienta para verme a los ojos. Después levantó los hombros indiferente, y continuó con lo que estaba haciendo. -No me tiento el corazón cuando se trata de ella, ya lo sabes. No la aguanto, es una bruja.

-Tu no te tientas el corazón más que con tu gato.- Corregí, y ella asintió, dándome la razón. -Además, hay brujas buenas.- Reproché.

-Están las brujas buenas, y luego está ella. Es *Cruella de Vil* en persona.

-Cruella es increíble.

-Y tú eres una masoquista.- Sentenció y apagó el fuego de la estufa. -El punto no era ese. El punto era que me contaras por qué estabas chillando como niña chiquita en el sillón. Estoy esperando el chisme.

Me paré del sillón y me dirigí a la cocina para abrir la botella de vino que estaba en el refrigerador. Me serví una copa, y le serví otra a Nadia. Después puse los dos lugares en la mesita de madera que había en la sala, y le ayudé a mi amiga con los platos. Una vez que nos sentamos, miré a Nadia con cara de pocos amigos.

-Suelta la sopa.- Dijo, y empezó a comer mientras le contaba sobre mi día, y la historia con el extraño del bar. Le dije sobre la demanda, sobre la coincidencia de encontrarme en mi trabajo al cínico de David, y finalmente le conté sobre la crítica que Elena hizo sobre mi libro.

-Por eso está tan sola.- Comentó Nadia cuando terminé de contarle.

-Nadia.

-Bueno, está bien. ¿Qué quieres que te diga? A mi sí me gustó tu libro. Ya decidirás si creerle a Satanás en mujer o a mí. Además, por mucho que odies a David, sabes que tiene un punto. Las opiniones son subjetivas, habrá a quienes les guste lo que hagas, y habrá quienes le tiren mierda. Lo importante es lo que pienses tú de tu propio trabajo.

-No lo odio.- Dije, cambiando un poco de tema. Sabía que Nadia tenía razón, pero me costaba mucho trabajo hablar de ese tema. Yo no era precisamente fan número uno de lo que escribía, y por eso me importaban tanto las críticas que hacían los demás de mis historias. Ella sabía que no me gustaba tocar el tema, así que no insistió.

-No, no lo odias.- Dijo, llevándose un bocado de pasta a la boca. Estaba deliciosa. -Te lo quieres coger.

-¡Nadia!- Se me fue chueca la pasta, y empecé a toser como si me hubiera fumado un porro. Digo, no es que yo sepa la reacción de tu cuerpo al fumar marihuana, por supuesto...

-Tranquila, por como lo describiste, no te culpo.- Se limpió la boca tranquilamente con una servilleta, mientras yo recobraba la compostura.

Le di un buen trago a mi vino.

-Nadia.- Voltee a verla, con una ceja levantada. -Eres lesbiana.

-Y por eso mismo.- Levantó su copa y le dio un trago. -Imagínate qué tan bueno tiene que estar para que reconsidere mi sexualidad.

Esa vez no pude controlar la risa.

{ OCHO }

Transcurrieron los días, y seguía sin saber nada sobre la famosa demanda a Énfasis. Lo único que me quedaba claro era lo molesto que era ver a David paseándose por las oficinas. De vez en cuando, aquellas veces que me lo encontraba, asentía con la cabeza a modo de saludo. Yo asentía de regreso, y continuaba con lo mío. Quería preguntarle más sobre la demanda, pero estaba claro que no me iba a decir nada, y no era precisamente la primera persona con la que quería hablar. Así que me tragué la curiosidad, y, como buena empleada, me puse a trabajar.

Bueno, solo un rato.

-¿Tú de casualidad no sabes algo sobre la demanda?- Le pregunté discretamente a Miranda, la secretaria de mi jefa.

Me volteó a ver con cara de pocos amigos (me odiaba), y regresó a lo que estaba haciendo. Okey, ella no iba a soltar ni los buenos días. Iba a tener que intentar con otra persona.

Después de mi intento fallido de investigadora encubierta, trabajé unas horas en el artículo que me había encargado mi jefa. Investigué, analicé, hice algunas llamadas, y, después de varias correcciones, terminé. Todavía faltaba un rato para entregarla, pero usualmente terminaba antes. Me gustaba hacer las cosas con tiempo, por si necesitaban algún cambio.

-Ya está listo el artículo sobre el discurso que dio el presidente de Francia.- Le comuniqué a mi jefa desde la puerta. Elena alzó la vista e hizo ademán de que pasara y cerrara la puerta.

Se lo entregué, y, después de unos minutos de lectura, puso el papel sobre la mesa.

-Excelente trabajo, Roma.- Dijo, volteándome a ver. Mi corazón dio un brinco, orgullosa del trabajo que había hecho. -¿Ves? Este es tu campo. No los libros, linda. Es mejor que te concentres únicamente en los artículos. Esto sí que se te da bien. -Me dedicó una sonrisa, enseñándome sus dientes perfectamente alineados y blancos. -Ahora, tengo mucho trabajo que hacer. Cierra la puerta cuando salgas, ¿sí?

¿Recuerdan cuando mencioné que era una persona bastante sensible? Bueno, *bastante* se queda en la tierra, y yo estoy en Plutón. O quizá en el pequeño asteroide B612 junto al Principito.

En otras palabras, se queda corto.

-¿Por qué lloras?- Preguntó una voz.

Por muy patético que suene, me había ido a la sala de las máquinas de copias a llorar un rato. Así podía hacer dos cosas a la vez: sacar las copias que necesitaba (las cuales tendían a tardar un rato), mientras sentía las emociones que llevaba días reprimiendo. No es que llorar era lo que quería hacer en ese momento, la verdad odiaba llorar. Y más si era en un lugar como la oficina, llena de gente que te criticaba por todo, y que tenían un vacío enorme en el cajón donde iba la empatía.

Llevaba ya unos minutos de pié, lágrimas deslizándose por mis mejillas mientras observaba el trabajo de la máquina- cuando David hizo acto de presencia.

-No tengo ganas de pelearme ahorita.- Contesté a secas.

-¿Pelearte? No sabía que considerabas nuestras tranquilas pláticas peleas.- Dijo con ese ápice de cinismo que tendía a usar.

-¿Tranquilas? En tu mundo será.

-Bueno.- Puso un codo en la máquina de copias y volteó a verme. -Si no estás de humor para peleas *ahorita*, ¿eso quiere decir que después sí? En unos, ¿cinco minutos te parece?- Miró el reloj que había en su mano izquierda.

-Me das muchísima risa.- Dije sin verlo a los ojos. -¿No tienes algo mejor que hacer que venir a molestarme?

-No.- Respondió.

Es un cínico de lo peor.

-Mejor ve a coquetearle a Miranda y a pasearte como pavo real soberbio por las oficinas que se ve que tanto te gusta.- Puse los ojos en blanco. Ya no estaba llorando.

-Los pavo reales no son soberbios.- Dijo, con cara de ofendido. -No los desprecies por su belleza natural. No es su culpa.

-Y supongo que eso significa que tú no eres soberbio, y que tienes una belleza natural, ¿no?

-Tú dijiste que era un pavo real, no yo.- Sonrió de lado y levantó una ceja. -Si querías mi número me hubieras dicho, no había necesidad de compararme con un pavo real, Roma.

-Eres de lo peor.- Puse los ojos en blanco, y solté una risita.

-Gracias.- Respondió sonriente, y se volteó para agarrar las copias que al parecer también estaba esperando. Sin decir una palabra más o voltear otra vez, desapareció por los pasillos.

Me cae horrible. Pensé mientras agarraba mis copias con el ceño fruncido, pero con una pequeña sonrisa dibujada en el rostro.

{ NUEVE }

-No mamá, ninguna novedad.- Dije al teléfono, mientras tecleaba algo en mi computadora.

Me encontraba investigando acerca de un atentado que tenía que cubrir y entregar ese mismo día. Un caso horrible sobre un adolescente que inició un tiroteo en una escuela, y que acabó con la vida de 13 personas- incluyendo la suya.

¿Lo ven? Mito o no- digan lo que digan, el número 13 asusta. Y si puedo, mejor lo evito. Ya saben, elevadores, fechas de vuelo, pisos de edificios, número de la lotería...

-Oye mamá, mejor hablamos otro día, ¿sí?- Silencio. -Sí, todo bien conmigo, lo prometo. Solo que ahora estoy un poco ocupada.- Silencio, silencio. -Sí ma, si estoy durmiendo bien.- Silencio, silencio. -Sí ma, si estoy comiendo bien.- Silencio, silencio, silencio. -Sabes que sí, mami. Mándale besos a papá de mi parte, por favor. ¡Te quiero!

Fin de la llamada.

Adoraba a mi mamá y a mi papá- eran indispensables en mi vida. Se conocieron en Ciudad de México mientras estudiaban, en una plática que impartía la universidad. Ambos iban a la misma, pero estudiaban distintas carreras. Mi papá era arquitecto, y mi mamá diseñadora de interiores. Una mezcla bastante curiosa si me preguntan, y gracias a la cuál pude crecer en la casa más bonita que conocía. De vez en cuando hacíamos llamadas, ya que no vivíamos tan cerca, para ponernos al día con las cosas cotidianas. Ya saben, el trabajo, la casa, los amigos, ¿aún sin novio?, etc, etc.

Durante mi niñez, solía ir mucho a una casa de verano que mi mamá había heredado de mi abuela. Ah, mi lugar favorito. Cerca de esa casa había un faro

pintado de líneas rojas y blancas, de aquellas que ves en las famosas cartas postales de los aeropuertos, o tiendas de *souvenirs*. Adoraba llevar maletas y maletas repletas de libros que devoraba sentada frente al mar, hasta que el sol se escondiera detrás de las olas, para anunciar la llegada de la noche. Lástima que ya no iba tan seguido desde que me gradué de la universidad y me fui a vivir a España. Eso, sin embargo, no impidió que disfrutara de ir tanto como cuando era una niña. Esperaba poder ir ese verano, y esperaba poder hacerlo con mis papás. Ya tenía casi un año que no los veía, los extrañaba mucho.

-¿Soñando despierta, guapa?- Interrumpió una voz.

Esa voz pertenecía nada más y nada menos que al famosísimo de Iván. Pelo oscuro, cara de niño (aunque era mayor que yo), sonrisa pequeña, orejas grandes, complexión muy delgada... Me parecía un chico muy chistoso. Era mi vecino de cubículo, y... sin ningún afán de sonar soberbia o narcisista, se desvivía por mí. Un poquito. Bueno, un poco bastante. Está bien, podría decir que estaba enamorado, pero creo que ya era más bien una obsesión. Y una obsesión cursi, empalagosa, pero que admito que me hacía reír bastante.

¿Qué? Era muy ocurrente, y un poco ridículo.

-Buenos días a ti también, Iván.- Dije, riendo bajito. -Y sí, eso hacía. Lástima que me interrumpiste en la mejor par-

-¡Lástima!- Levantó los hombros indiferente y prosiguió. -Hoy. ¿Tú, yo, cena? En mi departamento.

-Iván.- Comencé a reírme. -Ya sabes que no estoy interesada en salir con nadie por el momento. Tal vez luego, pero por ahora creo que es mejor que busques... en otros horizontes.

-Es que, Roma.- Dijo, poniéndome un dedo sobre los labios para silenciarme. -Yo no soy *nadie*. Y, ¿qué tiene de malo este horizonte? Yo me quiero quedar aquí. Me gusta este puerto, solo estoy esperando al barco.

Si esa fue una metáfora improvisada, no quiero ni imaginarme las que ya tiene ensayadas.

-Lástima que este barco ya zarpó.- Sonreí a modo de disculpa, y me levanté de mi lugar para dirigirme al baño.

Caminé los largos pasillos que conectaban cada cubículo del lugar, pasé las oficinas, las máquinas impresoras, la sala-comedor de los empleados, y por fin, llegué a los baños. Abrí la primera puerta que se cruzó en mi camino.

-¡Uy!- Exclamé al ver a David en los lavamanos. -Carajo, me asustaste.

-Buenos días, Roma.- Dijo tranquilamente.

-¿Qué tienen de buenos?- Pregunté entre dientes, de forma dramática. - ¿Y tú qué haces en el baño de mujeres?

David tomó un papel para secarse las manos e hizo un gesto con la cabeza para que volteara hacia donde apuntaba con ella. Eran los... cubitos en donde hacían... sus necesidades... pipí- en donde hacían pipí los hombres. Bueno, al parecer había sido yo la equivocada de baño. Perfecto. Así empezábamos el día con el pie derecho.

Lo volteeé a ver, ambas mejillas rojas como manzanas. A quién engaño, probablemente tenía toda la cara roja, no solo las mejillas. Sonreí de forma tímida ante mi pequeño error, y me di la vuelta para largarme de ahí tan rápido como había entrado. Una vez afuera del baño, me recargué contra la pared y exhalé.

Tonta, tonta, tonta. ¡Qué pena!

Me froté la frente, intentando calmar un poco la vergüenza que sentía.

-No es para tanto, solo te equivocaste de baño.- Escuché a una voz detrás de mí.

David en vivo y a color- otra vez.

-Y por cierto, ¿por qué te veo aquí tan seguido? No sabía que las demandas tardaban tanto en cerrarse.

-Las demandas no se “cierran”, Roma. Y de cualquier forma no vengo aquí por cuestiones laborales. Vengo a verte a ti.- Dijo tranquilo, con ambas manos en las bolsas de sus pantalones.

¿Era broma, no?

¿No?

-Quita la cara de espanto, estoy bromeando.- De su pantalón, sacó una paleta y le quitó la envoltura. -Esta demanda es más complicada de lo que tu curiosa imaginación puede llegar a plantearse.- Puse cara de: te escucho, cuéntame más, y David se tomó un momento para elegir bien sus palabras, mientras saboreaba su paleta roja. -Estamos intentando llegar a un acuerdo.

-Ah, ya veo. Entonces por lo que entiendo, tú y el abogado de Énfasis están intentando llegar a un acuerdo para evitar tener que llevar el caso a juicio. Sí, sí... eso definitivamente no sería bueno para Énfasis. ¿Será que tendríamos que cerrar, o terminaríamos pagando una estúpida cantidad de dinero que ni siquiera tenemos? Supongo que depende de la demanda que haya puesto tu cliente, ¿no? Además, si terminamos yendo a juicio, quedaríamos mal ante la prensa, a pesar de que ya hemos tenido varias demandas antes. De igual manera, no nos conviene, nos dañaría la imagen por completo. O bueno, eso asumiendo que realmente sí fuéramos culpables de la situación por la que nos están demandando. Y bueno, apostando a que entendí algo sobre este... tema- es mejor llegar a un acuerdo ahora, y no en la corte.

David me miró en silencio durante unos instantes.

-¿Qué? Investigué un poco.- Dije, levantando los hombros.

David levantó una ceja, incrédulo.

-Está bien, ¿viste *Suits*?

Se quedó callado durante unos segundos, y después se cruzó de brazos.

-¿Qué?- Dije, desesperada por su silencio y pose analítica. -Además, seguramente estás rezando para que el caso no llegue a ningún acuerdo para que puedas sacar toda esa soberbia atorada en corte y patearles el trasero.- Me crucé de brazos. -¿O me equivoco?

David soltó una risita, y negó con la cabeza.

-Nos vemos por ahí, Roma.- Dijo despidiéndose, y dándose la vuelta para irse.

Me quedé ahí parada durante unos segundos mientras pensaba, y terminé llegando a la conclusión de que prácticamente había estado hablando durante minutos con una estatua, que de vez en cuando tenía la decencia de levantar una ceja para dejarme saber que estaba viva.

{ DIEZ }

Por fin era viernes.

Salí por la mañana a hacer las compras del súper, limpié el departamento, me bañé, chequé si había pendientes del trabajo, intenté escribir un rato (fallé épicamente), salí un rato a pasear para comprarme un café e ir a mi librería favorita. Terminé mi día alrededor de las 7, y fui directo a mi departamento. Tenía ganas de llegar a casa, relajarme un rato. No tenía planeado hacer nada esa noche, solo ponerme la pijama y hacer aquello que mejor se me daba: echar la hueva.

Pero ¡ja! El destino siempre quiere divertirse un poco con sus invitados.

-¿Qué haces? Levanta el trasero, vamos a salir.

Nadia regresó del trabajo más sucia que una almeja, oliendo a pescado, pero con una energía que solo llegaba a ver de vez en cuando. Lástima que justamente la tenía el día que yo menos quería salir.

-Vamos a salir. Tanya, Evan, ¿recuerdas?- Entraba y salía de su cuarto haciendo dios sabe qué cosas. Yo me escondí debajo de las colchas y gruñí en protesta. -Ándale.- Me quitó la colcha de encima. -Levántate, arréglate. Me voy a dar un baño rápido, ya sabes que en diez minutos yo estoy lista. Y tú no, así que apúrate, caracol.

-¿Caracol yo? Tú hueles a estiércol.- Dije, de mal humor.

-¡Diez minutos!

Escuché el sonido de la regadera a lo lejos, y supe que no tenía opción, así que como pude, hice uso de la poca fuerza de voluntad que tenía, y me paré para dirigirme a mi cuarto.

Evan y Tanya eran nuestros amigos más cercanos, y los únicos que Nadia y yo teníamos en común. Tanya trabajaba en el mismo lugar que Nadia, así se

conocieron. Después cambiaron de trabajo, pero se siguieron llevando. Yo digo que tuvieron algo más que una amistad, pero mi amiga siempre me lo negó. Y claro, cómo no iba a negármelo, si poco tiempo antes de que le preguntara si habían tenido algo, Tanya había empezado una relación con un tal amigo suyo llamado Evan, a quien Nadia parecía no querer mucho. Eventualmente lo conocí también, y terminamos haciéndonos amigos los cuatro. De vez en cuando, aquellas veces que lográbamos coordinar nuestros horarios, salíamos a cenar o por unos tragos al bar de Marco. En realidad, las que más salían eran Nadia y Tanya, Evan y yo éramos como los extras de la obra. Hoy era uno de esos días lamentablemente.

Opté por una opción sencilla. Hacía frío, así que elegí una falda negra con medias abajo, un suéter *beige*, una bufanda roja, y de zapatos, unas botas negras. Bueno, tal vez no tan sencillo. Ya si me iban a sacar de la cama, me tenía que ver increíble, ¿no? Me puse un poco de maquillaje, y agarré mi bolsa justo a tiempo para encontrarme a Nadia en la sala, poniéndose su chamarra de cuero encima.

-Ah bueno.- Dije mientras le dedicaba una sonrisa pícara. -¿Usando tu mejor chamarra? Que por supuesto no tiene absolutamente nada que ver con que vas a ver a Tanya.

-Y a Evan.- Agregó, cruzándose de brazos. *¿Tan temprano a la defensiva?* -Además.- Tomó su bolsa y abrió la puerta del departamento. -¿No será que te pones tú así de guapa por si el destino decide hacer que casualmente te encuentres a tu príncipe encantador?

David. Se me había olvidado el pequeñísimo detalle del lugar a donde íbamos a ir. De repente, mis pocas pero existentes ganas de salir, se esfumaron. No quería encontrarme a David otra vez. Ya suficiente tenía con encontrármelo

en la oficina- y muchas otras veces en el bar. Bueno, no eran *muchas*, pero tampoco eran *pocas*. En fin, no quería y punto.

Decidí no darle demasiada importancia al comentario de Nadia. O intentar al menos.

-No digas tonterías.- Dije, poniendo los ojos en blanco y saliendo del departamento.

-Lo mismo digo.- Escuché decir a Nadia, mientras cerraba la puerta con llave.

Dentro del bar de Marco había más gente de lo usual. Normalmente se llenaba más tarde, que era alrededor de la hora a la que yo me iba a mi casa aquellos viernes que decidía ir, pero al parecer esa vez la gente había decidido llegar más temprano. Buena suerte que conociéramos bien a Marco, pues nos pasó enseguida y nos sentamos en la mesa en la que siempre nos sentábamos.

No pude evitar mirar a mi alrededor, buscando esa cara familiar. El bar era un área en la que se permitía fumar, dentro y fuera, así que había bastante humo y no podía ver bien las caras de la gente. Decidí relajarme y fluir con la situación.

Si me lo encontraba, perfecto. Y si no, también.

-¡Nadia, Roma!- Escuché una voz familiar detrás de mi, y di la vuelta para encontrarme con Evan y Tanya. Me levanté de mi silla con una sonrisa en el rostro, y saludé a ambos, contenta de verlos después de semanas de no habernos reunido.

-Siéntense por favor.- Dije, mientras le hacía señas a Marco para que viniera a nuestra mesa. -¿Cómo han estado?

-¡Bien! Bien, Roma. Muy bien de hecho.- Dijo Tanya emocionada, mientras volteaba a ver a Evan, quien había agarrado su mano. Tanya era una mujer muy bella. Complexión robusta, piel pálida, cachetes ligeramente

rosados, ojos grandes aceitunados, nariz redonda (tierna a mi parecer), boca grande, labios carnosos, dientes blancos y bien acomodados; pelo negro como la noche y ondulado hasta el codo... Evan por otro lado, nunca me pareció un hombre atractivo. Pero esa solo es mi opinión. Hombre delgado, espalda un poco jorobada, cejas delgadas, nariz puntiaguda, poco pelo (era de los que se quedaban calvos desde jóvenes), y sonrisa con dientes un tanto astillados. Supuse que era una gran persona, gran personalidad, gran humor- ya saben. La verdad es que no lo conocía mucho, solo a través de Tanya. Tampoco era que tuviera mucho interés de hacerlo, si les soy honesta. -De hecho, pensábamos esperar a que llegaran al menos las bebidas, pero ya no podemos esperar. Queremos que seáis los primeros en saber.

Mierda de mierdas. Mierda encima de mierda, y encima de esa- más mierda.

Volteé a ver a Nadia, quien se había quedado pasmada- tiesa, tan tiesa que pensé que se iba a fusionar con la madera de la que estaba hecha su silla. Regresé la mirada a Evan y a Tanya. Evan, ansioso y emocionado; Tanya, bastante nerviosa. Juré ver las gotas de sudor corriendo por su frente, y perdiéndose en sus abundantes cejas.

-Nos vamos a casar.- Soltó Tanya de golpe, justo antes de que Marco llegara a tomar nuestra orden.

-¿Qué van a querer tomar?

El silencio y la tensión en el aire eran tal, que pude sentir la incomodidad de Marco aún estando a metros de distancia de él. Sin decir una palabra, me volteó a ver en busca de una respuesta, y decidí ser yo quien rompiera esa incómoda burbuja de silencio.

-Yo te pido una copa de vino por favor, Marco.

-A mi tráeme algo fuerte.- Dijo Nadia, con la mirada clavada en Tanya, quien tampoco podía despegar los ojos de ella.

-Una cerveza, por favor.- Pidió Evan, aún feliz, ajeno a la situación que ocurría ahí, justo enfrente de sus ojos.

-Algo fuerte también, por favor.- Dijo Tanya, aún con la mirada clavada en Nadia.

-Enseguida.- Dijo Marco, yéndose de ahí tan rápido como había llegado.

Silencio.

Silencio.

Evan sonriendo.

Silencio.

Tanya y Nadia viéndose.

Silencio.

-¡Muchísimas felicidades!- Sí, lo había dicho mucho más fuerte y exagerado de lo que había planeado en mi cabeza. -No saben cuánto gusto me da por ustedes. ¿Cuándo fue? Cuéntenos todo por favor.

-Qué linda, Roma, muchas gracias.- Dijo Evan. -Pues ya sabes. Esto era algo que ya habíamos platicado antes y después de un año de relación, consideramos que ya es tiempo de casarnos. Yo sé lo mucho que quiero a Tanya. No me hace falta más tiempo.- Evan tomó la mano de Tanya, en la que pude divisar un anillo hermoso, aunque un tanto grande. Ella volteó a ver a su prometido.

-Así es.- Sonrió, y algo en la forma en la que lo hacía me removió el estómago. -Estamos muy contentos.

-Me da mucho gusto por ustedes, de verdad.- Dijo Nadia por fin, con una pequeña sonrisa en el rostro, en la que claramente vi una tristeza enorme detrás.

La noche transcurrió... rara. Al parecer, Evan nunca se percató de la situación, pues era el más contento y relajado de todos. Tanya parecía estar forzando y exagerando todo, y Nadia sonreía de forma falsa, mientras tomaba y tomaba de lo que Marco le había servido. Yo en cambio... Bueno, hacía mi mayor esfuerzo por mantener la conversación y el ánimo fluyendo. Cosa que se me dio muy bien un rato, hasta que Nadia anunció que ya era tarde, y que al día siguiente tenía que trabajar. Tanya dijo lo mismo, y Evan no tuvo más opción que estar de acuerdo con ambas, aunque parecía que quería quedarse un rato más. Pagamos la cuenta, y, una vez fuera del bar, la pareja pidió un taxi para irse a casa.

-Ey.- Llamé la atención de Nadia. Parecía estar viendo a la nada, sin una emoción en la cara. -¿Estás bien?

-¿Bien?- No volteó a verme. -Estoy perfecta. ¿Por qué estaría mal?- Pasaron unos segundos y sacó un cigarro de su bolsa. Lo prendió, y le dio una calada. -Hacen una linda pareja. ¿No te parece?

-Me parece que estás en tu derecho de pensar lo contrario.

-Jodes mucho con eso, Roma. Deja de hacerte historias falsas, este no es uno de tus libros, es la realidad.- Me miró por fin, y lo que vi en sus ojos fue ira pura. -Tanya y yo somos amigas, nada más. Métetelo bien en la cabeza.- Tiró el cigarro que apenas había fumado, y comenzó a caminar calle arriba. -Te espero en la casa.

Claro, ahora esto es culpa mía.

Mi intención había sido consolarla, decirle que nos fuéramos al departamento y viéramos juntas una película, comiéramos helado, o tomáramos un vino mientras nos desvelábamos platicando. No quería dejarla sola, y sabía que le costaba abrirse con las personas. Pensaba que ya había la confianza suficiente como para que confiara en mí, que me platicara cómo se sentía, pero

tal vez no era así. O tal vez sí, pero estaba muy enojada en ese momento. De cualquier forma, entendí que quería su espacio, así que decidí quedarme otro rato en el bar antes de regresar a la casa.

-Marco, Marco, Marco. Queridísimo Marco.- Dije, mientras me sentaba en la barra, y apoyaba la cara contra mis brazos extendidos. -Dame lo de siempre por favor.- Murmuré lo suficientemente alto como para que me escuchara.

-Se ve que tuviste buena noche.- Dijo Marco, mientras me preparaba lo que le había pedido. El lugar seguía igual de lleno, pero ya no había tanto humo de cigarro.

-Ni me lo digas. La mejor de mi vida.

Marco me dio mi vodka, y ahí fue cuando por fin empecé a disfrutar mi noche. Estaba en uno de mis lugares favoritos, con mi trago favorito, y sobre todo, estaba sola.

Gracias universo.

-Marco.- Saludó alguien a lado mío. -¿Cómo estás? Lo de siempre por favor.

Lo que me faltaba.

-Bueno.- Volteé a ver a David, quien se había sentado a lado mío. Venía vestido con una gabardina negra, unos jeans azul fuerte casuales, y una playera de color negro también. Se veía... bien. Decente. -Me da muchísimo gusto encontrarte en todos lados, socio.

-No somos socios.- Dijo, y tomó del whiskey que -feliz de la vida- le sirvió Marco.

-Ah claro, tienes razón. Ni amigos, ni socios, ni nada. Simplemente “conocidos de vista”. ¿No?

David se limitó a asentir con la cabeza.

Asentir con la cabeza, levantar la ceja, encogerse de hombros, sonreír como incrédulo, inclinar la cabeza con soberbia. Dios mío, dónde había quedado el famosísimo: ¿usa tus palabras?

Lo volteeé a ver, intentando estudiarlo. Algo, algo tenía que tener. Algo, además de esa soberbia. ¿Sería que era fingida? *No, no no.* ¿Sería más bien que era exagerada? ¿Una fachada? ¿Una máscara? *Qué Roma, qué es, piensa.* Opté entonces, por la opción menos esperada: preguntar.

-¿Y tú enserio sí eres así de soberbio o nada más es pura fachada?

David volteó a verme, confundido por mi pregunta.

-Digo, a ver, decías que para qué buscar si puedo preguntar, ¿no?- Tomé de mi trago y me giré hacia él. -A ver, escúpelo. Cuéntame algo sobre ti, David. Lo que sea, pero que no sea lo que enseñas, que me queda claro que es más fachada que personalidad.

Se quedó en silencio, viéndome con cara de incredulidad.

-¿Qué? ¿No tienes sueños? ¿Metas? ¿Aspiraciones, gustos, hobbies? ¿Un perro, una tortuga, un tucán? Lo que sea.

-¿Quieres que te cuente algo?- Preguntó por fin.

-Sí.

-Cuando tomo whiskey.- Comenzó a decir, mientras le daba un trago a su vaso. -Me gusta hacerlo en tranquilidad. ¿Sabes? Un ambiente tranquilo. *Silencioso.*

Puse los ojos en blanco, decepcionada por la información que me había proporcionado. *¿Es en serio?*

-Y a lo que quieres llegar es a que quieres que deje de hablar, porque eso te quita tu deseada “tranquilidad”, ¿no?

-Gracias por entenderlo.- Dijo, con una sonrisa de fingido agradecimiento.

-No me des las gracias, porque ni lo entiendo, ni pienso darte tu adorado ambiente tranquilo. Si quieres paz, vas a tener que encontrarte otro bar.- Le dediqué una sonrisa falsa. -Porque a diferencia de ti, a mi me gusta el ruido, los públicos grandes, la música fuerte.- *Mentirosa, mentirosa, mentirosa*. No del todo, pero si un poco. Realmente disfrutaba mucho del silencio, de la tranquilidad, y en ocasiones de la soledad. Justamente momentos antes de que llegara David era todo lo que deseaba. Pero en esta ocasión había optado por tirar una que otra mentira. -Y odio el whiskey.

David me estudió unos segundos. Más que eso, habían parecido minutos. Tenía una forma única de estudiar a las personas, una que iba más allá de la explicación. Podría decir que prácticamente te desnudaba con la mirada, pero no quiero sonar sucia, y como todos ustedes probablemente sean unos mal pensados, no vamos a irnos por ese camino. *Mirada penetrante* también suena a una muy mala idea. Bueno, por lo visto doña escritora se había quedado sin adjetivos. Parecía imposible describirlo, pero se sentía como de esas miradas que bastaba con verte para que ya supiera todo sobre ti. Tampoco es que yo fuera una persona muy difícil de leer, o al menos yo lo consideraba así; me veía a mi misma como una mujer que transmitía mucho, pues mi sensibilidad siempre amenazaba con salirse de mi cuerpo por todos lados. A veces odiaba eso- mi sensibilidad. Lo poco controlable de esta, lo volátil que era, y lo mucho que se aprovechaba la gente de ella. Otras veces me gustaba, y tenía la fortuna de poder ver la felicidad en donde otra gente solo veía lo cotidiano, y la tristeza en aquellos rincones en donde solo se pensaba “así es la vida”.

David seguía sin decir palabra alguna, aún con la mirada clavada sobre la mía. Me empecé a inquietar, el nerviosismo asentándose en mi cuerpo. Mis manos sudorosas, un cosquilleo en la panza, un leve movimiento en la pierna

izquierda. David miró mis manos un segundo, percatándose de esto, y regresó la mirada a mis ojos.

-Me incomoda el silencio.- Aclaré.

-¿Te incomoda o te pone nerviosa?

-No estoy nerviosa.- Dije, mi tono más bajo de lo que planeaba.

David levantó una ceja, y tomó de su whiskey.

-¿En qué pensabas hace rato? Cuando te quedaste callado.- Pregunté, mientras intentaba calmar el nerviosismo.

-El color de tus ojos.- Señaló con la mano en la que sostenía su vaso, ya casi vacío. -Es muy bonito.

Ah. Pensé, mientras se me escapaba una respiración. Desvié la mirada de su cara, y me centré en mi bebida.

-Gracias.- Dije, sin voltear a verlo.

-No me des las gracias, solo estoy siendo honesto.

Solo estoy siendo honesto. Eso. Solo estaba diciendo lo que pensaba. Eso no significaba nada. Además, y si sí, ¿qué? *Ni que me gustara.* Un cumplido es un cumplido, así venga de Marco que es gay, de Nadia que es lesbiana, o de David, que al parecer siempre tiene que decir todo con cruda honestidad. Ya sea bueno, o malo.

-Gracias de todas formas.- Volteé a verlo, y él solo asintió con la cabeza.

Pasamos un rato en silencio, él tomando su whiskey, y yo de mi vodka. Al principio había estado incómoda, pero después me acoplé a la situación, y hasta disfruté del silencio.

Mientras disfrutaba, me aventuré a imaginarme algunas cosas sobre él, considerando que las ganas que tenía David de contármelas eran... ¿nulas?

Y empecé con mi famosa lista mental de posibilidades.

1. Un bebé huérfano, pero con los papás adoptivos más lindos que hay allá afuera. Samantha y (llamado como su precioso, inocente y cálido tesoro *inserte sarcasmo aquí) David; tuvieron la mala fortuna de la infertilidad, abriéndoles la posibilidad de la adopción. Definitivamente una pareja muy consentidora, que llevó a su niño a las mejores escuelas y universidades para que pudiera tener la vida que sus papás biológicos lamentablemente no pudieron darle. El orgullo más grande de la pareja (que aún sigue junta), David continuó visitándolos siempre que tenía tiempo. Eran las personas más importantes en su vida.
2. La mamá y el papá más ausentes que existían en este enorme (y extraño) planeta. Mónica y Rafael, la pareja que decidió que iba a desarrollar su vida profesional, y que tener hijos no iba a ser un impedimento para lograrlo. Niñeras, niñeras y más niñeras. David les hizo de una y mil travesuras para que todas renunciaran, como Simon Brown, el hijo mayor en la película de *Nanny McPhee*. Eventualmente, David encontró a esa niñera que logró hacer *click* con él; terminó cuidándolo como si fuera su propio hijo, y David queriéndola como si fuera su propia madre. En cuando a los padres, terminaron divorciados, por supuesto. Pero no sin antes lograr su cometido de llenarse los bolsillos de billetes. Ambos terminaron viviendo una vida llena de lujos con sus respectivas parejas, e intentaban contactar a su hijo de vez en cuando para retomar la relación perdida. (No funcionaba muy bien).
3. Rebecca y Malcolm. Una pareja que se adoraba, tuvo tres hijos (dos niñas y un niño), un perro, una casa pequeña, hogareña- y una historia familiar llena de aventuras. Algo así como una familia más normal y realista, no tanto como las que vemos en las películas. Por supuesto, no podemos dejar el drama afuera del todo. Este chico sufrió de *bullying* en la escuela

por ser “diferente”, convirtiendo su tiempo en la escuela en uno difícil, pero ayudándolo a forjar el carácter que más adelante lo sacaría adelante en la vida.

Esas fueron las opciones que se me habían ocurrido. Me quedaba muy claro que la que era la opción correcta, no podía estar más alejada de las que me había planteado en mi cabeza. Pero, como no quería quedarme con la duda y David definitivamente no parecía que fuera a cooperar con mi investigación, tenía que elegir entre una de esas tres.

Aunque claro, la opción de Ted Bundy parte dos siempre seguiría disponible.

-¿Eres huérfano?- Solté sin pensarlo dos veces.

David volteó a verme con la mirada confundida.

-¿Por qué sería huérfano?

-¿Y por qué no?

-¿Por qué sí?

-Es solo para descartar. Ya sabes...- Levanté el vaso con ademán de brindis. -Haciendo el trabajo de investigación. La información nunca llega sola, hay que trabajarla.

-Lástima.- Dijo, levantando su vaso y brindando de regreso.

-¿Lástima?

-Sí.- Le dió un trago a su whiskey, terminándoselo. Le indicó a Marco que le trajera otro con la mano. Okey, todavía no pensaba irse. -Lástima que vas a tener que seguir esperando, porque no te va a llegar esa información aunque la trabajes.

-*Auch*, por quinta vez esta semana.- Dije, poniendo los ojos en blanco. - No te preocupes por eso, déjame a mí. Tú solo siéntate y relájate, yo me encargo.

-No lo vas a conseguir, Roma.- Soltó una risita incrédula.

-¿Quieres ver cómo sí? Es más... ¿Te cuento una cosa?- No supe si era el alcohol en mi cuerpo, o simplemente ya había perdido la razón por completo, pero sin previo aviso me acerqué a David, tal vez más de lo necesario, hasta que topé a tan solo unos cuantos centímetros de su cara.

-Te escucho.- Respondió, mientras me miraba a los ojos sin moverse.

-Yo no apuesto a menos de estar segura de que voy a ganar.- Silencio. Nos miramos a los ojos durante unos segundos. Podía sentir su aliento a whiskey contra mi boca y, sin poder evitarlo, bajé la mirada un poco, hasta topar con sus labios. Rojos. Mojados, y un poco hinchados. Se me entrecortó la respiración cuando una pequeña sonrisa se formó en su boca al darse cuenta del lugar en donde había puesto los ojos.

Decidí tomar distancia otra vez.

-¿Entonces?- Presioné, intentando quitarme la sensación extraña del cuerpo. -¿Apostamos?

-Mmm.- Dijo pensativo, aún con la mirada sobre la mía. -¿Y qué gano yo con todo esto?

-No ganas, ese es el punto.- Sonreí. -Gano yo.

-¿Y si no?- Levantó la ceja, desafiándome. -No creerás que voy a apostar sin que me dejes clara mi posible ganancia en todo esto, ¿no?

Por supuesto que no, pero yo no tenía la menor idea. *¿Qué gana David con todo esto?* No se me ocurría nada. Pero era una apuesta que definitivamente quería hacer con él. Mi curiosidad tenía que ser saciada, de una forma u otra.

-¿Qué ganancia te gustaría tener?- Pregunté.

-¿Qué te hace pensar que quiero algo de ti?

-Nunca dije que fuera algo de mí.- Respondí mientras levantaba la ceja.

David asintió con la cabeza como diciendo *buen punto*, y tomó del whiskey que Marco recién había traído. Decidí pedir otro vodka para mí mientras esperaba a que David hablara otra vez.

-Está bien.- Dijo después de unos segundos. -Ya sé lo que quiero.- Se recargó en el respaldo de su silla y ladeó la cabeza. -Un ticket.

-¿Un *ticket*?- Fruncí el ceño, confundida. -¿Cómo que un ticket?

-Sí. Un ticket.- Sonrió de una forma que nunca había visto antes. Una forma, ¿traviesa? ¿Triunfante? ¿Divertida? -Un ticket para usarlo en lo que yo quiera.

Solté una risa de incredulidad.

-Eso es demasiado. Hay mil y un cosas que podrías hacer con un ticket así.

-Creí que daba lo mismo. Vas a ganarme de todas formas, ¿no? - Levantó la ceja, desafiándome otra vez. *Dios, cómo sabe picarme el orgullo.*

-Bien.- Determiné. -Acepto. Pero con dos condiciones.

-Te escucho.- Interesado en lo que tenía que decir, dejó el whiskey en la barra, y se puso peligrosamente cerca de mí.

-Okey.- Dije, tratando de poner en orden mis pensamientos después de su repentina cercanía. *¿Te comió la lengua el gato, Roma?* Preguntó mi inconsciente. Alejé la voz de mi cabeza, y hablé. -La primera condición es que quiero lo mismo a cambio. Si gano,- Comencé a decir, pero paré para corregirme. -*Cuando* gane, quiero un ticket para usarlo en lo que yo quiera.

-Hecho.- Asintió.

-Y la segunda...- Aclaré mi garganta, un poco incómoda. Tomé un poco del vodka que Marco me había traído para agarrar valor, y cuando el líquido golpeó mi estómago, continué. -No puedes usar el ticket para nada sexual.

David se alejó un poco con el ceño levemente fruncido, sorprendido ante mi condición. Pero unos segundos después se ablandó su mirada. Asintió con la cabeza.

-Tranquila, Roma.- Dijo con un tono tranquilo, pero firme y honesto. -Yo no soy esa clase de imbécil.

-Eso dicen todos.- Respondí entre broma y no broma, pero ya mucho más ligera.

-¿Tenemos un trato entonces?- Preguntó David.

-¿No me vas a poner la condición de no usar mi ticket en algo sexual?

-No es necesario.- Se rió y tomó su vaso. -No me pareces esa clase de persona.

-Entonces tenemos un trato.- Dije sonriente, mientras estiraba mi brazo para estrechar su mano. David dejó su vaso sobre la barra, y estiró el brazo también. Estrechamos las manos. Las suyas estaban frías, y las mías estaban tibias. Lo volteeé a ver a los ojos mientras seguíamos con las manos entrelazadas, y David tiró suavemente de mi mano para que me acercara a él. Otra vez, su cara se encontraba peligrosamente cerca de la mía.

-Y, ¿te cuento algo, Roma?- Dijo, mientras una pequeña sonrisa se asomaba en sus labios. -Yo tampoco apuesto, a menos de que sepa que voy a ganar.

{ ONCE }

Llevaba días sin armar una buena oración. Tardes, mañanas y noches de frustración detrás de un escritorio, tratando de poner las palabras juntas para escribir una buena historia. Y no solamente detrás de un escritorio, no. Eso me parecía un poco rutinario y deprimente; yo escribía en mi cama, en la cocina, en el suelo, en el sofá, en el baño (sí, el baño)- solamente no lo hacía en mi regadera por cuestiones técnicas. Pero si hubiera podido, fácilmente habría estado en la lista también. Y ahora, nada. Digo, seguía haciendo un buen trabajo en el periódico, pero yo me refería a algo *mío*. Una creación personal- mía, de mí, para mí, por mí. Lo último que había hecho era terminar mi primer libro, y cuando decidí mostrarlo, fue prácticamente desechado. Y claro, habría podido enseñárselo a otras personas para tener puntos de vista distintos, pero desde aquel día en que Elena me lanzó todas esas críticas como ladrillo a la cara, me tenía dominada la inseguridad. Ya era un hecho que nunca le enseñaba mis escritos personales a nadie (aunque fueran de mi entera confianza); en ese momento después del suceso con mi jefa, menos. Me daba pánico.

Lo complicado viene cuando nadie te advierte sobre lo difícil que es escribir un libro. Claro, solo había escrito uno, y no es como que fuera del ancho del de *IT* de Stephan King, pero consideraba que era un número de páginas decente. La fatiga del bloqueo escritor, las noches en vela tratando de encontrar esa idea que revolucionará la historia por completo, esos giros inesperados que tanto tardas en armar, “tengo la idea pero no sé cómo ponerla en palabras”, los perfiles de cada uno de los personajes, el sentimiento a transmitir,... una vez que pierdes de vista aspectos como estos, tu historia comienza a desbordarse. Y tu te quedas estancado en ese ir y venir de correcciones, dudas e inseguridades... ¿hice un buen trabajo? ¿Se entiende lo que quiero decir? ¿Transmite lo que

quiero que transmita? ¿Les va a gustar a los demás? ¿Y si no lo logro? ¿Y si fracaso? Y si, y si, y si... al final, optas por cerrar la computadora con un largo suspiro de frustración para “continuar mañana”.

Aunque no siempre era así. Algunas veces, luchaba contra esa frustración, contra los miedos e inseguridades, y escribía aunque fueran unas cuantas páginas, unas cuantas palabras. Algo que me hiciera sentir menos estancada, menos cobarde.

¿Qué te da miedo, Roma? ¿Escribir algo tan malo que te confirme el fracaso que eres? Ya te sientes uno, ¿no? Qué mas da entonces. Si no lo intentas nunca vas a comprobar que lo eres. O... ¿desmentirlo?

Les presento a Sonriente. Mi vocecita interna no (tan) positiva. Era como mi diablito en el hombro, excepto que, en esta extraña y curiosa imaginación, se veía más bien como el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*; de ahí el nombre *Sonriente*. Sí, así es. Mi película favorita es *Alicia en el País de las Maravillas*. Y sí, lo sé- seguramente si imaginaba un gato sonriente de colores extravagantes y sonrisa deslumbrante en mi hombro cada vez que una voz extraña me hablaba al oído... era porque había perdido la cabeza. Debía estar loca- demente. Pero bueno, las mejores personas lo están.

Opté por la opción A: cerrar la computadora con un largo suspiro de frustración. Me froté la cara, desilusionada por no haber podido escribir, dejando la página completamente en blanco. Ni un título, ni una frase, ni una palabra. Nada. Me levanté de mi silla y caminé unos cuantos pasos hacia mi cama, en donde me dejé caer rendida. Era un domingo por la madrugada (eso explicaba mi cansancio), y era perfectamente consciente de que debería de haber estado durmiendo, no haciendo intentos fallidos de escritora. Miré el reloj que descansaba sobre mi buró. 3:56 am. *Mierda. Ya van a dar las 4.* No es que fuera doña perfecta y no pudiera desvelarme, pero al día siguiente en la mañana

tenía una plática a la que asistir. Uno de mis autores favoritos iba a ir a Barcelona, y no podía perder la oportunidad de verlo. Aunque no les voy a mentir, tenía un poco de miedo de ir. La frase *nunca conozcas a tus ídolos*, había estado bastante presente en mi cabeza durante el transcurso de esa semana. Pero claro, no por eso no iba a ir a verlo.

Intenté dormir, di vueltas y vueltas en la cama, y simplemente no pude concebir el sueño. No es que sufriera de insomnio ni nada por el estilo, simplemente ese día... no pude dormir.

Volví a mirar el reloj. 6:34 am. Bueno, era momento de parar de intentar. Decidí levantarme y tomar una ducha, sentirme un poco productiva antes de comenzar el día. Aunque probablemente esa productividad no me duraría mucho, pues alrededor de las dos de la tarde, estaría dormida boca abajo con media pierna salida del sillón.

La plática era hasta las 11 de la mañana, así que tenía bastante tiempo para hacer algunas cosas y prepararme antes de salir. Tomé una ducha, me preparé mi café favorito, me hice unas quesadillas de desayuno, tomé un jugo multi vitamínico (mi papá insistía en que tenía que mantenerme sana, y que esos jugos eran mágicos), adelanté un poco de trabajo -sí, en domingo-, y después de un rato, me senté en el sillón a ver unos capítulos de mi serie.

Aún tenía tiempo, así que todo estaba perfectamente calcula...

-¡Mierda, carajo, no, no, no!- Me levanté de un golpe, despertando de mi profundo y largo sueño. Tomé mi celular para ver la hora: 11:46. -Miiiiiiierda.

Como si de pronto existiera la teletransportación, en menos de un minuto después, ya me encontraba fuera de mi departamento, corriendo hacia la estación de metro. Hice mi mayor esfuerzo para llegar, aunque fuera solo al cierre de la plática. No podía creer que me había perdido ese evento. No lo podía creer. Es decir, cuánto tiempo esperando para conocer a uno de mis escritores

favoritos, y me quedo dormida. ¡Dormida! Eso no era normal. Cualquier persona sana del cerebro se habría puesto una alarma. Digo, no es que estuviera planeando dormir, iba a ver una película, pero entendiendo el cansancio que tenía por no haber dormido en toda la noche, era más que obvio que existía la posibilidad de que algo así pasara. Y existía a la milésima potencia.

¡Ay, Roma!

Llegué al lugar cuando las personas ya estaban levantándose de sus sillas, listas para salir del auditorio. *Bueno, mierda al cubo*. Ya se había terminado la plática, y no había ni llegado a la despedida. *Menuda cagada*, como dirían los españoles.

Triste, decidí tomar asiento en una de las sillas que habían colocado para la audiencia. ¿Por qué? No lo sé. Quería quedarme un momento a sentir lo triste de la situación, y de la gran oportunidad que había perdido. Tomé mi bolsa, y saqué el libro que había decidido llevar para que me firmara King. Sí, sí- King de Stephen King. El mismo, en persona y a color. Stephen King el profeta de las historias de suspenso y terror. De misterio, de aventura, de amistad, de mil y un cosas. Admiraba mucho a ese hombre, pero quizá la frase era cierta, y por eso no pude llegar a tiempo ese día. *Nunca conocas a tus ídolos*.

Eso, y también que era una idiota con cansancio acumulado.

-¿Llegaste tarde tú también?- Escuché una voz a lado mío.

Volteé a ver a la persona que al parecer se dirigía a mí, deteniéndome a observarlo durante un instante. Era un señor mayor, alrededor de 65 años; pelo entre gris y blanco, piel un tanto arrugada, cejas abundantes, estatura mediana. Tenía un extraño parecido a mi abuelo, quien había muerto hace algunos años.

Un escalofrío me recorrió la nuca.

-Tristemente. Aunque le aseguro que usted tiene una razón mucho más válida y menos tonta que la mía.

-¿Puedo sentarme?- Preguntó el desconocido, señalando la silla que se encontraba a lado mío, con una amable sonrisa en el rostro.

-Por supuesto que sí, no me tiene que preguntar. Toda suya.- Sonreí de regreso con la misma amabilidad.

El señor se sentó tranquilamente a lado mío. Soltó un suspiro, y sacó algo de la bolsa de su saco. Era un cigarro. Yo no era precisamente fan número uno del olor a cigarro, pero quién era yo para privarlo de disfrutar de las cosas que lo hacían feliz, ¿no?

-¿Te apetece uno?- Preguntó mientras me acercaba la caja.

-Gracias, no fumo.

-Enhorabuena. No fumes estas mierdas.

La ironía de la situación me hizo reír un poco. Primero me ofrece fumar para después decirme que no fume porque es una mierda, ¿mientras él mismo lo hace? Irónico, pero con cierta lógica. Supongo que si me lo aconsejaba alguien que lo hacía, por alguna razón sería, ¿no?

-Entonces cuéntame, ¿cuál es esa razón tonta y poco válida por la que dices que llegaste tarde?

-Ah.- Sonreí con un poco con desilusión. -Ayer me desvelé y terminé quedándome dormida en el sillón antes de la plática. Resulta que para cuando resucité, ya eran las 11:46. Y bueno, el resto ya se lo puede imaginar.

-Vamos a ver.- Dijo el señor, acomodándose en la silla. -¿Por qué sería esa una razón tonta? A menos de que hayas estado toda la noche drogándote en un club nocturno, me parece algo bastante común. Además...- Dijo con un tono de voz un poco más bajo, mientras se acercaba más a mí. -Tengo que admitir que lo del club nocturno si me llegó a pasar alguna vez.- Comenzó a reírse. - Eso sí, nunca con drogas, no no.

Comencé a reírme yo también.

Qué señor tan agradable.

-No no, lo juro.- Negué con la cabeza. -No fue por ninguna de esas razones.

-¿Y entonces?- Preguntó el señor, interesado. No lo culpo, el chisme siempre va a ser algo interesante.

-Pues resulta que...- Carraspeé un poco y volví a hablar. -Bueno, lo que pasa es que estaba intentando escribir un poco. Pero no me salían las palabras, algo así como si estuviera congelada- después de un largo rato me di por vencida.

-Ah vaya, ¿eres escritora?- Preguntó sonriente.

-No, bueno sí...- Respiré hondo. No me gustaba llamarme a mí misma *escritora*. Sentía que... pues, que me quedaba muy grande el saco. -Algo así. Al menos eso intento.- Sonreí con un poco de pena. No estaba acostumbrada a hablar de mis escritos con nadie, y aunque se trataba de un completo extraño, lo sentía muy poco natural.

-Entiendo, entiendo. Estás justo en esa etapa.- Dijo, como si entendiera perfectamente de lo que estaba hablando. -Te sientes como una escritora, pero estás muy asustada como para decir en voz alta que te consideras una, en caso de que fracasas, ¿no?- Asintió con la cabeza varias veces, y yo asentí de regreso, sorprendida por la forma en la que me había leído. -No sabes si eres lo suficientemente buena, eh.- Sonrió, empatizando conmigo. -Y te diré una cosa...- Hizo una pausa, esperando algo de mí.

-Roma.- Respondí cuando encontré la respuesta que buscaba.

-Roma.- Sonrió.- Lindo nombre...Roma.- Repitió, acostumbrándose a él. -Ah sí sí, te decía.- Se acomodó en su silla, buscando las palabras adecuadas. -¿Tú realmente crees que alguno de los escritores que conoces siempre supo que era suficientemente bueno?- Negué con la cabeza. -Exactamente, porque a

ninguno le constaba realmente. Atreverse a mirar la escritura como un sueño “realista”, como una meta- no es una garantía, Roma. Es más bien un salto de confianza. Como todo en este mundo claro. Pero no hablo de un salto de confianza en que lo que escribas va a gustarle a todo mundo, no.- Prendió finalmente su cigarro, y le dio una calada pensativo. -Nunca vas a ser lo suficientemente buena ante los ojos de todos. Y eso está bien, ¿sabes? Qué aburrido gustarle a todo el mundo, no no, menuda mierda. ¿Dónde quedan las opiniones entonces? ¿Las perspectivas, la subjetividad de todo? Especialmente del arte. Porque Roma, todo tiene arte si lo piensas. Pero para los que escribimos... escribir *es* arte.- Sonreí ante sus palabras, y al entender de donde venía todo aquello que decía. Él también era escritor. -A lo que voy es que no se trata de confiar en que a todo mundo le va a gustar ese arte que crees. Se trata de tomar un voto de confianza en ti y en lo que haces, sin importar las perspectivas que pueda haber de él allá afuera.- Le dio otra calada a su cigarro. -Y da un miedo que te cagas, por supuesto. Pero, ¿si te puedo dar un consejo? -Asentí de inmediato. -No dejes de hacer las cosas por miedo al resultado. Porque los posibles resultados son infinitos- y esta vida, una.

Llevaba tanta razón ese señor, que no supe que decir en ese momento mas qué un simple:

-Gracias.- Sonreí, genuinamente agradecida por sus palabras.

-Y bueno basta ya de sesiones terapéuticas que voy a comenzar a cobrarte.- Se rió, contagiándome de su risa. -Ah, pero te voy a decir qué cosa sí no te voy a cobrar.- Sosteniendo el cigarro con la boca, abrió su saco y sacó una tarjeta de la misma bolsa en donde guardaba los cigarros. -Toma.

Miré la tarjeta con interés, y al leer lo que decía quedé boquiabierta. En ella venía una frase y un nombre.

Director Editorial, Marcelo Marchetti

En el reverso había una dirección de mail y un número de teléfono.

-No suelo hacer esto con extraños que conozco en conferencias, pero tengo una corazonada contigo, Roma. Me encantaría leer alguno de tus escritos.

{ DOCE }

Desperté de un brinco y miré a mi alrededor. Estaba en mi habitación, aún totalmente a oscuras. El reloj de mi buró marcaba las 6:47 am. *¿Todo fue un sueño?* Tristeza y decepción se instalaron en mi pecho- se había sentido tan real...

No es cierto, estoy bromeando con ustedes.

Entiendo, lo siento- no dio risa. Mejor continúo.

Era un lunes por la mañana. Estaba recién levantada, lista para alistarme y salir rumbo al trabajo. Ah claro, lo que pasó el domingo fue totalmente real. Demasiado real. Tan real, que había pasado el resto del domingo considerando qué hacer con esa tarjeta que había recibido. Okey, *usarla* era claramente la respuesta. Pero no sabía cuándo. Es decir, si enviaba uno de mis escritos ese mismo día, iba a ser una falta de respeto. ¿Por qué? No tenía idea, pero así era como lo sentía. No quería que pensara que estaba aprovechándome de su amabilidad. Además, era domingo. Y bueno, no sé qué piensen ustedes, pero atender cosas de trabajo en domingo es horrible. Lo sé, todo esto sonaba a excusas. Por un lado era cierto, pero por el otro no lo eran. De cualquier forma, decidí no enviar nada- ese día. Porque por supuesto que lo iba a hacer... eventualmente. Solo estaba agarrando un poco de coraje. Es decir, no quería enviarle algo malo, ¿saben? ¿Qué tal si no le gustaba? Tal como había dicho Elena. *Todo un caos*. Y no quería que él pensara eso también.

Y da un miedo que te cagas, por supuesto. Pero, ¿si te puedo dar un consejo? Recordé sus palabras. *No dejes de hacer las cosas por miedo al resultado. Porque los posibles resultados son infinitos- y esta vida, una.*

Eso me bastó para salir de la cama de un brinco y sentarme en la silla de mi escritorio. Abrí la computadora, lista y dispuesta a mandar el primer *draft* de mi libro.

-Ay, por favor.- Suspiré. Mi computadora se había quedado sin batería. Me levanté de la silla para ir en busca del cargador, pero el sonido de mi celular me detuvo a medio andar.

-¿Sí?- Era Iván. Se preguntarán, ¿por qué le contestaste a Iván? Tenías cosas más importantes que hacer en ese momento. Tengo que admitir que a pesar de la intensidad de Iván por conquistarme, nunca me llamaba a menos de que fuera estrictamente necesario, es decir, relacionado al trabajo.

-Roma.- Sonaba un poco... ¿agitado? -¿Ya vienes de camino al trabajo?

-Eh...- Voleé a verme en el espejo de la sala. Esa pijama de bebé Yoda había sido la mejor compra de mi vida. -No, aún no.

-Pues deberías.- Fruncí el ceño confundida, mientras Iván hacía una pausa antes de seguir. -Algo me dice que nos vamos a quedar en la calle tú, yo, y todo Énfasis.- Dijo en voz baja, y mi corazón dio un vuelco.

-Voy para allá.

Me puse ropa decente, me lavé los dientes, tomé una fruta para el camino, agarré las llaves de mi departamento y salí rumbo al trabajo.

{ TRECE }

-¿Lo ves? Llevan horas discutiendo.

Me encontraba de visita en el cubículo de Iván, viendo la escena que ocurría en la sala de conferencias. Definitivamente se apreciaba mejor en su cubículo que desde el mío. Dentro estaban mi jefa, David, los dueños de Énfasis, una mujer a quien nunca había visto antes, vestida elegantemente (probablemente la cliente a quien representaba David), y alguien más que parecía ser el abogado de Énfasis.

Iván y yo observamos atentamente parados detrás del cubículo.

-¿Y eso qué? No significa que nos vayan a despedir.- Susurré.

-¿Estás de coña? Este es el fin de Énfasis. Parece demasiado serio como para tener arreglo.

Observé la escena durante unos segundos.

David, que a decir verdad se veía bien ese día: traía unos pantalones de vestir negros y una camisa blanca abierta en la parte de arriba; no tenía puesto el saco, y su pelo estaba un poco desacomodado, dándole un aire despreocupado- estaba explicándole algo tranquilamente a Elena y a los dueños de Énfasis. No parecía agradarles en lo absoluto, ya que sus caras estaban llenas de disgusto, y cuando era su turno de hablar se dedicaban a apuntar dedos y a levantarle la voz a David. Él solo conservaba la calma. Nuestro abogado comenzó a explicar algo, conservando la calma también. Aunque la calma no duró mucho, pues la mujer a la que nunca había visto antes empezó a discutir con él, levantando la voz.

-Okey, no pinta muy bien la cosa, tienes razón.- Tragué grueso, sintiendo los nervios en el estómago. -Voy a averiguar qué está pasando. Y aunque nos

despidan, tienen que avisarnos con tiempo antes de hacerlo, sin mencionar nuestra liquidación.

Iván iba a agregar algo, pero la puerta de la sala de conferencias se abrió de golpe, y, como siempre fuimos los más discretos, nos agachamos de golpe para evitar malentendidos.

Esperé unos minutos, y salí del cubículo. Alcancé a ver a David dirigiéndose a los elevadores, y decidí que era momento de tener una seria conversación con él. *Nada de jueguitos esta vez.*

-¡Espera!- Alcé la voz para que detuviera las puertas del elevador. - Gracias.- Sonreí, mientras me subía a este, puertas cerrándose detrás de mi.

Me mantuve en silencio durante unos segundos mientras pensaba en las palabras correctas, hasta que David habló.

-¿No vas a picarle a un piso?- Preguntó, señalando los botones del elevador.

-Ah sí, sí claro.- Sonreí, y me fijé en el piso al que iba David. -Es que vamos al mismo.

-Okey.

-Oye...- Comencé, pero no pude terminar la oración.

-No puedo decirte nada sobre la demanda.- Me cortó tranquilamente. -Ni sobre la conversación que estabas espiando.

-¿Espiendo?- Levanté las cejas, fingiendo sorpresa.

-Espiendo.- Asintió con la cabeza. -Te vi, Roma. Ni lo intentes.

-Técnicamente no es espiar. La sala de conferencias es de vidrio, se ve todo lo que hacen. ¿Yo qué culpa?

-Claro.- Respondió con expresión incrédula.

-Solo quiero saber qué está pasando. ¿Me voy a quedar sin trabajo? -
Silencio. -¿Cómo te puede importar tan poco que tu nueva mejor amiga tenga miedo de quedarse sin trabajo?

-No intentes manipularme, Roma.- Volteó a verme. -Te diría con gusto, pero ni soy tu jefa, ni somos amigos. Creí que ya habíamos establecido eso.

Traté de sonreír para fingir que no me dolieron sus palabras. No funcionó.

-Si tanto quieres saber, ¿por qué no le preguntas a tu jefa?

-Déjalo, entiendo.- Negué con la cabeza mientras forzaba otra pequeña sonrisa. Solo me quería largar de ahí -Nos vemos luego, David.

Me despedí justamente cuando llegamos a nuestro piso, y salí del elevador rápidamente. Definitivamente no tenía ganas de seguir viéndolo. Me sentí tonta al girar a la izquierda para tomar las escaleras de regreso a mi piso. No quería que se diera cuenta de que había bajado solo para tratar de sacarle información (que ni siquiera pude conseguir), así que subí los ocho pisos caminando. Pero cuando abrí la puerta que daba a mi piso, se me cayó la cara de vergüenza. David estaba recargado contra un escritorio, mirándome.

-Siento lo que dije. No quería ser un cabrón.

-Pues sí lo fuiste.- Cerré la puerta y empecé a dirigirme a mi cubículo.

-Y ya me disculpé. ¿Te gustaría algo más? - Habló mientras caminaba detrás de mí.

-¿Vas a decirme sobre la demanda? - Presioné.

-No. Que haya venido a disculparme no significa que haya cambiado de opinión.- Me detuve y giré hasta quedar de frente a David. -Nunca mezcles lo laboral con lo personal.

-No me digas qué hacer.- Solté sin pensarlo dos veces. -Además, ¿personal? No te entiendo. Acabas de decir que no somos amigos, ¿no? Por lo

tanto no hay un “personal”. ¿Me equivoco? - Esperé unos segundos mientras lo miraba a los ojos. Finalmente, negó con la cabeza, dándome la razón. -¿Te cuento qué es lo que pienso? Que te caigo bien. Que ahora, en este mismo instante, es así como tú dices. No somos amigos. Bien. Pero eso es hoy. Y me parece que más bien no te gusta la idea de que perfectamente nos ves siendo amigos.

David se quedó mirándome sin decir nada, como analizando mis palabras.

Maldito, qué guapo se ve.

Finalmente después de unos segundos, habló.

-Nos vemos luego, Roma.- Respondió mientras sonreía, y acto seguido comenzó a caminar de regreso a los elevadores.

-Sé que no me estas ignorando.- Dije a sus espaldas. -¡Estás huyendo!

-La próxima vez que tomes un elevador solo para hablar conmigo, disimula un poco mejor, Roma.- Me guiñó un ojo burlándose, y se metió en el elevador.

-¡Soberbio de mierd- Antes de que pudiera acabar la oración, Elena pasó por delante de mí con cara de pocos amigos. -Buenos días, jefa.- Dije sonriendo, pero ella solo pasó de mí y se dirigió a su oficina. *Qué buena forma de empezar el lunes*, pensé poniendo los ojos en blanco, mientras caminaba hacia mi puesto de trabajo.

{ CATORCE }

-¿Pudiste averiguar algo?- Susurró la voz de Iván a mi lado.

-*Shhh*, déjame pensar.

Había estado intentando averiguar sobre la demanda todo el día, y nada. Nada en absoluto. Volví a preguntarle a Elena, quien tuvo la amabilidad de volver a decirme que no era asunto mío; a todos mis compañeros de trabajo, los cuales simplemente se encogieron de hombros (claramente sin entender la gravedad del asunto); conseguí el número del abogado de la empresa, pero se limitó a repetir que era un asunto privado; intenté encontrar el nombre de la empresa que estaba demandando, pero nada. Como dije, estaba en ceros. Y ya no tenía ni idea de qué más podía hacer. No me quedaba más remedio que recurrir al espionaje.

O bueno, sí que la tenía. Pero una cosa era saberlo, y otra cosa querer hacerlo.

Cuando por fin acabó mi turno, entregué el trabajo que había terminado en la mañana y salí del edificio. Aún era temprano para empezar a ejecutar el plan que tenía (si es que se le podía llamar “plan”), así que decidí pasar al departamento para hacerme algo de comer y descansar.

Me pregunté si Nadia estaría ahí. Desde que Evan y Tanya nos dieron la noticia de su pronto matrimonio, no habíamos hablado. Es decir, ella había estado muy ocupada con el trabajo haciendo sus cosas (como yo), así que nos habíamos cruzado solo unas cuantas veces en la casa, únicamente para saludarnos, intercambiar unas cuantas palabras y regresar a lo nuestro. Ni siquiera habíamos comido juntas, cosa que era poco habitual entre nosotras. Lo que me dijo ese día después de que Evan y Tanya se fueran me dolió, pero no es que la hubiera estado evitando durante todos esos días a propósito. Había

intentado entablar conversaciones con ella, pero Nadia simplemente se limitaba a responder lo necesario, cerrándose a la posibilidad. Supuse que aquella noticia le había afectado más de lo que podía imaginarme- pero aún así, yo no era ni adivina ni basurero emocional.

-Hola Troya.- Dije sonriendo, al ver al gato de Nadia recibíendome en la entrada. -¿Cómo estás, gordo?- Empecé a acariciarlo mientras me agachaba y le hablaba bonito.

-Creí que te daba alergia.- Dijo la voz de Nadia, haciendo que me sobresaltara.

-Carajo, casi me da un infarto.- Contesté, poniéndome la mano en el pecho. -Sí me da alergia, pero me gustan los animales.- Me levanté y caminé hacia la cocina. Al parecer Nadia había estado cocinando, aunque supuse que era solo para ella. Estaba sentada cómodamente en el sillón de la sala mientras comía. -¿Qué tal el trabajo?- Pregunté, mientras dejaba mi bolsa en la barra de la cocina.

-Bien.- Respondió cortante.

-Me da gusto.- Saqué una pizza del congelador y prendí el horno.

-Hice comida.- Aclaró antes de que abriera la caja que contenía mi comida.

-¿A qué debo el honor?- Dije de forma un poco sarcástica.

-Ya sabes.- Respondió.

Honestamente, sí sabía. Cuando Nadia la cagaba, hacía comida para ambas (después de días sin cocinar) como si fuera una ofrenda de paz. Yo por otro lado, era más de comprar comida china, pizza, muchos dulces, snacks, vino y poner su película favorita. Pero, a pesar de saber el por qué de su deliciosa comida, decidí dejar que fuera ella quien lo dijera. No se la iba a dejar tan fácil como las veces anteriores en las que se abstenía solo a cocinar, y a que yo

adivinara el resto. Quería que lo dijera, quería que se disculpara. Que se comunicara como la adulta que era.

-No sé a qué te refieres, pero se ve deliciosa.- Dije, agarrando un plato y sirviéndome ensalada, pasta y un poco del vino que había dejado afuera. -Voy a estar un rato en mi cuarto antes de salir, por si me necesitas.- Sonreí, dirigiéndome a mi cuarto.

-Espera, espera.- Dijo desde el sillón. *Eso. Punto para Roma.* Me volteé a verla con el plato y la copa en la mano, esperando sus palabras. -Perdón por lo que te dije. No lo dije en serio, sabes que a veces cuando me enoja...- Se vió las manos, mientras buscaba las palabras adecuadas. Después de unos segundos de silencio, me di cuenta del trabajo que le estaba costando y decidí dejarlo hasta ahí.

-Disculpas aceptadas.- Respondí mientras cambiaba de rumbo, esta vez, dirigiéndome hacia el sillón. Una vez ahí, tomé asiento a lado de Nadia y agarré el control remoto. -Hoy me toca elegir a mí.

Nadia sonrió.

{ QUINCE }

-¿En lunes Roma, de verdad?- Preguntó Marco al verme entrar en el bar como si fuera un viernes cualquiera, para sentarme en la barra y pedir algo de tomar. Claro que la diferencia erradica en que, en vez de alcohol, pedí un vaso con agua.

-¿Y qué? Tenía ganas de visitarte.- Sonreí, intentado que no se me notara la mentira piadosa.

Así estaba más o menos el plan:

Considerando que no tenía el número de David y que no creía conseguirlo (al menos por lo pronto), ir al único lugar en el que coincidía con él era mi única opción. Claro, claro- también coincidíamos en el trabajo, pero ahí no podía hablar bien con el sin que se fuera, me dejara hablando sola, pasara mi jefa y me llamara la atención, o mil cosas más. En caso de que se me ocurriera decirle que saliéramos a tomar algo, era obvio que me iba a decir que no. Así que por lo pronto, la única alternativa que veía era la de encontrármelo por “casualidad” en el bar. Y sí, me quedaba claro que iba a perder una buena cantidad de tiempo esperándolo ahí, pero ¿qué más podía hacer?

Además, tengo que admitir que me divertía eso de pasar mi tiempo investigando algo. Me encantaban los retos.

Dicho y hecho. David no fue ese día al bar. Ni el siguiente, ni el siguiente del siguiente, ni el siguiente del siguiente siguiente. Al parecer era un hombre muy ocupado, y claro, estábamos en plena media semana. Nadie va al bar entre semana. A menos que seas alcohólico... o una mujer desesperada por conseguir información de cierta situación que podría llegar a...

-¿Ya me vas a decir la verdadera razón de tus visitas?- Preguntó Marco, mientras me servía mi segundo gin tonic.

Ya era viernes por la tarde, casi noche, y el bar comenzaba a llenarse.

Ah si, ahí estaba el bar que me gustaba. No el deprimente y vacío bar de entre semana. No es que me encantaran los lugares llenos de gente, pero la que iba a ese bar me gustaba. Tenía buena vibra, y no lo sé, le daba ambiente- vida al lugar.

-Y no me vengas con que “me siento sola y venir a verte me alegra el día, ¿cómo has estado?” porque, Roma preciosa, no te creo nada. Llevas viniendo toda la semana y por lo que veo el problema no es de alcoholismo, porque ni siquiera has estado tomando. Bueno, hasta hoy claro.- Concluyó Marco de forma juzgona y abrí los ojos con fingida sorpresa y dolor.

-Qué ofensa a nuestra amistad, Marco.- Negué con la cabeza. -Por supuesto que vengo a verte.

-Roma.- Presionó con cara de incredulidad.

-Y... quizá también porque estoy haciendo un pequeño... un pequeño trabajo de investigación.- Me rasqué la nuca pensativa. -Sí, pongámoslo así.

-Estoy más perdido que antes, vas a tener que explicarte un poquito mejor.

Al final, le conté un poco de lo que había pasado con Énfasis y sobre la coincidencia de encontrarme a David en mi trabajo, después de haberlo conocido en el bar. Pero claro, omití ciertos detalles que... bueno, no eran precisamente de su incumbencia. Y con eso me refiero a mi opinión sobre él y nuestra pequeña apuesta. El punto es que Marco pensó (como siempre) que estaba un poco loca, y que mi plan era exactamente el sinónimo de mi nombre... una locura. Y ¿a mí? No me importaba. ¿Por qué? Porque era lo único que se me ocurría hacer, así que no me quedaba más que mantenerme firme.

-De todas las cosas que pudiste haber hecho...

-¿Ah sí? ¿Cómo cuáles? Soy toda oídos.- Dije, levantando una ceja. - Aquí esta tu caja de quejas y sugerencias.- Me señalé a mí misma. -Ya cubriste las quejas; escucho tus sugerencias.

-Bueno, pues...- Marco hizo una pausa, pensativo.

-¿Ves?- Me crucé de brazos, esperando a que hablara. -Créeme que si hubiera otra forma que no fuera sacarle la información a David...- Marco abrió los ojos tanto, que parecía que se le iban a salir. Me hizo señas para que dejara de hablar.

-¿Qué?- Dije, helándome en mi asiento.

Dime que no está atrás de mí por favor. Dime que no está-

-Qué curioso encontrarnos siempre en las situaciones más extrañas, ¿no, Roma?- Habló el hombre detrás de mí. Esa voz que conocía bien y que pertenecía a esa piedrita en mi zapato. La piedrita con nombre y apellido: David Durant.

Cerré los ojos e inhalé profundo antes de darme la vuelta en la silla.

En vivo y a color. Jeans oscuros, camisa blanca remangada hasta el codo y abierta en la parte de arriba. Reloj en la mano derecha, pulsera de piel en la izquierda. Pelo desacomodado, olor: 100/10.

Le sonreí a David a modo de saludo.

-¿Cómo estás?- Fue lo único que logré decir.

-Confundido. ¿Por qué hablabas sobre mí?- Se sentó en el taburete que había a lado mío, y Marco vio su oportunidad para desaparecerse. -Bueno, creo que tengo una idea del por qué. Mejor dime, ¿sobre *qué* exactamente hablabas de mí?

-Número uno, ¿no te enseñaron a no espiar conversaciones ajenas?

-Si la conversación es sobre el que está escuchando, no se considera espionaje.

-Número dos, dije David. No David Durant. ¿Sabes cuántos Davides hay en el mundo?

-¿Entonces no era sobre mí la conversación?

-No.

-¿Segura?

-Sí.

-¿No me estás mintiendo, Roma?

Qué maldito. Odiaba mentir. Me sentía sucia, hipócrita, mala persona. Incluso en situaciones desesperadas como lo era esa. Y si me veía con esa cara de “sé que mientes, solo quiero que lo admitas y aunque no lo admitas voy a seguir sabiendo que mientes”, era demasiado abrumador. ¿Cómo le iba a sostener la mentira en la cara? No podía. No iba conmigo.

-Pues sí. Sí estoy mintiendo.- Puse los ojos en blanco. -Solamente le estaba contando a Marco sobre las coincidencias de la vida, ¿okey? Encontrarte aquí y en el trabajo, ya sabes.- Tomé un trago antes de continuar. -Y por si eres de los que opina que omitir información también es mentir, entonces que sepas que también le conté lo grosero que me parece que no me quieras decir qué está pasando con Énfasis.

-Marco.- David llamó. -Un whiskey, por favor.- Marco asintió con la cabeza y David regresó su atención a mí. -¿Decías?

-¿Saldrías a una cita conmigo? - Solté sin pensarlo dos veces. Cuando me percaté de lo que había dicho, abrí los ojos sorprendida y me tomé mi trago de un jalón. ¿Quizá ya había empezado a hacer efecto?

-Sí.- Dijo con tanta seguridad que torcí la cara confundida.

-Eres muy bueno mintiendo, ¿no?

-Estoy diciendo la verdad.- Tomó el whiskey que Marco dejó sobre la barra. -Gracias Marco.

-¿Quieres salir conmigo?- Pregunté, aferrándome al ápice de valentía que estaba sintiendo en ese momento. Era una buena oportunidad. Quizá...

-No.- Respondió, dándole un trago a su bebida.

-¿Por qué no?- Tomé un trago de agua para tratar de quitarme el mal sabor de su respuesta, y del ardor del reciente (mega) trago de gin que me había zampado. -Acabas de decir que lo harías.

-Hipotéticamente hablando.- Giró su cuerpo para quedar de frente a mí. - Pero no estoy saliendo en citas por el momento. Lo siento.

-¿Por qué no?

-No es lo que busco por el momento.- Se limitó a responder sin dar mayor explicación.

-¿Y qué buscas en este momento?- Presioné.

-No eso.

-¿De verdad? Gracias por la aclaración, no sabía.- Dije sarcásticamente y puse los ojos en blanco. -No te tienes que hacer el difícil, podríamos ser amigos.

-No me hago el difícil, sencillamente no es lo que busco en este momento.- Tomó de su whiskey.

-Como quieras. Yo solo digo que estás perdiéndote de una amistad increíble.

David guardó silencio durante unos segundos, como analizando mis palabras. Jugó con el vaso de whiskey entre sus dedos, y finalmente descansó su brazo en la barra mientras se acercaba un poco hacia mí. Me miró unos segundos, y después habló.

-Y cuéntame, ¿qué exactamente es lo que puede ofrecerme tu amistad, Roma?

¿Qué clase de pregunta era esa? Es decir, muchas cosas. Pero el punto era que me sentía como haciendo negocios con un empresario, no entablando

una conversación normal con una persona. Nadie preguntaba eso. No se supone que fuera así. No se supone que fuera así, ¿cierto?

-Bueno, soy... soy una buena persona. Al menos eso creo.- Dije mientras jugaba un poco con mis dedos, pensativa. Después tomé el vaso de agua que descansaba en la barra y vacié el poco líquido que quedaba en él en mi estómago. -Y creo que puedo llegar a ser muy buena amiga. Puedo escucharte, acompañarte, aconsejarte, ayudarte, hacerte reír... soy buena compañera. Eso claro, siempre y cuando sea recíproco. Tampoco puedo desvivirme por alguien a quien le importo una mierda, ¿sabes?

Tan pronto dije la última parte, me arrepentí de inmediato.

Sin poderlos frenar, los recuerdos del pasado comenzaron a invadir mi cabeza de golpe.

Desvivirme por alguien...

Esa sensación, ese sentimiento pesado en el pecho. Siempre regresaban con ellos. Nunca eran solo recuerdos; eran memorias, imágenes, ruidos, palabras. Era toda una película. De terror, de drama. Llena de sentimientos de toda clase que prefería mantener enterrados junto con... en fin. Era un ciclo cerrado.

Existe, queridos lectores, una razón muy válida por la cuál no hablaba de mi pasado. Sé que ya nos conocemos mejor- pero todavía hay muchas cosas sobre mí que no les he contado.

Lo único seguro era que, en ese momento ya era muy tarde, y todas esas memorias intoxicantes me golpearon con una fuerza abrumadora.

-Eres una idiota.- Rió. Una risa más bien falsa. Forzada... enojada. - Espero que lo sepas. Todos merecemos tener bien presente lo que somos. Y tranquila. -Se acercó tanto, que pude oler su aliento etílico. -Que si se te llega a olvidar... aquí está tu amor para recordártelo. Las veces que necesites. De la

forma que sea necesaria.- Tomó mi barbilla entre sus dedos, apretando hasta dejarme marcas en la piel.

-No tiene que ser así, amor.- Mi voz, apenas un suspiro audible. Más que una propuesta, una súplica.

-Cariño... no podrías estar más en lo correcto.- Me dio un suave beso en la comisura de los labios, aún sin soltarme. -Pero es que tú me orillas a esto. Nena, me duele más a mí que a ti.- Soltó mi barbilla y me dio un abrazo que suponía reconfortarme. Reconfortarme del sufrimiento... el sufrimiento que él causaba en mí. Y aún así, entre sollozos, lo abracé como si el mismo causante de aquella agonía fuera a ser el puerto seguro, la respuesta, salvación, el antídoto, la cura; de aquel dolor.

-Ya, Roma. Aquí estoy. Siempre.

Regresé a la realidad de golpe. Cuello, frente y palmas sudorosas; respiración agitada, temblor en las manos. Mis ojos miraron por todos lados registrando todo, puesto que mi sentido del oído aun no regresaba del todo. Finalmente vi a David. Tenía una mano puesta sobre mi hombro mientras pronunciaba palabras que mi cerebro aún no era capaz de procesar. Ruido era lo único que era capaz de escuchar. Sentí mi estómago al borde del abismo, mientras mis náuseas amenazaban con dejar salir todo el mal que cargaba dentro de mi delgado cuerpo.

Me levanté torpemente del taburete, mareada y desorientada. David me ayudó en el proceso, pero cuando puse mi mano sobre mi boca, entendió que tenía que ir al baño. Aún así, no me dejó sola. Me acompañó al baño y una vez ahí, entré sola al cubículo en el que dejé salir todo el veneno que vivía sin permiso en mí, atormentándome cada cierto tiempo.

Me lavé las manos y salí del baño. Ahí estaba David, recargado contra la pared, brazos cruzados, ceño fruncido. Cuando me vio salir se acercó con cuidado.

-¿Qué pasó, Roma?

-¿Puedes...- La pena me invadió. Quería pedirle un abrazo... un abrazo a David, la persona que se negaba siquiera a ser mi amigo, y minutos antes a salir conmigo. Quien quería que le describiera mi valor como amiga- lo que tenía por ofrecer en una amistad.

Y aún así... sentía una extraña confianza hacia él. Cierta seguridad que me decía que era una persona en la que podía confiar. Genuinamente confiar. Así que opté por pedirle otra favor. -¿Puedes acompañarme de regreso a mi casa, por favor.

{ DIECISÉIS }

La sensación se rehusaba a dejarme en paz. No era la primera vez que me pasaba algo así; algunas eran peores que otras, unas más fuertes, otras tristes y otras... otras aterradoras. La de aquel día había sido una mezcla entre miedo y tristeza, que juntas se convirtieron en una abrumadora bomba que terminó por explotar en el cubículo de aquel bar.

La pena me envolvió completa- no sabía qué decirle a David. Estaba claro que no le debía ningún tipo de explicación, pero caminar en silencio junto a él tampoco me parecía una opción muy cómoda, así que decidí hablar.

-Gracias por acompañarme a mi casa.- Dije, rompiendo el silencio pesado.

-No hay de qué. ¿Cómo te sientes?- Preguntó, volteándome a ver. Caminaba con ambas manos en los bolsillos de su pantalón, con un aire despreocupado. No parecía estar incomodo en lo más mínimo.

-Ya mejor, gracias.- No era del todo verdad, ya que todavía tenía unas náuseas horribles, pero al menos ya no sentía el impulso de correr al baño a vomitar.

-¿Siempre te pasa así?

-¿A qué te refieres?- Fruncí el ceño, fingiendo confusión. -Solo me cayó mal lo que estaba tomando.

-Bueno.- Dijo simplemente. Solo que entendí el tono que estaba utilizando. Era obvio que no me creía, que sabía que estaba mintiendo. Y aún así, se limitó a responder con una palabra, en vez de hacer un montón de preguntas intrusivas.

-¿No me vas a preguntar nada más?

-Si dices que te cayó pesado tu trago, te cayó pesado tu trago. ¿Por qué haría más preguntas?

-Porque no me crees, y se nota.

-No te creo, pero tampoco soy impertinente. Si no me estás diciendo la verdad es por algo. No me incumbe.

-Eso de que no eres impertinente es bastante debatible.- Bromeé y soltó una risa. Yo también sonreí.

Continuamos caminando durante unos segundos en silencio. Ninguno de los dos llevaba prisa por llegar a mi casa, o al menos eso parecía, pues íbamos considerablemente lento. -No es mi intención mentir. Pero son temas de los que no suelo hablar con nadie.

-No tienes que darme una explicación.

-No.- Afirmé. -Pero quiero. No es que me moleste compartir cosas contigo, de hecho a veces tengo que restringirme.- Forcé una risa. -Simplemente a veces me dan ganas de contarte muchas cosas. Me inspiras- aunque no lo creas porque honestamente ni yo lo entiendo bien- mucha... ¿confianza?- Levanté ambos hombros en un gesto de confusión. -Lo único que me detiene es que, uno, no te importa en lo más mínimo lo que tenga por contarte, y dos, que tampoco tienes el interés de contarme algo sobre ti. Y no se puede remar solo ¿no? Tiene que haber algo de...- La palabra se atoró en mi garganta como si sus letras fueran tóxicas.

-¿Reciprocidad?- Terminó de decir David por mí. Yo solo asentí. -Y de hecho te equivocas. Me gusta mucho cuando me cuentas cosas sobre ti. Disfruto de hablar contigo, Roma. Pero ya te dije que soy una persona bastante reservada, no es nada personal. Simplemente soy así.

-Todos- Comencé a decir mientras dejaba de caminar para verlo de frente. -con la persona indicada, terminan abriéndose. Es cuestión de sentir comodidad,

seguridad, sentirse escuchados, entendidos, acompañados. Una vez que encuentras eso... buena suerte manteniendo ese cajón cerrado. Porque créeme, vas a querer compartir hasta la cosa más estúpida y mundana del mundo con esa persona.

-No lo creo.- Concluyó, pero no parecía tan seguro de sus palabras.

-Llámame cuando encuentres a esa persona y platicamos.- Le sonreí, sabiendo perfectamente que, como a todos, a él también ya le llegaría ese momento.

Seguíamos sin movernos, y cuando miré a mi alrededor me di cuenta de que mi departamento estaba solo a unos cuantos pasos más. Pero no quería irme todavía. Quería quedarme. Solo un poco más.

-¿Tú ya encontraste a esa persona?- Preguntó, mostrando un ápice de curiosidad.

¿Tenía a alguien así en mi vida? Estaba mi mamá, con quien platicaba de vez en cuando sobre cosas que me pasaban, pero siempre muy superficiales. Con mi papá era lo mismo, superficial. Nadia, superficial.

-Una vez hubo alguien. Pensé que podía confiar en él, y lo hice.- Negué con la cabeza e hice una mueca. -No salió tan bien.

David asintió con la cabeza, dejándome saber que entendía bien de lo que le hablaba.

-Y por eso es mejor no confiar en nadie. ¿Para qué? Te tienes a ti, con eso basta y hasta sobra. Puedes tener unos cuantos amigos con los que sales a divertirte, a pasar el rato. No necesitas más.

-Todos necesitamos a alguien.- Dije e hice una pausa, pensando en sus palabras. Por como lo dijo, intuí que era así como él manejaba su vida. Tenía varios amigos con los que mantenía las cosas de forma superficial, y cuando necesitaba de alguien recurría a él, se refugiaba en él. Confiaba solo en él.

-¿Y confías en ti?- Pregunté ante ese último pensamiento. -Porque aveces podemos ser nuestros mejores compañeros, pero otras nuestros peores enemigos. Y creo que ahí es cuando todos necesitamos un hombro, hasta que retomemos esa fortaleza que creemos perdida, pero que quizá solo está en construcción.- Sopesé mis palabras un momento antes de continuar. -Y aún después, estando en nuestro mejor momento, es cuando pesa la soledad ¿no te parece? Es cuando más te gustaría compartirla con alguien a quien quieres mucho. Es bueno disfrutarlo con nosotros mismos, pero ¿compartirla? Creo que compartir nuestra felicidad es una experiencia incomparable.

David se quedó en silencio, pensando en las palabras que le dije. Parecía pensativo, pero también atormentado, intranquilo. Quizá había apretado un nervio sensible, pero no me arrepentí. Atender nuestras incomodidades puede resultar bueno en ocasiones, y algo me decía que eso era algo que David tenía pendiente.

-Ves muchas películas, Roma.- Rió sin ganas, un poco incómodo. -A mí me parece que sí tienes piel de escritora; viendo historias donde no las hay. Si estás intentando descifrarme o algo parecido diciéndome esas cosas, te recomendaría no perder el tiempo.

-Creí que solo estábamos platicando. Siento si te sentiste incómodo.- David frunció el ceño ante el comentario, viéndome confundido. -Si te sirve de algo, yo acabo de tener un ataque de quién sabe qué en el baño de un bar mientras hablaba contigo. Si alguien debería de sentirse incómoda, soy yo.

-No me sentí incómodo.- Corrigió. -Y no me parece que deberías de sentirte incómoda, todos tenemos fantasmas del pasado.

-¿Cómo sabes que fue algo de mi pasado?- Mi estómago se encogió. Me pudieron haber afectado mil cosas, adivinarlo no suponía una tarea fácil... o al menos eso pensaba.

-No lo sabía, era solo una teoría. Una que acabas de confirmarme.-
Sonrió, satisfecho.

-Okey, Don *Yo Lo Sé Todo*. ¡Me descifraste!- Dije sarcásticamente, poniendo la mano en mi pecho y haciendo una cara de dolor. Y sí, era conciente de que mi insulto era totalmente infantil, pero no me importó.

David puso los ojos en blanco y cara de pocos amigos, pero segundos después se compuso, cambiando a una máscara de obviedad.

-Pues claro. -Comenzó a decir, siguiéndome la broma. -Ni que fueras tan difícil de descifrar, Roma. De hecho hasta podría decir que eres bastante sencila

-¡Bueno ya!- Lo detuve antes de que pudiera terminar la frase. No era una oración que tenía muchas ganas de escuchar.

-Ow.- Ladeó la cabeza. Acaso estaba... ¿poniendo cara de lástima? Dios mío, que asco. -Alguien se lleva pero no se aguanta.

-Bueno ya, ¿no?- Bajé la mirada al piso y suspiré molesta. No, no aguanto cuando me molestan, ¿y qué? Soy una persona sensible.

Con el pié, comencé a jugar con la tierra que había a un lado de la banqueta en silencio. David se percató y rompió el silencio.

-Roma, era una broma.- Se acercó y puso ambas manos en mis hombros como con intención de disculparse. Pero levanté la cara sonriendo. David apretó los labios y asintió con la cabeza varias veces, derrotado.

-¿Ibas a decir algo?- Hice mueca de tristeza, como si fuera a llorar.

-Nada que valga la pena, doña -mi actuación engañó al mejor abogado del mundo- sabelotodo.- Contraatacó, con un gesto de fingida derrota.

Lo empujé suavemente en el pecho, bromeando.

-Ay no por favor. ¿De verdad te llamas a ti el mejor abogado del mundo? Qué humilde, David.

David sacó el celular del bolsillo de su pantalón y tecleó algo en él. Unos segundos después, me lo extendió. En él se encontraba un diccionario digital con la palabra SARCASMO en mayúsculas, y su significado abajo.

-Eres un cínico de lo peor.- Pero apenas pude terminar de decirlo- la risa se escapó de mi boca antes de que la pudiera detener. David se me unió, y nos quedamos así durante un tiempo que quizá no fue mucho, pero que me hizo sentir mejor. Tal vez demasiado, pues me quedé con ganas de no dormir y quedarme justo así, riéndome con mi nuevo amigo-no-amigo en las calles oscuras de Barcelona.

{ DIECISIETE }

No quería llegar a mi departamento... eso estaba claro. Nadia iba a pasar el fin de semana fuera, lo que significaba que iba a estar sola, al menos el sábado y el viernes, que eran mis días libres. Se preguntarán, ¿qué tiene de malo la soledad? En realidad, nada en absoluto. La soledad no es algo negativo, de hecho me gustaba la soledad- aún me gusta. Pero todos tenemos momentos en nuestras vidas que nos hacen cuestionarnos cosas, ¿me explico? A veces tienes un momento que cambia un poco las cosas, las modifica, las altera, las desordena, las... estoy siendo muy críptica. Vamos a hablar claro mejor.

Esta es la parte en la que les recuerdo que ninguna historia es solo rosa pastel. Y aquel que diga lo contrario, probablemente esté en la etapa de negación. A decir verdad, la Roma de ese momento trataba de alejar los malos pensamientos siempre que podía; y aquellas veces que le parecía imposible, se escondía del mundo hasta estar bien otra vez.

Desde que puse un pié en el avión a España, decidí dejar atrás gran parte de mi pasado. Pasado del cuál no saben mucho aún. Quizá la Roma de ese entonces estaba demasiado ocupada ocultando su vida al mundo- pero la Roma que escribe esto, es toda una historia diferente.

Años atrás, estuve en una relación abusiva. No quiero entrar en detalles porque, aunque ahora ya pueda hablar de eso, a la Roma de esta parte de la historia era algo que no le gustaba mencionar. Dicho esto, sí quiero aclarar que, por obvias razones, fue algo que me marcó mucho. Y cuando digo mucho, créanme que se queda corto.

Dormía pésimo, tenía repentinos ataques de pánico, ansiedad, y, aunque tal vez no lo pareciera, desconfiaba hasta de mi sombra. Me las daba de confiar en todos, de amigable, de sociable... pero todo eso era una fachada. En realidad,

me aterraba volver a confiar en una persona, y depositar mi cariño en alguien que me pudiera hacer tanto daño como me lo hizo... él. Estarán pensando, *hipócrita*, ¿eh? Le dijiste a David que abrirse con la gente era bonito, que todos éramos seres sociales por naturaleza y que la confianza no es sinónimo de algo negativo. Pero créanme, no era hipocresía. De hecho, era y sigue siendo mi opinión verdadera. Solo que una cosa es que eso sea lo que piense, y otra muy diferente que yo haya sido capaz de seguir las reglas de mi propio juego. En algún momento lo fui, y no salió tan bien. Y no porque las reglas hayan estado mal planteadas, no- aunque eso fue lo que pensé durante mucho tiempo. *¿Qué estúpida, Roma!* *¿Qué hacías confiando en ese imbécil?* Pues bueno, tiempo después obtuve la respuesta a esa pregunta. Estaba haciendo algo bonito. Estaba decidiendo abrirme con alguien a quien quería. Estaba depositando mi vulnerabilidad en las manos de una persona que *creí* iba a cuidar de ella. ¿Por qué sería Roma la culpable de hacer lo que se supone que se hace en una relación sana? Solemos ir por ahí culpando a las personas- ¿por qué no te fuiste antes? ¿Por qué lo permitiste? ¿Por qué no lo viste venir? No, no. Ahora entiendo que eso no es así. La culpa es de quien decide ponerte un dedo encima. Cruzar un límite. Soltar ese insulto. Subir el tono. Hacerte dudar de la realidad. Todo eso, y mucho, mucho más.

Una vez que entendí eso, decidí continuar creyendo, esperanzadamente, en las reglas de mi juego. Quizá un poco modificadas y menos idealizadas, pero no menos auténticas que en un inicio. Eso es ahora. Pero, ¿en ese momento? En ese momento, cuando conocí a David, yo estaba pasando por un proceso. Estaba pasando por un duelo. Y dudé de esas reglas, las cuestioné, juzgué, insulté y las quise tirar a la basura. Quise asumir la totalidad de la responsabilidad. Así se sentía más fácil- más controlable que odiar a una persona, y tener millones de preguntas sin respuesta. *¿Por qué lo hizo?* Era la más frecuente. Aún así, decidí

no desecharlas. Tenía, en alguna parte de mí, la certeza de que eventualmente volvería a confiar en lo bonito de las personas, a querer sin miedo, a vivir sin culpa.

Pero hasta entonces, los dejo con la Roma en desarrollo, la Roma en sanación, crecimiento... La Roma en construcción. Después de todo, Roma no se construyó en un día, ¿cierto?

{ DIECIOCHO }

Me despertó de golpe la quinta pesadilla de la noche. Estaba sudando y tenía el corazón a mil por hora. Solía pasarme eso casi todos los días, a excepción de los que estaba muy cansada para tener aunque fuera una miserable pesadilla. Cuando eso pasaba, trataba de enfocarme en mi respiración y de pensar en cosas bonitas para tranquilizarme, pero no siempre funcionaba. ¿Alguna vez desbloquearon algún miedo gracias a una pesadilla? A mí me pasaba bastante seguido. Desde chica fui una niña bastante miedosa, pero cuando empezaron mis pesadillas más fuertes mis miedos crecieron, aunque fueran de lo más irracional. Se veían tan nítidos esos sueños, se sentían tan reales, que el miedo incontrolable de vivirlos sin poder despertarme y sentir el alivio de saber que no habían sido reales- me abrumaba. Pero bueno, uno no puede vivir con miedo todo el tiempo, ¿no? Así que cuando este se sentía demasiado abrumador, me ponía a escribir. Mis emociones más fuertes eran las que me arrastraban al escritorio, haciéndome abrir la computadora para poder plasmar todo eso que sentía como una carga inmensa- y cuando terminaba, me sentía más ligera.

Pero aquella noche no tenía muchas ganas de escribir. Solo quería coinciliar el sueño, dormir. Soñar bonito, descansar. Sin embargo, dadas las circunstancias, sabía que eso no se iba a poder- al menos esa noche. Por lo que decidí levantarme de mi cama y dirigirme a mi escritorio. Cuando abrí la computadora, su brillo intenso hizo a mis pupilas encogerse de dolor por un instante, hasta que se ajustaron a la luz. Tecleé mi contraseña y entré a mi (pequeño pero caótico) mundo digital.

El escritorio de mi computadora tenía un poco de todo. Fotos, videos, archivos, cuentos, varios intentos fallidos de (solo el comienzo) de un libro,

artículos de trabajo, noticias, etc etc etc. Llevaba a su vez, un diario digital. No, no se preocupen, tenía una clave altamente indescifrable. Pero como ustedes son de toda mi confianza y ese diario ya fue enterrado en el centro de la tierra haciéndolo imposible de encontrar-, se las voy a proporcionar.

La contraseña era 12345.

¿Ven? Nada de qué preocuparse.

Decidí abrir el diario y darle una hojeada.

Agosto 3, 2016

Mi queridísima Codi. (Codi = Computadora Digital).

Este verano estuvo increíble. Bueno, no voy a hablar en pasado (o como dirían mis profesores de la escuela “PRETÉRITO PERFECTO SIMPLE”) porque todavía no se termina. Quedan aún algunos soleados días más, y pienso aprovecharlos al máximo. ¿Interminables clavados (chistosos) en la alberca? Listo. ¿Mucho helado de chocolate? Listo. ¿Quemaduras en los cachetes y nariz? Listo. ¿Películas de terror? Listo. ¿Pijamadas con amigas? Listo. ¿Picaduras de mosquito hasta en el culo? Listo. ¿Qué más puedo pedir? Nada, porque no lo necesito.

¡Adiós!

Con cariño, Roma.

Pd: leí lo que escribí y el final sonó muy mal agradecido de mi parte con la vida. Así que gracias :)

Ahora sí, bye!

Solté una risita silenciosa al leer lo que había escrito la Roma de 16 años. No solo porque le llamó a su diario Codi, empezando porque obviamente todas las computadoras son digitales, (¿no?) Definitivamente me daba nostalgia (algo de pena ajena por la forma en la que escribía), y me hacía extrañar demasiado esos días.

Seguí bajando las páginas hasta dar con otra fecha.

Diciembre 24, 2016.

Codi, Codi, Codi. Feliz navidad, vieja y jodida amiga. Discúlpame, pero ya estás viejita, y tus teclas no funcionan muy bien. Pero te lo digo con todo el cariño del mundo, claro. En fin, hoy vamos a cenar mis papás y yo, como todas las navidades. Pero no sé por qué esta vez no se siente como las anteriores. Estoy un poco triste, pero no pasa nada. No hay lugar para la tristeza porque es navidad, así que para arriba y para adelante. :)

¡Adiós!

Con cariño, Roma.

Enero 27, 2017.

Feliz año nuevo (no tan nuevo). Olvidé venir a felicitarte, pero no tenía ganas de escribir. Tuve unos días horribles, quién sabe qué me pasa. Ultimamente no me dan ganas de salir, ni sola ni a ver amigos ni con familia. Lo que es triste, porque mi cumpleaños 17 (que lo celebré hace 10 días), no fue

lo que esperaba. ¿Será normal? Quizá sea solo una etapa. Lo que si sé es que se siente feo feo. Ojalá pudieras hablar para darme algún consejo, por eso de que estás viejita y los viejitos tienen buenos consejos, ¿entiendes a lo que me refiero? En fin, me tengo que ir.

Adiós.

Con cariño, Roma.

Una tristeza se asentó en mi pecho.

Seguí bajando las fechas hasta dar con una que conocía muy bien.

Mayo 13, 2017.

¡¡¡Codi!!! Ya me siento mucho mejor. ¿Te cuento por qué? Bueno, te voy a contar por qué. Conocí a alguien, jijiji. Imagínate, ¿Roma conoció a alguien? Ni tu te la crees, ¿no? Yo también pensé que siempre iba a estar sola, ¡pero no! Es muy buena persona, Codi. Se llama Stefano. Tiene bonito nombre, ¿no? Pero no sé, creo que es muy bueno para ser verdad. También es un poco mayor que yo, pero no importa; ya solo falta un año para que cumpla los 18. No sé por qué siento que no me lo merezco- a Stefano me refiero; pero no puedo evitar estar muy feliz por haberlo conocido. Siento que todo va a estar bien. Eso es algo bueno, ¿verdad?

Te dejo que Stefano va a pasar por mi, bye!!

Roma.

Junio 22, 2017.

Hola Codi. ¿Cómo has estado? Yo la verdad he tenido mejores días. No sé qué tengo, pero últimamente me siento inútil. Como si no tuviera valor, ¿me explico? Stefano dice que estoy loca, que valgo mucho. Dice que hay gente que está mucho peor que yo, que debería de estar agradecida con la vida que tengo. Tiene toda la razón, no sé qué me pasa.

En otras noticias, ya somos pareja oficialmente. Mis papás no están muy contentos con la diferencia de cinco años, dicen que una niña de 17 y un hombre de 22 no es sano. Que si yo tuviera 20 y el 25, sería otra historia. En fin, ya lo aceptarán, porque no está en mis planes dejarlo ir. Los días que me siento mal me lleva chocolates, porque sabe que me gustan mucho. Es muy lindo conmigo.

Me tengo que ir, bye!

Roma.

Octubre 30, 2017.

¡Codi! Cuánto tiempo. Ya Halloween, ¿eh? Porque claro que Halloween no solo es para niños, es para todos (aunque Stefano diga lo contrario). Obvio, lo forcé a que salga disfrazado conmigo. Siento que va a estar muy divertido, aunque es una lástima que ya no voy a poder usar el disfraz que compré el otro día. Iba a irme de enfermera loca, iba a ensuciarme el vestido de sangre y hacer todo el show diabólico. Pero Stefano dijo que me veía muy provocativa con eso, y me enojé primero, pero después me explicó que él siendo hombre conocía la mentalidad masculina. Dijo que me iban a ver como objeto sexual, y que él no quería eso para mí. Que porque quería que estuviera tranquila y cómoda.

Aunque hay algo que me dejó intranquila... si él dice que “conoce la mentalidad masculina” es porque él también piensa... de esa forma, ¿no?

Bye!

Roma.

Cerré la computadora. Ya no quería leer más porque sabía perfectamente lo que le seguía a esos días, y no revivía precisamente los recuerdos más bonitos. Frotándome las cienes, me levanté de mi silla y me dirigí a la cama. Ya eran las 4 de la mañana, tenía que intentar seguir durmiendo si quería sobrevivir despierta durante el día.

Sintiendo un poco de inquietud por lo que había leído, me metí a la cama y me tapé hasta el cuello con las colchas. Desde niña pensaba que meterme debajo de ellas era el escudo más fuerte e irrompible que existía. Me daba seguridad, y en ese momento era justo lo que necesitaba sentir.

{ DIECINUEVE }

-¡Roma!- Escuché la voz de Stefano persiguiéndome por el pasillo. Yo iba a paso veloz en dirección al cuarto, no tenía ganas de discutir. No otra vez.

Sentía una presión en el pecho que aún no descifraba del todo. ¿Miedo, quizá? Pero no lo creía. ¿Miedo a qué? Era Stefano de quien estábamos hablando. Mi pareja, mi amor. No tenía por qué tenerle miedo, podía confiar en él. Siempre.

-No quiero discutir contigo, mejor lo hablamos después.- Entré al cuarto y cerré la puerta con seguro. ¿Por qué? No por miedo ni nada. Solo no quería que entrara porque quería mi espacio. Solo eso.

-¡Abre la puerta, Roma!- Los golpes se escuchaban cada vez más fuertes, más frecuentes. ¡Pam, Pam, Pam! -¡Que me abras la puta puerta!- ¡Pam, Pam!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... 33 golpes fueron los que había contado. Era impresionante cómo no se lastimaba la mano por la fuerza con la que la golpeaba. Me daba gusto que no estuviera lastimado, no quería que por mi culpa terminara lesionado.

Después de unos segundos de silencio, Stefano comenzó a hablar. Esta vez, con un tono diferente- más calmado.

-Nena, ábreme por favor, ¿sí?- Pude ver cómo se movía la manija en su intento de abrirla desde el otro lado. -No me gusta cuando nos peleamos. Solo quiero darte un abrazo, prometo no hablar del tema si eso es lo que prefieres, ¿okey? Pero por favor ábreme, nena.

Ya me sentía más tranquila. No me gustaba cuando se enojaba, pero no pasaba nada, porque cuando estaba tranquilo todo mejoraba.

Los temblores que no me había percatado que estaba teniendo por todo el cuerpo cesaron, y pude respirar normal otra vez. Me levanté de la cama

lentamente y me dirigí a la puerta para abrirle a Stefano. La verdad es que tenía muchas ganas de un abrazo suyo. No me gustaba pelear con él.

Abrí la puerta y miré a Stefano, que estaba recargado contra el marco de la puerta con cara de agobio.

-Roma.- Dijo aliviado y me tomó de la cara con ambas manos, con la suavidad que tanto me gustaba. -Ven.- Me acercó hacia él y me dio un abrazo, quizá un poco más fuerte de lo que me habría gustado, pero un abrazo igualmente. Cuando las costillas comenzaron a dolerme, lo solté para verlo a la cara.

-No me gusta que nos peleemos.- Le dije.

-A mi tampoco, nena.- Me tomó de la cara y me plantó un beso suave en la frente. -¿Tienes hambre? Voy a hacer algo de comer. Es más, voy a hacer tu comida favorita y también vamos a poner tu serie favorita, ¿te parece?

Asentí con la cabeza, mientras se dibujaba una sonrisa en la comisura de mis labios. Ahí estaba mi Stefano.

Mi novio se dio la vuelta para dirigirse a la cocina, pero un instante después se detuvo en seco. Volteó otra vez para verme a la cara. Cuando le vi el rostro, mi corazón se detuvo un instante. No era mi Stefano.

-Solo una cosa, Roma.- Dijo con expresión seria, y antes de poder percatarme de lo que estaba pasando, Stefano levanto su mano derecha y la dejó caer con toda su fuerza, rabia y rencor sobre mi mejilla izquierda.

Un ardor insoportable empezó a asentarse en mi mejilla, y el zumbido que tenía en el oído se volvió cada vez más fuerte. Por instinto, me llevé la mano a la cara. Dolía, sí. Pero me dolía más el pecho, y las lágrimas que no me dejaban de caer por las mejillas. Mi respiración pesaba toneladas, y se sentía como una agonía, más que como un alivio.

-No vuelvas a cerrar la puerta con seguro.- Dijo con voz tranquila, y se dio la vuelta nuevamente para dirigirse a la cocina. Yo continué inmóvil en mi lugar, mirando al suelo. Temblaba, lloraba- apenas respiraba. -¿Prefieres Pizza o Sushi, nena?- Preguntó Stefano desde la cocina con una sonrisa en el rostro, como si nada hubiera pasado.

-Tierra llamando a Roma, *hello*.- Dijo una voz que se escuchaba a kilómetros de mí. Volví de golpe a la realidad y me di cuenta de que era Iván, que estaba moviendo una mano enfrente de mí para que le pusiera atención. - ¿Ya me escuchas?

-Sí, te escucho.- Respondí.

-¿Entonces?- Preguntó e hizo una pausa, como esperando algo de mí. Cuando vio que no tenía idea de lo que me estaba hablando, continuó. -La demanda, Énfasis. ¿Pudiste conseguir algo de información, sí o no?

-Ah, eso.- Carraspeé y me rasqué un poco la nuca, sin saber bien qué decir. -Todavía no. Pero estoy en eso.

-¡Eh, Avemaría!- Conestó Iván, imitando una expresión colombiana, (le gustaba jugar con diferentes acentos). -A ti no te corre el reloj, ¿no?

-Si tanto te urge, ¿por qué no lo investigas tú?- Puse los ojos en blanco.

-No no no, discúlpame *bella donna*, pero no.- Negó con la cabeza y después apuntó su dedo índice sobre mi nariz. -El plan era que *tú* investigaras. No yo.

Quitó su dedo de mi vista y me levanté de mi lugar, dirigiéndome a la oficina de Elena, quien me había mandado a llamar a través del chat que manteníamos por computadora.

Una vez afuera de su oficina, toqué la puerta para avisar de mi llegada y la abrí. Elena se encontraba caminando de un lado a otro mientras hablaba por

teléfono. *Perfecto*, pensé. Se veía tensa, estresada, ansiosa; su actitud abarcaba todos los adjetivos negativos que se les puedan ocurrir. Sí. Incluso enojada.

Cuando se percató de mi presencia (porque al parecer el golpe en la puerta no fue señal suficiente), colgó el teléfono. Así como escuchan- colgó el teléfono. No dijo un *luego te llamo, Bill*, ni un *estoy ocupada, después te marco*. Nada. Esa mujer era una tirana. Y yo, su subordinada.

Que Dios me ayude.

-A ver, Roma.- Comenzó a decir mi jefa.

Round 1: los saludos sobran, vamos directo al grano.

-¿Qué día es hoy?- Preguntó.

-Hoy.- Repetí seriamente e hice memoria. -Hoy es 24 de...

-No te pedí la fecha, te pedí el día, por dios. – Se frotó la sien, frustrada. *Ah claro, consuélase, no le vaya a dar un infarto porque su empleada no entendió bien sus indicaciones.* Pensé, e hice una nota mental para después: poner los ojos en blanco en cuanto saliera de la oficina. No pensaba quedarme con las ganas de hacerlo, pero no era estúpida, y hacerlo en ese momento significaría- bueno, ya saben. -¿Qué día es hoy?- Repitió a tono golpeado.

Round 2: contesta solo lo que se te pide.

-Lunes, jefa.- Respondí.

-Lunes.- Asintió. -Hoy es lunes.

Mantuve mi posición sin mover un solo pelo. El solo hecho de respirar dentro de esa habitación se sentía como un delito de cadena perpetua.

-Bueno, sabes el día. Lo que me lleva a preguntarme. Si sabes qué día es...- Ladeó la cabeza mientras hacía contacto visual conmigo por primera vez desde que entré a su oficina. Sentí su humor condescendiente sobre mí. -¿¡Por qué cojones no entregaste el trabajo que te pedí para ayer?!

Round final: el regaño.

Nota mental: reírte porque usó la palabra *cojones* una vez que estés afuera de su oficina.

Un momento.

-Pero sí entregué el trabajo.- Defendí. -Claro, lo trabajé ayer mismo.

-No, Roma. No lo enviaste.

Saqué mi celular y chequé mis archivos. El artículo estaba hecho, terminado. Pero cuando me metí a mi correo, me di cuenta de que no lo había enviado. *Mierda al cubo por pi elevado a la ecuación más fuerte que exista.*

Volteé a ver a Elena apenada.

-Tiene razón. Lo siento, el artículo está terminado pero no sé por qué no lo envié... Todavía estamos a tiempo de...

-Fuera.- Interrumpió. -Regresa a tu puesto.

-Pero...- Quise arreglarlo, pero Elena no estaba receptiva ese día (ni ningún otro día).

-Ya sabes lo que opino de repetir las cosas.

No me estaba viendo a la cara. Ahora tecleaba algo en su computadora, mientras, con el hombro de soporte, llamaba a su secretaria. Sin más que añadir, me di la vuelta y abrí la puerta de su oficina, dispuesta a regresar a mi cubículo.

La había regado en bandeja de plata, sí. Pero nunca cometía errores- al menos casi nunca. Si le hubieran pedido a Elena que hiciera una lista de quejas sobre mi trabajo, quizá esa sería la única cosa que podría mencionar. Bueno- la única cosa racional. Quizá agregaría un par de cosas como: se viste mal, se peina mal, es muy desordenada, etcétera etcétera. Para mí, la responsabilidad era una prioridad. Las entregas puntuales, el esfuerzo extra que no todos los empleados hacían... por eso me molestó tanto la forma en la que me trató ese día. Sin embargo, una vez que entendí mi valor como empleada, me di cuenta de que

esa solo era la forma de ser de mi jefa. No era nada personal, y había tenido un mal día a juzgar por su cara. Así que no me preocupé mucho en ese sentido.

Pero hubo algo que sí me dejó pensando. ¿Por qué olvidé mandar el trabajo? Es decir sí, pudo ser un simple error. Pero sabía que no era así. Desde que tuve mi episodio de dios sabe qué en el bar, mis recuerdos habían estado desbordados- al menos más de lo regular. Y eso me tenía con un pié en la realidad y otro en mi mente. No estaba presente y odiaba cuando eso sucedía. Olvidaba comer, pendientes, la noción del tiempo... tenía que arreglar eso.

Nueva nota mental: arreglar (¿cómo? No sabía bien todavía), mi problemita.

Segunda nota mental: encontrar cómo arreglarlo.

Quizá debería de considerar llevar una agenda en vez de confiar tanto en mis notas mentales.

Una vez que llegué a mi cubículo, realicé mis notas mentales anteriores. ¿Ojos en blanco? Listo. ¿Reírme de la expresión que utilizó Elena? Listo. ¿Mentarle la...? Listo. Quizá esa no era una nota mental, pero ya sabíamos que iba a pasar.

Tratando de ignorar los pensamientos que me estaban trayendo tantos problemas, me puse a trabajar.

Bien, Roma. Trabaja, trabaja, trabaja, ignora, trabaja, ignora. En todo caso, si no ves los problemas no están ahí, ¿cierto?

{ VEINTE }

Falso.

Falso falso y falso.

Los problemas no se van si los ignoras.

De hecho, el intento de mantenerme más centrada que nunca para ignorar todos los problemas que venía cargando, terminó disparando en mi contra.

Sí. Mi escusado vomitado y la cruda asquerosa que tenía (física y moral), me lo dejaron bien claro. Quise manejarlo todo sola, controlarlo, reprimirlo, dármelas de guerrera intocable, trabajadora ejemplar.

Pero perdí el control.

¿Están confundidos? Déjenme regresarme un poco.

9 Horas Antes

-¿Entonces si dos más dos son cuatro, entonces dos al cubo son..?

Me empecé a reír como loca. Como loca, desquiciada, maniaca, psicópata. ¿Eso les da una pista de la cantidad de alcohol que ya llevaba dentro de mi sistema? Pista para mis lectores más lentitos: MUCHO PINCHE ALCOHOL.

-Roma.- Marco se frotó la nuca, preocupado por mí. Eso sí, después de haberse reído conmigo. -Ya está. Se acabó. No más alcohol para ti.

-Ni quería.- Levanté los hombros, indiferente. -¿Sabes qué sí se me antoja? Una naranja.- Ladeé la cabeza y le hice ojitos. Después recordé la canción y comencé a cantarle bajito. -*Naranja dulce limón partido, dame un abrazo que yo te pido.* ¿Conoces esa canción?- Sonreí.

-Sí.- Puso expresión de obviedad ante mi pregunta, y luego se dio la vuelta. -Voy por tu naranja, mujer. Ahorita regreso.

Marco abandonó su puesto, y yo vi mi oportunidad. Me levanté (tambaleándome como toda una profesional) del taburete, y rodeé la barra. Como era lunes casi no había gente, pero tampoco era como que les importara mucho que una borracha extraña se estuviera robando alcohol del bar. Ese lugar era para las personas a las que les importaba una mierda la vida de los demás porque estaban muy metidos en la suya... y luego estaba yo- la metiche por excelencia.

Tomé mi vaso y lo rellené de vodka. Después le di un trago, dejando que el líquido me quemara el estómago. Una vez satisfecha con mi acto de rebeldía, dejé un billete sobre la barra y me volví a mi lugar antes de que Marco regresara.

-Aquí está.- Dijo mientras ponía una naranja enfrente de mí. Sus ojos cayeron sobre mi vaso lleno. -Ah, ya veo. ¿Robándote alcohol?

-No es robo.- Señalé el billete. -Ahí está el pago.

Marco me miró con incredulidad y alzó el billete.

-Esto es un euro, Roma.- Me regresó el billete. -Y me da igual si agarraste sin decirme, lo que me preocupa es la cantidad que llevas. ¿Por qué no mejor te llevo a tu casa? ¿Qué no trabajas mañana?

-¿Y qué? La diversión no solo es para los viernes.- Puse cara de pocos amigos. -Además, seguro que cierran la compañía en nada de tiempo. Da igual si voy mañana o no. Es más, ¡que me corran! Ni siquiera me valoran ahí.

-Sabes perfecto que la Roma sobria se va a arrepentir de todo lo que estás haciendo ahorita, ¿no?

-Claro que lo sé.- Reí bajito. -Esa Roma es una mojigata.

-Roma...

Justo cuando Marco iba a empezar a hablar, un hombre se sentó a lado mío. Tenía una linda cara. No era precisamente mi estilo, pero me llamó la atención. Barbón, pelo negro, sonrisa agradable, ojos claros. Pidió algo de tomar y se quedó sentado un rato.

-¿Tú también tuviste un día de mierda?- Pregunté.

El extraño volteó a verme, y sonrió. Parecía una persona amable.

-Algo así.- Respondió con acento español y extendió la mano a modo de saludo. -Soy Rubén, mucho gusto.

-Roma.- Dije, dándole la mano.

-Es un lindo nombre.

-Gracias.- No pude decir lo mismo del suyo. Lo siento a todos los Rubénes, no me gusta mucho ese nombre.

Estuvimos hablando un rato. Les diría cuánto, pero no lo recuerdo (por obvias razones). Se ofreció a acompañarme a mi casa, y le dije que sí. Antes de que empiecen a juzgarme, intenten entenderme. La Roma sobria (e incluso borracha) sabía que eso no era buena idea. No se trataba de *saberlo* sino de la *importancia* que le di. A la Roma triste de ese momento, no le importaba. Pero así como el dicho; quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Tengo recuerdos de esa noche, pero muy pocos. Tranquilos, no lo invité a pasar y tampoco me acosté con él. Aunque sí nos besamos durante un rato afuera de mi edificio.

¿Me arrepiento? Sí. Habrá quien pueda hacerlo y esté bien con ello. Yo no soy esa clase de persona. Perdí el control de mí misma, de mis decisiones; y lo que es aún más peligroso que esas dos cosas juntas- no me importó. Había estado tan enfocada en hacer las cosas bien y en no sucumbir a cómo me estaba sintiendo, que cuando se volvió tan abrumadora la presión que ejercía sobre mí

misma y tomé la decisión de ir a distraerme un rato al bar, se me salió todo de las manos.

Mi error decidió levantarme con un dolor agudo en el estómago. Las náuseas aparecieron tan rápido que apenas alcancé llegar al baño a desechar todo eso que me hacía daño. Pensarán que fue el alcohol- yo digo que fueron las emociones dañinas, los miedos abrumadores, el estrés acumulado. Y claro, no soy estúpida- el alcohol también.

Me quedé un rato desechando y desechando, mientras permanecía sentada en el suelo con la espalda recargada en la fría pared. Recuerdo las lágrimas que salían de mis ojos, y el dolor que sentía en el pecho. Después de llorar un rato, cedí al sueño. No sé cuánto tiempo estuve así, pero desperté cuando la luz del sol penetró a través de la pequeña ventana, anunciando un nuevo día.

Con cuidado, me levanté del suelo y caminé hasta topar con mi lavamanos. Cuando me miré en el espejo, no me reconocí.

Esa no era Roma.

Tenía el pelo enredado y desecho, el labial corrido, la máscara de pestañas escurrida de tanto llorar. En mi cuello había una pequeña marca. Al verla, los recuerdos comenzaron a golpearme y el arrepentimiento me cubrió completa. En ellos veía una Roma tan borracha que apenas podía mantenerse de pié, que no sentía nada, que permitió que un hombre del cuál sabía solo su nombre le besara el cuello, la boca, las mejillas... Mi último recuerdo fue haberme despedido de él y subir como pude a mi departamento.

¿De verdad? ¿Con todo lo que has vivido? ¿No has aprendido nada?

El estómago se me volvió a revolver. Tragué grueso y respiré profundo.

-Ya pasó.- Me dije en voz baja.

Salí del baño y para inspeccionar mi habitación. El reloj marcaba las 6:46 de la mañana. La cama estaba destendida y había una botella de vino a lado de mi cama, en la mesita de noche. Al parecer había seguido tomando, pero no lo recordaba.

Me cambié de ropa y salí de mi habitación. Me dirigí a la cocina para hacerme una sopa y tratar de calmar los quejidos que soltaba mi estómago.

Me tomé un momento para pensar en el hombre al que había besado la noche anterior. Estaba claro que él solo buscaba algo sexual conmigo- y no esperaba más. Pero Roma de ese momento comenzó a recordar que sus acciones tienen consecuencias. Y que a veces, se pagan caras.

{ VEINTIUNO }

-Vaya, vaya, vaya.- Sonó esa voz molesta que tan bien identificaba a lado mío. -Alguien empezó la semana con el pié izquierdo, ¿eh?

Puse los ojos en blanco, pero él no podía verlos porque tenía lentes de sol puestos. Sí, hasta la luz me taladraba el cerebro. Y además estaba más seca que un maldito cactus del Sahara.

-Te pido de la manera más amable y atenta posible,- Volteé a ver a David y sonreí cínicamente. -Que regreses por donde llegaste. No estoy para tus bromitas.

-Gracias por confirmar mi teoría.- Sonrió. -Aunque, la verdad no era necesario porque tu cara prácticamente lo tiene tatuado.

-¡Bueno ya!- Me quité los lentes molesta. -¿A ti qué te picó, David? ¿Un alacrán? ¿Una abeja? ¿Mosquito radiactivo? ¡Estás loco! Me hablas, no me hablas, me hablas, no me hablas. Y cuando me hablas, ¡es para venir a chingarme!- Empecé a inhalar hondo. *Inhala hondo, exhala profundo, inhala hondo, exhala profundo, inhala hond-* la cara de diversión que tenía David en el rostro me desquició. -¿¡QUÉ QUIERES?!

-Lástima que no pierdo apuestas, estoy seguro de que tenerte como amiga sería todo un espectáculo.- Sonrió mientras me miraba intrigado. -En fin, solo vengo a decirte que ya me voy a comer. Si quieres acompañarme estás invitada. No le sentaría mal un poco de comida a tu cuerpo medio momificado. Estaré en el comedor.

Así como si la invitación que acababa de hacerme fuera la cosa más normal de este mundo, se dio la vuelta indiferente y se marchó. En realidad, si era algo bastante normal lo que había dicho. Pero para alguien normal. Y ya sabemos que David no entra en esa definición.

Un segundo.

-¿Me acabas de llamar *momia*?

-Te veo en el comedor.- Dijo a lo lejos.

-¿¡Y quién dice que acepté tu invitación?!- Ya no respondió.

Me quedé sentada en mi lugar, pensando si aceptar o no la invitación. Es decir, claro que quería ir. De hecho, me convenía ir. Pero si David dijo que no perdía apuestas y aún así me invitó a comer, una de dos opciones. O estaba medio tonto (sabemos que no era esa), o había algo que no me había dicho. Porque, piénsenlo- en el mejor de los casos sería yo la que tendría que extender esa invitación. Después de todo soy yo la que quiere ser su amiga, ¿no? Entonces decir que sí a la invitación se sentía como... si mordiera el queso de una trampa para ratones. Era una oferta a la que no me negaría, ¿no? Definitivamente había algo más. No pensaba que fuera algo malo (o eso esperaba)- pero había *algo*. Algo que no estaba viendo.

Ir o no ir, ir o no ir, ir o no ir.

-Hola otra vez.- Dijo David mientras tomaba asiento a lado de él.

Ir.

¿Qué? Quizá solo quería comer conmigo y ya está. No todo tenía que ser drama de cine, ¿no?

-Hola.- Dije simplemente (muy digna, por supuesto), mientras le quitaba la tapa a la sopa que había comprado. Sopa era lo que mejor me sentaba después de tremendas cagadas nocturnas.

-¿Y bien?- Preguntó David.

-¿Y bien qué?- Le dí un sorbo a la cucharada de sopa.

-Estás muy callada.

-Si querías entretenimiento hubieras contratado a un trovador, un juglar y un bufón. Yo soy solo Roma. Y Roma va a comerse su sopa en silencio, muchas gracias.

David se rió durante unos segundos ante mi respuesta.

¿De qué se ríe?

-¿De qué te ríes?- Pregunté.

-Pensé que querías comer en silencio.- Dijo cínicamente.

-Tu risa molesta canceló mis planes.- Ya me había picado la curiosidad.

-¿Entonces? ¿De qué te ríes?

-¿De qué es tu sopa?- Intentó cambiar el tema.

-¿Si te han dicho que es de muy mala educación no responder preguntas?

-¿Si te han dicho que eso es una mentira, y que mentir sí es de mala educación?

-¿De qué te reías?- Ignoré su contraataque.

David volvió a ignorar la pregunta y empezó a silvar. A *silvar*. Tuvo el gran descaro de ponerse A-SIL-VAR. Cerré los ojos y respiré hondo. Ya me había empezado a punzar la cabeza otra vez.

-Eres un grandísimo dolor en mi culo.- Dije desde el fondo de mi corazón.

-Es un placer serlo.- Sonrió y asintió con la cabeza, como si se tratara de agradecer un cumplido.

¿Qué tal el cinismo de este?

-Si tu cinismo equivaliera al dinero en tu cuenta bancaria, las próximas diez generaciones de tu línea ascendente estaría aseguradas. Con pensión y todo.

Se inclinó hacia delante, ambos brazos sobre la mesa, y me miró durante unos segundos sin decir nada, con el ceño ligramente fruncido y la cabeza ladeada. Me estaba analizando, me daba cuenta. En otra ocasión me habría incomodado- preguntado de qué color era la mancha que descansaba en mi cara.

Pero sabía que no tenía nada, y por alguna extraña razón, esa vez no me incomodé. De hecho, algo en la forma curiosa y sutil en la que David me miraba me intrigaba. Mucho. Me gustaba cómo lo hacía en realidad; y me descubrí deseando que siguiera haciéndolo por unos instantes más.

-¿Qué pasa?- Pregunté en un tono tranquilo y suave.

-Tienes una imaginación fascinante, Roma.- Concluyó por fin, y se dejó caer nuevamente contra el respaldo de su silla.

-Ah bueno.- Dije un poco decepcionada, y desvié la mirada.

-Es un cumplido.

-Lo sé. Gracias.

-No me agradezcas. Eso no era lo que querías decir.- David me buscó con la mirada. -Prefiero que me digas por qué lo primero que sentiste fue decepción. ¿Agradecer? Cualquier persona. Pero ser honestos cuando en realidad no se te da la gana de agradecer algo que no sentiste como cumplido...- Asintió con la cabeza, sin necesidad de terminar la oración.

-Bueno, no sé...

Sí sabía. Pero me costaba trabajo explicarlo.

En realidad, el problema era que yo no pensaba que tuviera una “imaginación fascinante”. Me lo habían dicho varias veces, *eres muy ocurrente, ¡qué cosas dices!, me encanta cómo piensas*. Pero, cuando trataba de hacer algo bueno con esa virtud mía, como escribir una buena historia, no daba el ancho. Me frustraba pensar que teniendo tanta imaginación, era incapaz de crear algo digno de leer. Y no es que hubiera tenido cientos de críticas negativas en mi vida. En realidad había tenido dos, tres, o cuatro. No se trataba tanto de ellas, sino de la mía. Yo era la que no se sentía capaz. Por eso cuando me decían que tenía una buena imaginación, se me remobía el estómago. Sentía como si

Sonriente me dijera, *tienes el don Roma, pero ¿realmente tienes el talento para crear con él algo extraordinario?*

-Sí lo sabes.- David me regresó los pies a la tierra.

-Bueno, lo que pasa es que siento que me hablas solamente por mis ocurrencias.- No era lo que estaba pensando, pero la verdad es que también me sentía así. Solo no era la verdad completa. -Y ya te dije que si quieres entretenimiento, contrates a un bufón. En vez de usarme de conejillo de indias.

-Es cierto, sí. Sí me pareces muy divertida. Pero si crees que esa es la razón por la que te hablo, te estás confundiendo.

-¿Entonces?

-Eres más que solo tus ocurrencias, Roma. Pero mientras tú no te lo creas, va a dar igual si te lo digo yo o todo el país.- Hizo una pausa antes de continuar.

-Te voy a dar un consejo, aunque no me lo hayas pedido. Ya decidirás si desecharlo o no.

-Okey.- Fue lo único que conseguí decir. Ya tenía el estómago hecho juego de feria otra vez.

-Trata de verte a través de tus ojos, no a través de los de los demás. Porque para variar, ni quien te limpió la mierda del culo cuando eras niña te va a conocer tan bien como tú. Creeme que cuando lo logres hacer, vas a tener claro lo que vales, Roma.- Me dedicó una pequeña y genuina sonrisa, y se levantó de la mesa con su plato y agua en mano. -Me tengo que ir. Disfruta tu sopa.

{ VEINTIDOS }

Me quedé sentada en el comedor unos minutos, sin saber bien qué pensar o hacer. Lo que acababa de decirme David no había sido cualquier cosa. Lo que acababa de decir había dado directo al clavo.

¿Cómo supo exactamente qué decir? ¿Así de transparente era?

Pero me molestó mucho que se fuera así de repente. Siempre se iba así. Cortaba cualquier momento significativo o profundo después de haber entrado él mismo en uno. Los creaba, y después se largaba. Así sin más. Y no es que estuviera esperando a que nos quedáramos acurrucados en el suelo mientras nos abrazábamos. Pero tampoco que se fuera después de soltarme una bomba.

Y por eso lo seguí.

-¡Espera!

Nos encontrábamos en el estacionamiento de Énfasis. David tenía la mano puesta en la manija de la puerta de su... *carajo, qué carrazo*. Pero cuando me vió, se detuvo. La puerta estaba a medio abrir, y él listo para subirse.

-Tengo prisa.- Cortó cualquier oportunidad de conversación para subirse a su coche, pero me le adelanté, parándome en medio de la puerta que estaba entreabierta.

Tú no vas a ningún lado.

-Roma, hazte a un lado por favor, me tengo que ir.- Dijo serio.

-No parecías tener prisa hace cinco minutos.- Me crucé de brazos. -A ver dime, ¿qué hora es?

-No tengo tiempo para esto, Roma.

-¿Qué hora es?- Repetí.

-Son las cinco y cuarto de la tarde.

-Eeeee.- Imité el sonido de respuesta equivocada. -Son las cinco en punto.

-Ni siquiera has visto el reloj.

-No lo necesito. Sé que son las cinco de la tarde.

-A ver. Muéstrame.- Levantó las cejas, desafiándome.

Moví la mirada hacia mi bolsa para sacar mi celular y demostrarle que estaba bien.

-Te estoy diciendo que-

En un abrir y cerrar de ojos, David me hizo a un lado y se subió a su coche. Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, me lancé hacia adentro, quedando con las piernas fuera del coche, y el resto de mi cuerpo boca abajo encima de él. Ah sí, y también me di un golpazo en la barbilla con el descansa brazos.

-¡Carajo!- Exclamé cuando sentí el dolor en la barbilla.

-¿Qué mierda haces, Roma?- Preguntó David entre exhaltado y sorprendido, mientras me ayudaba a voltearme con cuidado.

-Te ibas a ir.- Respondí como si fuera lo más obvio del mundo y su pregunta estuviera de más. Aunque mi tono falló en sonar con obviedad, pues estaba enfocada en mi barbilla. Ya me había empezado a sangrar y no quería manchar a David, por lo que puse mi mano encima de la herida.

-Ay Roma.- David hizo una mueca de dolor cuando se percató de mi pequeño accidente. Ahora estaba sentada encima de sus piernas, viéndolo. -Déjame ver.- Me quitó la mano con delicadeza y me tomó de la mandíbula. Con cuidado, me levantó la cara para ver mejor mi herida. Como David era un hombre alto, aunque estuviera sentada encima de él nuestras cabezas no quedaban precisamente a la misma altura- pero casi. -Solo a ti se te ocurre aventarte así, sin calcular. A lo bestia.- Sonaba entre molesto y angustiado.

-Te ibas a ir.- Repetí. Pero esta vez, no pretendí sonar con obviedad. Sino más bien decepcionada.

-¿Y?- Preguntó a secas.

-No sé...

Sí sabes, dilo.

David todavía tenía su mano en mi mandíbula, pero ya no estaba examinando mi herida. Estábamos más cerca de lo que me había percatado, y pude sentir la calidez de su respiración en mi boca. No quitaba su mirada de la mía, y yo no es que tuviera la intención de quitar la mía de la suya. Tenía unos ojos oscuros... muy bonitos.

-Quería quedarme un rato más contigo.- Dije finalmente.

La mirada de David se transformó en confusión. Parecía no entender lo que acababa de decir, como si estuviera hablando en un idioma completamente ajeno al de él.

-¿Por qué?- Preguntó en voz baja, aún confundido.

-No lo sé...- Yo era apenas un susurro. Estar encima de él, con su respiración en mi boca, con esos ojos viéndome... Dios, no podía concentrarme en lo importante.

Y no era la única.

David fijó sus ojos en mi boca durante unos segundos, mientras su respiración se volvía más pesada, más pausada. Después regresó su mirada a la mía sin decir una palabra.

-Mierda.- Solté entonces, cuando me percaté de que mi herida goteaba sangre, y había manchado la camisa de David. -Lo siento mucho, no pensé que fuera a sangrar tanto.

-Da igual.- Dijo, separándose un poco de mí. -Súbete del otro lado.

-¿Cómo?- Fruncí el ceño, confundida. -Pero tengo que regresar al trabajo.

David puso los ojos en blanco.

-Dile a tu perrito que te lastimaste en el baño y te tuviste que ir a casa.

-¿Perrito?- Ahora sí estaba confundida. -¿De qué perrito me hablabas?
¡David!- Exclamé cuando entendí a quién se refería. -No le digas así a Iván. Es una buena persona.

-Lo que sea.- Me tomó de la cintura y me ayudó a bajarme del carro. -Súbete, ya nos vamos.

Sin preguntar mucho (porque tengo que admitir que la idea de irme por ahí de pinta con David me emocionaba), le di la vuelta al carro y abrí la puerta del copiloto. Una vez dentro, cerré la puerta y lo volteé a ver emocionada.

-¿A dónde vamos?

{ VEINTITRÉS }

-¿Qué hacemos en la farmacia?- Pregunté cuando David estacionó el coche.

-¿Tú qué crees?- Me lanzó una mirada de obviedad y se bajó del coche. - Ahora regreso, no toques nada.- Cerró la puerta y se dirigió a la entrada del lugar.

Y bueno, ya si iba a tener un coche así de increíble, no le podía pedir a la gente que no tocara nada, ¿no? Hubiera sido una tremenda grosería. Era como ponerle un helado enfrente a un niño y gritarle cuando sacara la lengua para darle una probada.

Eché un vistazo alrededor. Todo parecía nuevo. Muy limpio, muy... sospechoso. Nadie tenía así de limpio su coche. Yo no tenía coche, pero sabía que no lo habría tenido así de limpio si hubiera tenido. El mío habría sido un desastre. Sudaderas, bufandas, sombreros, guantes, libros, botana... En fin, de todo un poco. Pero David no tenía más que una gabardina en la parte de atrás. Y hasta esa estaba bien colocadita en el asiento. Eso no era normal.

Por supuesto que abrí la guantera. No sé qué esperaba ver ahí exactamente, pero no había nada (interesante). Solo papeles. Tomé algunos y comencé a leer. Al parecer el coche no era de David, pues estaba a nombre de una compañía de autos. Me pregunté si era una prestación del bufete de abogados para el que trabajaba. *¿O trabajará de manera independiente?* No lo creía. Me puse a buscar más pistas. Sabía que no estaba haciendo nada correcto husmeando entre sus cosas, pero la curiosidad ya me había ganado.

Finalmente, encontré una trajeta de presentación. Tenía el nombre de David, su profesión, su número, y a lado, el nombre de la empresa para la que trabajaba: *Sinergia*.

La puerta del coche se abrió, haciendo que cerrara rápidamente la guantera y guardara la tarjeta en mi bolsa del pantalón.

-¿Qué tan entretenida estuvo tu búsqueda de pistas?- Preguntó David mientras tomaba asiento a lado de mí y me entregaba una bolsa de plástico con algunas cosas dentro de ella.

-Bastante aburrida.- Respondí con falsa decepción.

-Tómate dos de esas pastillas para el dolor.

-Casi no me due-

-No me vengas con que no te duele, Roma. Tómate dos, o una si quieres. Pero tómate algo, por favor.

-Sí señor.

Abrí la bolsa y saqué su contenido. Tomé una pastilla de la cajita de ibuprofeno y me lo pasé con el agua que me había comprado David. También habían unas gasas y una pequeña botella de alcohol. Y por último, una caja que tenía lo que parecían ser curitas. Me les quedé viendo con curiosidad.

-¿Me voy a curar con un curita?- Pregunté incrédula. David me miró incrédulo y estiró la mano, pidiéndome que le diera las cosas. Se las pasé y me acomodé en mi asiento.

-No son curitas, Roma. Es un tipo de cinta que va a mantenerte cerrada la herida.- Rompió la envoltura de las gasas y les echó un poco del alcohol que tenía la botella. -Aunque quizá deberías de considerar ir al doctor. No sé, yo solo te ayudo con lo que conozco.

Se giró hacia mí y me indicó que me acercara. Tomó mi mandíbula como lo había hecho antes, suave, delicado; y me limpió la herida con la gaza. Zizeé cuando el alcohol dio el pinchazo en mi piel, penetrando y limpiando la herida. Pero no me moví; solamente me centré en él y en lo concentrado que se veía. Cuando terminó de limpiar, dejó la gaza que ahora era roja dentro de la bolsa

de plástico, y abrió la caja que contenía las cintas. Tomó nuevamente mi mandíbula para inclinarme la cabeza hacia atrás, y me ayudó a cerrar la herida.

-Lista.- Dijo satisfecho mientras metía las cosas nuevamente en la bolsa.

-Gracias.- Le sonreí. -¿Te han dicho que te pones gruñón y mandón cuando estás preocupado?

-¿Quién dice que estoy preocupado?- Volteó a verme como si estuviera loca.

-Nadie, nadie.- Me reí bajito, sabiendo que estaba en lo correcto. Se había preocupado, aunque fuera solo un poquito. -¿Y ahora a dónde vamos?

-Tú a tu casa y yo a la mía.- Respondió con una sonrisa falsa mientras prendía el coche.

-Pensé que tenías un compromiso.- Levanté una ceja mientras lo veía.

-Ya voy tarde, no tiene caso que vaya.

-O, me mentiste.- Concluí. -Realmente no tenías ningún compromiso, solo que no te querías quedar más tiempo hablando conmigo. Se empezó a poner profunda la plática y te fuiste.

-No me pareció una plática profunda, solamente te dije lo que pensaba y listo.- Levantó los hombros, indiferente.

-Seguro.- Dije sin creerle, pero decidí no agregar nada más. Ya no tenía ganas de seguir contradiciendo su fingida indiferencia- al menos no por ese día. Solo quería irme a mi casa a descansar. -¿Sabes cómo llegar a mi casa?

-No.

-Pues no.- Asentí, dándome cuenta de lo estúpida que sonaba mi pregunta. -¿Cómo ibas a saber?

David me miraba inexpresivo. Estaba claro que se había cerrado conmigo, dejando fuera cualquier posibilidad de continuar conversando como dos personas normales. Y, honestamente, ya no me estaba sintiendo cómoda.

El ambiente se había tornado pesado, o tal vez ya llevaba tiempo así y no me había dado cuenta hasta ese momento; quizá era tiempo de empezar a poner más atención. Sin ganas de seguir dándole más vueltas, le indiqué a David cómo llegar a mi casa, y una vez ahí, le di las gracias mientras bajaba del coche y me metí al edificio.

Cuando llegué a mi piso, metí la llave y entré. Recargada contra la puerta con los ojos cerrados, inhalé profundo y exhalé todo el peso que se había acumulado en mi pecho. ¿Por qué me estaba sintiendo así?

Escuché un ruido y abrí los ojos. Nadia estaba en la cocina lavando unos platos, y me dio gusto verla.

-Se te alargó el fin, ¿eh?- Pregunté mientras me dirigía hacia la cocina. *Dime que hizo algo rico de comer, me estoy muriendo del hambre.*

Tomé mi celular y le mandé un mensaje a Iván para pedirle que le avisara a Elena que había tenido un accidente y me tuve que ir a mi casa. Menos mal que tenía una buena evidencia justo en mi inflamada barbilla. Presioné enviar mientras me sentaba en uno de los taburetes que había en la pequeña barra de la cocina.

Se supone que Nadia iba a estar fuera de viernes a domingo, pero cuando le escribí el domingo para ver por qué no había llegado, solamente me respondió con un “todo bien, no me esperes. Voy a llegar después”. Si les soy sincera, me imaginé que iba a estar con Tanya. No era ninguna estúpida, sabía perfectamente que se seguían viendo a pesar de que Nadia lo negaba cuando intentaba indagar dónde había estado. Esa vez le pregunté que dónde iba a pasar el fin de semana y solo evitó mi pregunta, y luego me dio respuestas redundantes. Así que yo saqué mis propias conclusiones.

Osea, se había ido con Tanya.

Cuando Nadia no volteó a verme para saludarme o responder a mi pregunta, volví a insistir.

-¿Nadia?- Presioné. -Ya dime la verdad, vamos. Estabas con Tanya, ¿verdad? Sabes que no soy fan de meterme en la vida de los demás, pero, amiga mía, Tanya es una mujer comprometida. No está bien que se estén vien-

Cuando Nadia se dio la vuelta, la sonrisa que tenía en el rostro se me borró de inmediato. Mi amiga tenía los ojos rojos e hinchados, la nariz roja y las mejillas mojadas. Parecía que se le había muerto alguien. Sin pensarlo dos veces, caminé hacia ella.

-¿Qué pasó?- Pregunté preocupada, mientras envolvía su cuerpo entre mis brazos. La estreché fuerte, tratando de brindarle algún tipo de consuelo. Nadia nunca fue buena para recibir cariño, y tampoco para darlo. Al menos conmigo así era. Por lo que solo se quedó tesa entre mis brazos, sin decir palabra alguna. Unos segundos después se separó de mí. -¿Por qué lloras?

-Ay Roma, si supieras.- Dijo incrédula, como si estuviera pasando por el peor momento de su vida, y yo no tuviera idea ni de una cuarta parte. Aunque, de ser así, ¿cómo iba a saberlo? No era ninguna adivina, y cada vez que intentaba indagar un poco acerca de su vida se cerraba, limitándose a responder solo lo necesario. Era una mujer de muchos secretos, me constaba.

-Pues no, no sé.- Le di la razón. -Justamente por eso pregunto. ¿Por qué insistes en mantener todo en secreto? ¿Por qué no me dejas ayudarte?- Alcancé a divisar un ligero temblor en su labio inferior, lo que podía significar que había tocado una fibra sensible; así que me permití continuar con lo que estaba diciendo. -Lidiar con todo sola a veces puede sentirse como si tomaras galones y galones de agua, hasta el punto en el que ya no puedes más. Pero cuando permites que te extiendan una mano, compartes el agua, aligeras la carga. No te llenas tan rápido, no sientes que te quiebras, no explotas. Y en todo caso. Si

llegaras a explotar, aquí hay gente dispuesta a ayudarte a pegar los pedacitos rotos, hasta que te sientas mejor otra vez.

-Evan...- Dijo con voz entrecortada.

-¿Qué pasa con Evan?

-Yo... la relación que tuve con Tanya...

-Entonces sí tuviste una relación con Tanya...- Sonreí triunfante sin poder evitarlo.

-Ay por favor, Roma.- Me miró incrédula otra vez. -No es nada que no supieras ya, simplemente no podía decírtelo. Tanya nunca quiso hacerlo público porque su familia detestó la idea de tener una hija a la que le gustaran las mujeres desde el principio. ¿Qué iba a hacer? Dejarla no era una opción, la quería mucho como para hacer eso. Tuve que adaptarme y respetar su decisión, incluso tratándose de ti. Así que mantuvimos la relación en secreto.

-Oh.- Asentí con la cabeza, comprensiva. -Pero entonces, ¿por qué se va a casar con Evan? ¿Qué fue lo que pasó?

-Bueno.- Tanya inhaló profundo, como preparándose para lo que iba a decir. Tomó su jugo de naranja, y se fue a sentar en una de las sillas de la barra de la cocina. -Evan era mejor amigo de Tanya, pero era obvio que siempre estuvo enamorada de ella. Son amigos desde niños, y me atrevería a decir que es la única mujer de la que ha estado enamorado. Por cómo la mira, cómo la trata, cómo le habla... Yo le dije a Tanya, pero ella se negó a verlo. Ya sabes,- Puso los ojos en blanco y comenzó a repetir las palabras de su ex. -“¿Qué dices? Es mi mejor amigo, Nadia. Solo estás celosa de él, pero no tienes nada de qué preocuparte.”- Soltó una risita incrédula. Vaya que ese día la palabra *incrédula* era su característica a destacar. -Y, hace un tiempo, Evan se enteró de que Tanya y yo estábamos juntas. Bueno, no.- Negó con la cabeza. -No “se enteró”. Evan nos vio.- Nadia respiró hondo. -Claro que iba a reaccionar como reaccionó.

Evan no solo es un hombre sumamente tradicional, sino que está enamorado de Tanya, el muy cabrón.

-Nadia...

-¿Qué?- Me miró, molesta. -¿Qué, Roma, qué? Todo esto es culpa de él. Ni siquiera sabes de lo que es capaz. No tienes ni puta idea.

-Ya está bien.- Corté tajante. -Entiendo que estés molesta, pero yo no tengo la culpa.- Ya estaba enojada yo también. ¿Por qué siempre que intentaba ayudar a Nadia, salía perdiendo yo? O me insultaba, o se enojaba conmigo, o terminaba siendo yo la culpable de sus problemas. Había llegado a mi límite. - No, no tengo ni puta idea. Y no la tengo porque no soy puta adivina. Así que llámame cuando hagas las paces con el hecho de que ni soy adivina, ni vas a poder recibir ayuda si no dejas de tratar a la gente como idiota y te abres de una vez por todas.- Me di la vuelta y comencé a caminar hacia mi cuarto. Una vez dentro, cerré la puerta y eché el seguro.

Carajo. Respiré hondo para bajar el enojo.

Sabía que había hecho mal al hablarle justo como yo me quejaba de que me hablaba ella; pero yo también era humana, y ya había colmado mi paciencia. Sí, mi paciencia era mucha y muy permisiva, pero cuando se terminaba- se terminaba.

Tomé asiento en mi escritorio y abrí la computadora. Tenía un pendiente que no había olvidado. Mandarle el primer *draft* de mi libro a Marcelo, el editor que conocí. La verdad es que lo había estado posponiendo por miedo a que rechazara mi trabajo, igual que lo hizo Elena. Una cosa era la opinión de mi jefa, que aunque la tuviera bastante idealizada, seguía siendo una mujer que trabajaba en un periódico, no en una editorial. Sí, tenía libros publicados, pero no trabajaba en una editorial de libros- por lo que la opinión de Marcelo, quien

sí trabajaba en esa área, podía o mandarme deprimida a la cama por dos años, o a la fama en meses.

Un artista siempre tiene que tener un plan B.

Eso fue lo que me dijeron todos. “Está bien que quieras ser escritora, pero tienes que tener un plan B”. Pero, ¿por qué? A mi un plan B me sonaba a “fallé en esto entonces, en vez de seguir intentando, me voy por mi plan B”. Que claro, las necesidades siempre iban a existir, y eran comprensible que se preocuparan por mi vida económica. Pero a lo que ellos se referían con esa frase era a que, si fracasaba como escritora, me dedicara a otra cosa. No a que llevara un plan paralelo a mi sueño, llevar plan A y plan B- como lo hacía en ese momento. Trabajaba para un periódico y al mismo tiempo perseguía mi sueño de escribir libros. Eso me parecía algo bueno. Pero, ¿abandonar mi sueño y dedicarme a otra cosa? La verdad es que yo no creía en el fracaso. Era cierto que iba a tener momentos en los que me rechazaran mis obras, en los que quizá hasta me echaran del trabajo, o en los que algún libro que publicara no tuviera el éxito que esperaba. Quizá mi sueño no me diera las ganancias que la sociedad esperaba que la gente tuviera, o quizá me tardaría varios años en conseguir mi meta. Pero todo eso estaba bien. Lo importante era seguir intentando, a pesar de los tropiezos a los que la gente le gustaba llamar fracasos. Vaya que la gente en serio esperaba que, al graduarse de la universidad, inmediatamente se llegara a la cima de lo que ellos tenían clasificado como “éxito”. Eso estaba de locos. El esfuerzo y los tropiezos eran los que te llevaban al éxito- no la suerte. Y no me refiero al éxito económico, sino al éxito que tiene significado para ti.

Abrí mi mail y tecleé el correo electrónico de Marcelo. Después inserté el primer *draft* de mi libro, y escribí unas palabras arriba del archivo.

Para: Marcelo Marchetti

Asunto: Primer Draft

De: Roma Cohen

Buenas tardes, señor Marchetti. Soy Roma Cohen, la extraña de la conferencia. ¿Cómo se encuentra? Espero que muy bien. Me tomé la libertad de seguir su consejo y mandarle uno de mis escritos. Son los primeros capítulos de mi libro terminado, pero creo pertinente aclararle que todavía no está corregido.

Me encantaría que le diera una oportunidad y me dijera qué opina de él, y si le gustaría leerlo completo.

Muchas gracias, señor Marchetti. Quedo en espera de su amable respuesta. Tenga un excelente día.

Atentamente;

Roma Cohen.

Enviar.

{ VEINTICUATRO }

Me despertaron unos incesantes golpes en la puerta principal. Decidí no hacerles caso al principio, pero la persona que estaba en la puerta no parecía querer irse a ningún lado, así que me levanté de la cama y salí de mi cuarto. Seguro era Nadia que había salido y olvidado su llave; tendría lógica, pues si no fuera ella ya habría salido de su cuarto para abrir la puerta. Tenía un sueño muy ligero.

Pero no era Nadia. Me la encontré saliendo de su cuarto al mismo tiempo yo salía del mío, ambas con la intención de abrir la puerta.

-Qué bueno que tienes el sueño ligero.- Dije sarcásticamente, quejándome (indirectamente, claro) por haberme tenido que salir de la cama.

Los golpes seguían sonando al otro lado de la delgada madera, y comencé a desesperarme.

-Ya voy, ya voy, carajo.- Puse los ojos en blanco y me froté la cara medio dormida. Odiaba que interrumpieran mi sueño. Cuando abrí la puerta, encontré a la persona que menos esperaba ver esa noche- o cualquier día en realidad, que no fuera el día de su boda.

-¿Evan?- Puse cara de confusión. Él solo me ignoró y me hizo a un lado para pasar. *Ah bueno. Si claro, pasa, bienvenido. Estás en tu casa.*

-No.- Nadia negó rápidamente seguido de su risita incrédula. -No, no y no. Tú te largas.

-Sabes perfectamente lo que estoy haciendo aquí.- Parecía enojado pero al mismo tiempo tranquilo, pues una pequeña sonrisa había comenzado a resaltar en la comisura de sus labios. No era precisamente mi idea meterme en la conversación que acababa de comenzar a desenvolverse frente a mis ojos, no-

pero por supuesto que tampoco pensaba irme, ¿no? Era mi casa también, tenía derecho a saber qué carajo estaba pasando.

-Te largas.- Repitió Nadia, sin dejar que Evan pasara de la sala. -O le llamo a la policía.

¿A la policía? Está bien que esté enojada, pero...

-¿Ah sí?- Sonrió.

Yo cada vez estaba más confundida.

Sí, Evan estaba enamorado de Tanya y probablemente no le agradaba la idea de que Nadia hubiera estado con ella, (ni a mi amiga que él fuera prometido de su ex) pero sentía que había algo más de lo que no me estaba enterando. Sus caras y el enojo que irradiaba Nadia me lo dejaba claro.

-¿Y qué le vas a decir, exactamente?- Evan se cruzó de brazos.

-Primero, que vienes aquí como loco a irrumpir en mi casa en plena madrugada. Segundo,- Nadia se acercó a Evan. -Pienso decirles lo que vi.

-Porque te van a creer, me imagino.- Evan no perdió la sonrisa desde la primera vez que abrió la boca, lo que hizo que mis nervios aumentaran. *¿De qué hablan? ¿Ver qué cosa?* -Tu única prueba fue lo que viste... Y mi amor nunca se pondría en mi contra. Nadia... -Evan ladeó la cabeza mientras su semblante se transformaba en falsa lástima. -¿Estás segura de que viste bien? ¿O te estás inventando cosas porque estás dolida de que Tanya me haya elegido a mí... y no a ti?

Nadia cerró el espacio que había entre los dos y le soltó una cachetada que resonó en todos los rincones silenciosos del departamento. Pensé que hasta los vecinos habían alcanzado a escuchar eso.

-¡Nadia!- Interrumpí espantada y me dirigí hacia él. -Evan.- Cuando giró su mirada hacia mí, me arrepentí al instante. Dirían los españoles- me aconojé que flipas tío. -¿De qué está hablando Nadia?

-Roma...- Evan sonrió con amabilidad. Aunque no parecía una amabilidad real, sino más bien fingida. Más bien parecía tener ganas de gritarme que me largara. -¿Por qué no dejas que Nadia y yo lo arreglemos? ¿Mmm? Mejor regresa a la cama.

-No me mientas.- Fruncí el ceño y me dirigí a mi amiga. -¿Nadia, qué está pasando?

-Pasa,- El enojo de Nadia era tal, que podría haberle salido humo de las orejas y lava de los ojos. Espuma de la boca. -Que Evan abusó de Tanya. Y yo lo vi.

Creo haber sentido cómo se paró mi corazón durante unos segundos. Mi sangre se volvió helada, y mi cuerpo dejó de funcionar. Mis oídos se cerraron, y dejé de escuchar la voz de Evan que había comenzado a hablarme otra vez. Un hormigueo me abordó desde la punta de los dedos de la mano hasta los oídos, hasta que de pronto, el sonido estaba de vuelta.

-...creerle? ¿Es en serio?- Se burló, como si la acusación de Nadia fuera la cosa más absurda que hubiera escuchado en su vida. -Tu amiga no tiene ni puta idea de lo que está hablando, Roma.- Clavó los ojos en Nadia, y su ceño fruncido se relajó un poco. Se alizó la gabardina. -Cómo pongo esto... vamos a ver.- Evan carraspeó, pensativo. -Estoy de puta madre con mi futura esposa. Y ni tú,- Señaló a Nadia. -Y menos tú,- Apuntó hacia mí. -Váis a hacer mierda todo lo que construí.- Evan volteó a ver a Nadia. -Y ya quita esa puta cara, ¿sí? Que sabes que aunque vayas con la policía con tus putos cuentos, no tienes cómo comprobarlo. Sino entonces, ¿por qué no has ido?

Evan se dio la vuelta y comenzó a dirigirse hacia la puerta principal. Pero antes de salir, se detuvo unos segundos. Al parecer todavía tenía algo que decir.

-Abusar de Tanya.- Repitió, como tratando de procesar lo absurdo que sonaba. -Tanya es mi prometida. ¿Eso de abusar de tu pareja?- Negó con la

cabeza, aún de espaldas a nosotras. -No existe.- Voletó un poco la cabeza, viendo de reojo, aún de frente a la puerta. -No existe porque es mi puto derecho.

El Evan que creía conocer, salió de nuestro departamento dando un portazo.

Algo me había quedado muy claro esa noche: creemos conocer a la gente. Pero la mayoría de las veces no tenemos ni puta idea de la persona a la que tenemos enfrente. Y eso a mí me asustaba mucho.

Ni Nadia ni yo nos movimos de donde estábamos paradas. Nos quedamos ahí, en silencio durante lo que se sintieron como horas, pero que en realidad fueron segundos. Hasta que por fin decidí hablar.

-Quieres mantener tu vida en secreto, bien. No me cuentes si no quieres.- Moví la cabeza para verla a la cara. -Pero cuando pasan cosas como estas, en las que yo me veo involucrada- las cosas cambian. Esta es mi casa también. Mi espacio. Y me sentí incómoda- insegura. Así que me vas a decir en este momento qué carajo está pasando.

-Roma...

-Voy en serio con esto, Nadia. Si decides no decirme, está bien, lo respeto- vamos a seguir siendo amigas, tranquila. Pero ni pienses que voy a seguir viviendo aquí. Al menos no sin saber qué está pasando.

-¿En qué cambia que lo sepas o no?

Respiré hondo, insegura sobre si decirle o no lo que tenía en mente.

Al final, decidí hacerlo. Pero sin dar mayor detalle.

-Nadia, tú sabes que yo ya estuve en un lugar en el que no me sentía a salvo. Y lo que acaba de pasar me evocó exactamente ese sentimiento. La actitud de Evan, sus amenazas y lo que le hizo a Tanya...- Apreté la mandíbula, aguantando las ganas de llorar. -Que me digas qué está pasando me da la opción de evaluar si seguir aquí a pesar de la situación es algo que quiero y *puedo* hacer;

o si irme y ayudar desde afuera en donde me sienta cómoda, es lo mejor para mí.

Nadia se quedó pensando en mis palabras unos minutos. Parecía un poco sorprendida por lo que le estaba diciendo, como si quisiera preguntar más pero no se atreviera.

-Está bien.- Asintió. Señaló con la cabeza las sillas de la barra que había en la cocina, invitándome a sentarme. Asentí también, pero no me fui a sentar. En vez de eso, me dirigí hacia los estantes que habían a lado del refrigerador y tomé un vaso. Me serví agua para calmar un poco los nervios que aún sentía. Escuché a Nadia sentarse en uno de los taburetes de la barra.

-Te escucho.- Dije aún de espaldas a ella, mientras le daba un trago a mi agua. El frío líquido pasó de mi boca a mi garganta, y después a mi estómago, calmándome al instante.

Nadia inhaló profundo, como preparándose para lo que iba a contarme.

-Hace ya un tiempo, cuando Tanya y yo aún estábamos juntas, Tanya decidió invitar a Evan a comer con nosotras.- Volteé a verla y me recargué de lado contra el refrigerador, lista para escucharla. -Siempre le tuvo cariño, y no soportaba que yo no me tragara su falsa actitud amable. Cada que podía me lo intentaba vender; me decía que era una buena persona, que era amable, caballeroso, que su familia lo quería mucho. Que *él* la quería mucho a ella. Yo todo eso lo entendía, pero cuando le pedía que le contara que estábamos juntas, siempre decía que no era buen momento.- Nadia hizo una pequeña pausa para mirar a otro lado mientras movía las manos ansiosa. -Si tanto la quería, entonces iba a aceptar lo nuestro, ¿no? Pero ella no lo veía así. Decía que no se trataba de él, sino de que ella todavía no estaba lista para decirlo abiertamente.- Se encogió de hombros, como sin saber realmente si lo que Tanya le decía era verdad o no. -Quizá sí, quizá no. Pero lo que yo sí sabía era que definitivamente

Evan no lo iba a aceptar. Porque la quería para más que solo una amiga. Y yo lo sabía- egoístamente, era esa también la razón por la que quería que le dijera de lo nuestro. Para que se largara de una vez por todas. Aún así, decidí aceptar su decisión. Me quedé ahí, me acomodé a sus tiempos, a sus formas. Cuándo sí, cuándo no. Cuándo iba a comportarse como mi pareja y cuándo como si fuera una amiga más en su vida.- Torció un poco la boca y después soltó su característica risita incrédula. -En realidad esa última era la más fácil de identificar. En público era solo Nadia. En privado, el amor de su vida.

La voz se le rompió en la última oración, y entre la tenue luz que entraba por la ventana, alcancé a divisar dos ojos llorosos. Dos ojos llenos de tristeza y de decepción. De dolor, de desesperación. Quise darle un abrazo, pero en vez de eso, decidí quedarme en mi lugar y ser paciente- esperar a que terminara de contarme.

-Qué cursi, ya lo sé. Pero qué quieres que te diga, Roma. Eso era lo que ella me decía que era.- Se encogió de hombros. -Y ahora mira. Se va a casar con ese imbécil.- Frustrada, se frotó los ojos antes de continuar. -Ese día que Tanya invitó a Evan a comer... Digamos que las cosas salieron muy diferentes a como las teníamos planeadas. Llegó antes, entró a la casa y con la música puesta no escuchamos la puerta abrirse. Nos vio... Traía una botella de vino en la mano. Estaba tan sorprendido que se le escapó de las manos. A veces pienso que el muy cabrón la estalló a propósito de lo enojado que estaba.- Negó con la cabeza, como si más bien estuviera segura de que eso es lo que Evan había hecho, más que pensarlo como una posible opción. -Cuando la botella se rompió, Tanya pegó un grito del susto. Y yo... cuando vi la cara de Evan, supe que todo se había ido a la mierda en ese instante. Parecía que estaba decidiendo entre agarrarme a golpes a mí o a Tanya. Me asusté un poco, si te soy honesta. Pero

solo se dio la vuelta y se fue sin decir una palabra. Y claro, ella fue corriendo detrás de él.

Nadia se levantó del taburete y caminó hacia el refrigerador. Cuando lo abrió, sacó una botella de vino y se sirvió en un vaso. Me ofreció con un gesto, pero solo negué con la cabeza y le di un trago a mi agua.

-No lo pudo alcanzar. Lloró horas ese día, y después me pidió estar sola. Yo respeté su decisión y me fui. No supe de ella en días, a pesar de mis mediocres intentos de hablar con ella. Finalmente contestó el puto teléfono.- Nadia le dio un trago grande a su vino. No la culpaba, parecía que contarme aquella historia era de las primeras veces que se había atrevido a hablarlo con alguien. Les diría que su lenguaje físico la delató, pero creo que fue más mi sensibilidad la que resintió el dolor que había brotado de Nadia desde que comenzó a abrirse conmigo. -Me dijo que ya no podíamos estar juntas. Dijo que lo sentía, pero que era lo mejor para las dos, bla bla. Me colgó sin darme más explicaciones; pero dos días después, cuando fui a verla a su departamento para hablar, entendí la razón. Ah si si si. Entendí perfecto, Roma. Evan estaba ahí, desayunando en nuestra mesa. Con nuestros platos. Nuestros cubiertos, nuestras pinches sillas. Solo tenía sus putos boxers horrendos puestos, y Tanya su pijama tan linda y femenina.- Puso los ojos en blanco y se rió. Una risa real. -Se veía tan heterosexual la escena que me dieron ganas de cagarme de risa.

[...] Tan falso todo. Jugando a la familia feliz. Luego Evan me sonrió como el cabrón que es, y claro que yo quise tirarle una maldita maceta a la cara. Tanya solo se quedó helada en su lugar. No sé qué esperaba- ¿que no me enterara nunca? Por favor. Estaba enamorada, pero no era una pendeja. Bueno, un poco. Pero ya sabes, el amor te apendeja. Pero no para siempre. Cuando por fin me llegaron las náuseas, supe que tenía que largarme de ahí; así que dejé las llaves que ella me había dado en la entrada, y salí sin decir nada.- Nadia chocó

su vaso con el mío. -Salud.- Se terminó el líquido de un trago sin hacer muecas. -Y lo siguiente que supe es que se casaba.

-Nadia...- Dejé el vaso en la barra, ya no aguantaba más. Quería darle un abrazo, aliviar su dolor, algo. Pero puso una mano frente a mí, deteniéndome.

-Déjame acabar que si no lo hago ahora, no lo voy a hacer nunca. Y quiero que te quedes conmigo aquí en el puto departamento así que te esperas.- A pesar de su tono y sus palabras, sabía que esa frustración venía del cariño. Reconocí el esfuerzo que estaba haciendo en silencio, y asentí con la cabeza, insitándola a seguir.

-El fin de semana que me fui... Fue una propuesta de Tanya. Quería que pasáramos un fin de semana de “amigas” y aclaráramos las cosas. Dijo que no quería perder la amistad tan bonita que habíamos construido. Evan no estaba y yo acepté porque... bueno, ya te dije que el amor apendeja. Cuando llegué, me soltó una versión que me dejó sin palabras. Dijo que siempre tuvo sentimientos encontrados por Evan, o lo que carajo sea que eso signifique. Pero que siempre me iba a querer más a mí, ¿puedes creerlo?-. Apretó la mandíbula y se relamió los labios, molesta. Después negó con la cabeza, incrédula. -Estoy segura de que Evan se encargó de manipularla hasta los huesos. Me dijo que sus papás ya sabían de su relación- probablemente gracias al imbécil de su novio- perdón, prometido- y que estaban muy contentos por ellos. Tanya fingía estar feliz. Dijo que nunca antes se había sentido tan... normal.- Nadia volvió a llenar su vaso y le dio un trago grande. Decidí que era momento de intervenir para que dejara de tomar, así que la tomé de la mano con suavidad y le quité el vaso. Nadia asintió, entendiendo. Fui a llenar su vaso con agua y se lo di. Mi amiga me sonrió en agradecimiento y le dio un trago, antes de continuar. -Me dijo que era lo mejor para las dos. Claro que no parecía ser lo mejor para las dos cuando le di un beso y no tuvo ningún problema en besarme de regreso. Tenía muchas

cosas en la cabeza, así que le pedí prestado su baño para darme un ducha. Dijo que sí. Ahí fue cuando escuché la discusión... Evan había llegado antes.- Nadia volvió a tomar de su vaso. -Salí lo más rápido que pude y me escondí atrás de una pared para escuchar lo que estaba pasando.

-¡Suéltame, no tengo ganas!- Dijo Tanya entre dientes, seguido de un quejido de dolor.

-Shh, shh, shh. Yo me encargo de que te mojes.

-Salí en cuanto entendí lo que estaba pasando. Pero ya era muy tarde, Roma. Evan ya la había penetrado.- Esta vez, Nadia se rompió a llorar. Se desbordó, y pequeños sollozos comenzaron a brotar de sus tristes labios. Las lágrimas rodaban y rodaban por sus mejillas sin parar. Una tras otra. Mi corazón terminó por romperse en pedacitos cuando vi a mi amiga así. Había estado intentado contenerme mientras contaba lo que había pasado, pero esa fue la gota que colmó el vaso. Las lágrimas comenzaron a salir veloces de mis ojos, y el nudo que llevaba en la garganta, el peso en el pecho, el hoyo en el estómago; finalmente explotaron. Tomé las manos de Nadia, y asentí, tratando de darle algún tipo de consuelo.

-Está bien.- Dije bajito.

-Hubieras visto su cara, Roma. Su mueca de dolor, de desesperación... ¿Tú crees que voy a olvidar su cara? Cómo olvidas...- Su voz se había reducido a un susurro. -¿Cómo borras la imagen de la persona a la que amas siendo abusada? Carajo, eso... Eso no. Eso no, Roma.

Acorté el espacio que había entre las dos y la abracé lo más fuerte que pude. No sé cuánto tiempo estuvimos llorando juntas.

-El cabrón se largó cuando salí a gritarle que la dejara en paz. Desapareció y yo me quedé con Tanya. Por eso llegué más tarde.

-¿Cómo...- Mi voz no funcionaba bien. -¿Cómo estaba Tanya?

-Eso es lo peor de todo, Roma.- Nadia se separó de mi y se limpió las lágrimas. -Ella parecía normal. No entendía mi preocupación, o al menos parecía no hacerlo- fue como si hubiera estado bloqueada. Decía que él era así, que no pasaba nada. Que no me preocupara, solo había tenido un mal día. No era su intención hacerle daño, él no era así. Incluso me sonreía de vez en cuando para tranquilizarme, como si yo hubiera sido a la que habían... Por dios.

-Tenemos que denunciarlo.

-No podemos, Roma.- Nadia suspiró desesperada y comenzó a dar vueltas en la cocina. -Ella nunca va a denunciarlo. Le tiene miedo, a él y a lo que sus papás pensarán si ella lo acusa de una cosa así. Estoy segura, la conozco. Sus papás no la apoyarían. Son los típicos que dirían “no seas ridícula, estamos hablando de Evan. Jamás haría algo así”. No me sorprendería si pensaran que es un plan de su hija lesbiana para poder zafarse de una boda que no quiere que suceda.- Nadia se dirigió a la despensa y se detuvo, como buscando algo. -¿Ese es todo el puto alcohol que tenemos en esta miserable casa? Por dios. Mañana mismo iremos por un almacén completo.- Se frotó la frente frustrada. -Y aunque quisiera denunciarlo. No tengo pruebas. Estoy jodida.

Caminé hacia la despensa y la abracé por atrás. Acomodé mi cabeza en su hombro, y ella rodeó mis brazos con los suyos.

-Mañana será otro día. Ahora ve a descansar.

Nadia se dio la vuelta y asintió. Comenzó a caminar hacia su cuarto, pero se detuvo en la puerta.

-Roma, crees que... podrías... Es que yo...

-¿Quieres que durmamos juntas?

-¿Te molesta?- Exhaló, aliviada de no tener que hacer la pregunta.

Le respondí con una pequeña sonrisa comprensiva y caminé hacia ella. Le rodeé los hombros con el brazo y juntas nos adentramos en su oscuro cuarto.

{ VEINTICINCO }

Al día siguiente que llegué a Énfasis, parecía un zombie; apenas había dormido en toda la noche. Una o dos horas quizá. No podía dejar de darle vueltas a lo que Nadia me había contado en la madrugada. Al menos ella sí cayó rendida después de unos minutos. Probablemente tantas emociones la tenían exhausta.

Sin poder evitarlo, busqué con la mirada a David. Pero parecía que ese día no tenía ningún pendiente en Énfasis. Decidí esperarme a la tarde, a ver si tenía suerte. Pero tampoco llegó a la empresa.

Suspiré derrotada y busqué en mi bolso aquel papel que me había robado el día anterior. La tarjeta de presentación de David. Ahí venía su número de teléfono incluido. Sin darle muchas vueltas, decidí marcar los dígitos que descansaban sobre el papel. Sonó unas cuantas veces, antes de que su voz se escuchara al otro lado de la línea.

-Hola.

-David, soy yo, Ro...-

-Por el momento estoy ocupado. Deja tu mensaje y te devolveré la llamada en cuanto me desocupe.

O no.

-Agh.- Mascullé, mientras ponía los ojos en blanco.

Colgué sin dejar mensaje y volví a marcar el número. Nada. Volví a marcar. Nada. Un último intento...

-Sí.- Dijo una voz seca y tajante.

-David, soy yo, Roma. Qué bueno que contestas, quería...

-¿Roma?- Preguntó confundido.

-Sí...

-¿Tú eres la que me ha estado marcando sin parar?

-Eh... sí pero...

-¿Después de escuchar el mensaje de voz que claramente especifica que estoy ocupado?

-Si pero yo...

-Estoy ocupado, márcame después.

-¡Espera, espera!

Pero ya había colgado.

-¡Qué tal este!- Apagué el teléfono y miré con mala cara a la pantalla, como si hubiera sido la cara de David.

Esto es más importante que cualquier junta. Marqué otra vez. Su voz sonó después del segundo tono.

-Más te vale que te estés muriendo, porque ya me hiciste salir de la junta.

-Bar de Marco hoy a las 7. Por favor. Es muy importante, David.

David hizo una pequeña pausa, haciéndome pensar que me había colgado. Suspiré derrotada.

-Te veo a las 8.- Fue lo único que dijo antes de colgar. Sonreí entre triunfante y agradecida.

Más tarde, cuando llegó mi hora de salida, junté mis cosas y me dispuse a ir a casa. Quería bañarme, cambiarme, comer algo y tomar una siesta larga antes de ir al bar a encontrarme con David.

-Roma.- Era mi jefa, deteniendo mi huída. Venía caminando hacia mí con un montón de papeles en las manos. -Necesito que te quedes hasta tarde. Tenemos mucho trabajo atrasado.

Elena me extendió los papeles para que los tomara, sin pestañear. Nada, ni una sonrisa apenada por hacerme trabajar tiempo extra, o una mirada que me lo pidiera amablemente. Solo... una orden. Seca, directa.

-No puedo.- Respondí finalmente. No sabía de dónde había venido tal respuesta, usualmente le daba mil vueltas, me disculpaba muchas veces e inventaba miles de excusas. Pero esa vez lo dije directo, claro- sin rodeos.

-¿Perdona?- Elena levantó las cejas, sorprendida.

-Eh... es decir... es que tengo un compromiso muy, muy importante. No puedo faltar, lo siento. Mañana puedo quedarme el tiempo que sea necesario, pero hoy... hoy no puedo, perdón.- Ya iría aprendiendo a poner límites sin echarme atrás. Poco a poco.

-Roma, querida.- Elena sonrió con falsa ternura. -No es una pregunta, linda. Es una orden. A menos que prefieras que alguien más haga tu trabajo, claro...

-No.- Interrumpí de inmediato. No podía perder mi trabajo. Me costara lo que me costara. -Yo lo hago.- Sonreí forzadamente y comencé a caminar de regreso a mi cubículo.

-Gracias, linda.- Escuché decir a mi jefa a mis espaldas. -No olvides apagar las luces a la salida. No queremos que suban las cuentas.- Su (en ese momento horrenda y molesta voz para mis oídos) resonó en los pasillos. -¡Hasta mañana querida, no te desveles mucho!

Bruja cínica.

Nota mental: vengarme de mi jefa (a quien lamentablemente también admiraba) en un futuro lejano. (Muy lejano). (Muy, muy lejano).

Dejé mis cosas en mi escritorio y me senté en la silla de un suspiro. Cansada, pues no había dormido nada la noche anterior y había sido un largo día en el trabajo; froté mis ojos y dejé salir un largo bostezo. Decidí que necesitaba un café (o dos), o no iba a lograr terminar a tiempo para irme a casa y descansar unas horas. No era tan tarde aún, así que estaba a tiempo de terminar a una hora no tan indecente.

Lo que sí iba a tener que hacer era cancelar era mi cita con David. Bueno, no era una cita. El... encuentro. Mi compromiso, vaya. Y me daba mucha pena, porque ya lo había sacado de su junta para pedirle que me hiciera ese favor, y ahora iba a ser yo la que lo iba a cancelar. Vaya importante que era, ¿eh? No tanto como para no cancelarlo. Aunque bueno, pensé que quizá David estaría contento de no tener que verme.

Puse la máquina de café a andar y tomé mi celular para escribirle un mensaje a David.

R: Hola, soy yo otra vez, Roma. Me apena mucho, pero voy a tener que cancelarte, David. Elena me puso a terminar el trabajo atrasado, y no voy a llegar a tiempo. Lo siento. ¿Podemos hacerlo otro día? ¿Podrías mañana?

La respuesta no tardó en llegar.

D: ¿Trabajo atrasado? ¿Hasta tarde? ¿Qué eres, su esclava?

Tomé mi café y me fui a sentar a mi cubículo. Tecleé una respuesta.

R: Algo así. Entonces, ¿crees poder mañana? Es muy importante, David. Por favor.

Estuve esperando un rato su respuesta, pero nada. No llegó. Quizá se había desconectado del teléfono. No lo culpaba, si yo hubiera podido habría hecho lo mismo. Estaba exhausta. Sin embargo, me puse a trabajar. El café ya

me había dado más energía, así que tenía que aprovecharlo antes de que se me pasara el efecto.

Los otros trabajadores que aún estaban ahí fueron yéndose uno a uno, incluyendo a Iván que se rió de mí cuando le dije que Elena me había dejado trabajo extra. Así, hasta que me quedé sola en la oficina.

Alrededor de una hora y media después, aún no había obtenido respuesta de David. Decidí esperar hasta el día siguiente, y si no, escribirle o marcarle otra vez. En cuanto al trabajo acumulado, había avanzado un poco más de la mitad, así que si seguía a ese ritmo, podía ser que en una hora más estuviera lista para irme.

Había comenzado a teclear en mi computadora, cuando escuché el sonido del ascensor llegar a la planta en la que estaba. *Qué raro. Se habrán olvidado de algo.* Pero no había nadie más que yo, y francamente el miedo empezó a hacer acto de presencia. *Sola... en la oficina... sin nadie a quién pedirle ayuda si la necesitara... sola... en la oficina... sola... sola... sola...* Tomé rápidamente mi teléfono cuando escuché las puertas del ascensor abriéndose y pasos aproximándose. Tecleé 911 y mantuve mi dedo a escasos milímetros del botón de llamar, mientras los pasos se acercaban cada vez más... y más... y más... y-

-Roma.- Habló una voz que conocía bien.

Dejé salir un largo suspiro. Mi corazón bombeaba veloz, sentía como si se me fuera a salir del pecho.

-Carajo David, ¡qué susto! Dios...- Cerré los ojos y respiré hondo.

-Perdón.- Miró incómodo a los lados y después levantó una bolsa blanca de plástico para enseñármela. -Traje comida. ¿Tienes hambre?

{ VEINTISÉIS }

La última persona que esperaba ver aquel día en la oficina, era a David. Después de que le envié aquel mensaje, pensé que ya no iba a saber nada de él hasta el día siguiente, y no precisamente porque él me fuera a responder algo, no. Sino porque yo, como buena mujer que insiste hasta conseguir lo que quiere, iba a presionarlo hasta poder verlo en persona.

Pero no había sido necesario. No solo eso, sino que me sorprendió... gratamente. ¿Qué? El estómago es el camino al corazón de una mujer. La verdad es que no estoy segura de que eso aplique para todas las mujeres pero en mi caso...

-Mmmm.- Puse los ojos en blanco después de darle un segundo bocado a los fideos que David amablemente había traído. Estábamos sentados en el suelo de mi cubículo, saboreando delicias chinas. -Mmm, mmm, mmm.

-¿Vas a seguir haciendo ruidos?- David me miró con mala cara.

-¿Qué quieres que haga? Están buenísimos.- Le dirigí una sonrisa con los cachetes llenos de comida. Tragué grueso. -Además ya tenía hambre. Iba a comer algo en mi casa antes de ir al bar, pero bueno, ya sabes. No se pudo. Así que gracias. Me hiciste una mujer feliz.

-No es nada.- Se encogió de hombros y se llevó unos fideos a la boca. - Me quedaba de paso.

-De paso, claro...- Me reí bajito.

Continuamos comiendo mientras yo molestaba a David y él se limitaba a soltar uno que otro gruñido apático. Eso, o a darme la respuesta más cínico-sarcástica que pudiera encontrar. Bueno, también se le escapaba una pequeña sonrisa de vez en cuando. *Tiene una sonrisa muy bonita...*

Alto.

Carraspeé y dejé el envase de cartón vacío a un lado mío.

-Quería consultar algo importante contigo.- Le dirigí una mirada de preocupación a David. El entendió, y dejó su comida a un lado.

-Te escucho.

-Verás, lo que pasa es que...- El corazón me empezó a latir con fuerza.
¿Qué pasa Roma? Contrólate.

Hablar de esos temas me parecía de lo más complicado del mundo. Daba justo en una herida del pasado mía que aún no había trabajado, y que seguía ahí; abierta, ardiendo- punzando. Y en ese momento, cuando intenté hablar de lo que había pasado entre Evan y Tanya... No. Lo siento, me corrijo. De lo que Evan le había *hecho* a Tanya... Me costaba la vida. Sentía como si Tanya y yo estuviéramos exactamente en la misma situación. Como si en realidad no fuera a hablar de Tanya, sino de mí. Tenía tanta carga y tanta necesidad de sacar todo aquello que me pasó con alguien, que cualquier tema remotamente parecido a eso me hacía querer llorar, abrazar a alguien, contarle todo.

-¿Roma?- La voz de David me trajo de regreso a la realidad.

-Sí, perdón.- Parpadeé rápido, intentando alejar las lágrimas de mis ojos y la pesada sensación en mi pecho. -Lo que te decía era que- bueno- tengo una amiga que-

-Espera un segundo.- Interrumpió David. -Respira, estás hablando muy rápido. No sé qué es lo que haya pasado, pero claramente te tiene alterada. Así que tómate un segundo para respirar, y ya después continúas, ¿está bien?

Asentí ligeramente y respiré hondo. Tenía razón. Necesitaba un segundo para calmarme y respirar. Siempre hacía eso. Cuando empezaba a sentirme mal, huía del sentimiento y empezaba a hacer mil cosas, hablar de otras mil, y pensar en otras mil. Distraer, distraer, distraer. Alejar el sentimiento, porque, ¿lidar con él? Me parecía, hasta ese día, mi número uno en la lista de imposibles. Y

en ese momento no se trataba de mí. Se trataba de Tanya, se trataba de Nadia. Se trataba de ayudar a alguien, y lo estaba haciendo sobre mí. Me sentía egoísta y poco empática, aunque sabía que no lo era realmente.

-¿Se trata de lo que te pasó en el bar el otro día? ¿Cuándo te sentiste mal? - David hacía las preguntas con suavidad, con tacto- no de forma intrusiva.

-Sí. No.- Respiré hondo. -Sí y no. La razón por la que quería verte era para hablar sobre un tema que le pasó a una amiga. Pero digamos que ese tema conecta con cosas de mi pasado que me pasaron y que...- Las palabras se me atascaban en la garganta. -Que todavía no digiero, es todo.

-Entonces este... tema que quieres platicar conmigo, le pasó a una amiga tuya.

Asentí.

-¿Quieres platicarme un poco?

-Sí.- Ya me sentía más tranquila. David era muy bueno escuchando, y por la misma razón me sentía cómoda platicándole todo aquello. Bueno- no precisamente *todo*. Pero sí lo que fui a contarle ese día.

Cuando terminé con la historia, David guardó silencio unos segundos. Parecía procesando la información que le había contado. Tenía el ceño fruncido, y cara de confusión... y de tormento.

-Ese imbécil...- David negó ligeremente con la cabeza. -¿Cómo puede alguien... En serio, no lo entiendo. -Alzó la mirada hacia mí, y nuestros ojos se cruzaron. Nos miramos unos segundos, antes de que decidiera hablar otra vez. -Roma, tú...

Sabía hacia dónde iba dirigida esa conversación. Quería preguntar sobre mí. Sobre mi pasado.

Decidí interrumpirlo antes de que pudiera continuar.

-¿Hay algo que podamos hacer? Es decir, ¿por la vía legal?

David asintió, pero no ante mi pregunta. Sino entendiendo que yo no tenía ganas de hablar sobre mí. Respetando mi decisión.

-Está un poco complicado, Roma. Sin pruebas y con Tanya negando lo que pasó...- Negó con la cabeza, y yo temí confirmar mis sospechas. Los ojos se me aguadaron, y comenzaron a adoptar un brillo húmedo. -Lo ideal sería hablar con Tanya, convencerla de que lo denuncie. Eso sí, que tenga pruebas en contra de él, porque sino... tristemente será más difícil. Y que lo haga lo más pronto posible, Roma. Mientras menos tiempo deje pasar, mejor.

-¿Y la boda?- Pregunté, limpiándome una lágrima que caía rebelde por mi mejilla.

-Que no se case. Casarse mientras vive una situación así... no tendrá sentido. Solo lo usarán para decir que una mujer no se casa meses después con el hombre que...- David carraspeó, limpiándose la garganta. -Con el hombre que la violó.

-Puedo... ¿puedo pedirte un favor, David?

-¿Otro?- Bromeó, aligerando el tenso ambiente. -Ya vine hasta aquí para enterarme de que, en realidad, lo que querías no era verme fuera del trabajo para admirar mi belleza, y ¿ahora quieres otro favor? Vamos, Roma.

La risa se escapó de mis labios, y después también la de David.

-Eres un...

Lo pellizqué en la pierna suavemente, bromeando. Pero él fue más rápido que yo. Sin darme tiempo de reaccionar, tomó la mano con la que lo pellizqué y me jaló hacia él. Me puso de espaldas contra su pecho, y comenzó a hacerme cosquillas.

-¡No! ¡Ya! ¡David!- Me reí como desquiciada, dejándome llevar. -¡Por favor! ¡No, no!

David estaba muerto de la risa con mi reacción. Traté de mover las manos para hacerle cosquillas a él, pero las tenía secuestradas a mi espalda, mientras David se aprovechaba de mi vulnerabilidad.

Finalmente, David se cansó de hacerme cosquillas. Mi risa cesó, y la suya también. Pero no soltó mis manos. Seguíamos sentados en el suelo, yo entre sus piernas, con mi espalda pegada a su pecho. Él tenía mis muñecas atrapadas entre sus manos, mientras las presionaba contra mi espalda. Podía escuchar su respiración agitada a lado de mi oído, haciendo que mi pulso comenzara a acelerarse. Mi respiración se agitó, y se volvió pesada.

-¿Qué favor querías que te hiciera?- Preguntó David. Su voz no era un susurro, pero tampoco su tono habitual. Era más profunda, grave- más pesada. Quise responder, pero no estaba pensando con claridad. Solo podía pensar en la voz de David y en sus labios, que descansaban a tan solo unos cuantos centímetros de mi oído. Mis manos comenzaron a picar, buscando el tacto. Su tacto. Quería voltearme, quería verlo a los ojos, quería...

-¿Roma?- Preguntó, esta vez más suave, más cerca de mi oído. Su respiración pegó contra mi cuello, y perdí la cordura.

En un movimiento, zafé mis muñecas de entre sus manos y me di la vuelta. Quedamos de cara a cara, sus ojos clavados en los míos. Los míos, clavados en los suyos. Nuestras respiraciones se sincronizaron, volviéndose una- una pesada, pausada. Mis ojos viajaron hacia sus labios, haciendo una pausa ahí. Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Cuando regresé mis ojos a los suyos, me di cuenta de que él también tenía sus ojos clavados en mis labios.

-No vayas a hacer alguna tontería, Roma.- Dijo sin mirarme a los ojos, con el mismo tono de voz que había utilizado hace unos momentos. Grave, pesado. Suave. -Por favor.

No parecía que me estuviera pidiendo que no lo hiciera. Que nos separáramos. Que no hiciera una tontería, como él la llamó. Parecía más bien que me lo pedía; que me pedía que lo hiciera. Que terminara con la distancia que había entre los dos.

Sin poder aguantar otro segundo, junté mis labios con los de David. Ese hombre cínico y frío, pero al mismo tiempo cálido y tierno que había conocido un tiempo atrás. Y que, carajo, me había gustado desde que lo vi sentado en ese bar.

Le di un beso casto. Corto, suave. Y me separé de él. Quería ver si él lo quería también. Quería probar... que no solo era yo. Que eramos los dos, que esa tontería de la que hablaba la quería tanto como yo.

David se quedó en su lugar sin moverse. Tenía las pupilas dilatadas, y la respiración agitada. Parecía debatirse entre lo correcto y lo incorrecto; entre lo que debía ser, y entre lo que no debía. Entre hacerlo y no hacerlo...

-Carajo, Roma.- Fue lo único que dijo antes de tomarme de la nuca y acercarme a él para estampar sus labios con los míos.

{ VEINTISIETE }

Fueron apenas unos segundos. Pero no necesité más para saber que estaba... bueno, jodida.

David interrumpió el beso bruscamente. Me miró, parecía agobiado. Se levantó del suelo y carraspeó, mientras se limpiaba los pantalones (que ni siquiera estaban sucios).

-Me tengo que ir.- Dijo simplemente.

-¿A dónde? - Lo miré, confundida por el repentino cambio de actitud. No le creí nada.

-A un lugar.

-Ah sí, claro. “A un lugar”.- Me levanté del suelo también. -Qué oportuno.

-No sé de qué hablas.- Juntó la basura de nuestra comida y la puso toda de regreso en la bolsa en donde la había traído. Le hizo un nudo. -Es que me acabo de acordar justo ahora de que...

-De que tienes que ir al trabajo, ¿no? A esta hora.- Respondí con sarcasmo.

-Mejor no preguntes, dudo que te guste la respuesta.

-Cualquier respuesta en este instante me va a parecer una mierda, David.- Traté de respirar para calmarme, pero se estaba portando como un patán. - Entonces, ¿a dónde tienes que ir?

-Tengo una cita.

-Una cita de trabajo.- Dije, incrédula. Incredula, incredulísima. Deseosa, incluso. Deseosa de que fuera una cita de trabajo, o de lo contrario derramaría una o dos lágrimas seguramente. Y David no me iba a ver llorar por eso. No señor.

-Una cita.- Corrigió. Parecía incluso apenado ante la respuesta. Y cómo no. Acababa de regresarme un beso y lo primero que pensó correcto en decirme era que tenía una cita. Para empezar, *¿por qué carajo me besó si tenía una cita?*

Asentí con la cabeza y empecé a guardar mis cosas en silencio. No tenía nada que decir, y la verdad temía que si hablaba comenzara a llorar, o a gritarle cosas de las que probablemente me arrepentiría después. Así que opté por no decir nada. Al menos por el momento.

-Oye, Roma...- Comenzó a decir, pero lo corté antes de que pudiera seguir.

-Mejor no digas nada.- Sentí las lágrimas agrupándose en mis ojos, pero no me iba a ver llorar, así que sin verlo a los ojos lo rodeé y caminé hacia los elevadores. -Gracias por la comida.- Alcancé a decir con un ápice de sarcasmo, mientras me alejaba.

Cuando por fin me subí al elevador, las lágrimas comenzaron a deslizarse libres sobre mis mejillas. No entendía por qué me había devuelto el beso si sabía que estaba saliendo con alguien. Me pregunté quién era esa mujer. Cuántas citas ya llevaban. Cuánto tiempo tenían saliendo. Mal, mal, todo estaba mal. Me sentía incluso culpable por haberle dado un beso. Lo mal que se iba a sentir la mujer con la que estaba saliendo cuando se enterara... Lo mal que me sentía yo, carajo. David me gustaba en serio. Sí era complicado, y un soberbio, cínico, sarcástico, sabelotodo, dolor en el culo. Pero qué se yo. También era amable y respetuoso. Inteligente. Era un hombre interesante.

Ahora también un patán. *Y yo una estúpida.* Y no me vengan con que las mujeres se enamoran de los más cabrones, porque no es verdad. No es nuestra culpa que confiemos en alguien que resultó ser una mierda. Cúlpenlos a ellos por haber sido una mierda. Donde sí admito la responsabilidad, es en decidir

quedarme a pesar de haber visto tu verdadera cara. Aunque bueno, estaba siendo manipulada y... Bueno, creo que ahora ya ni siquiera estoy pensando en David.

Las puertas del elevador se abrieron, revelando a David del otro lado. Parecía cansado, me imaginé que había bajado las escaleras corriendo.

-Con permiso.- Dije mientras trataba de rodearlo para irme de ahí. No tenía ganas de hablar, y menos con él. Me tomó de los hombros con suavidad y caminó hacia delante, haciendo que los dos entráramos nuevamente en el elevador. Se puso frente a la puerta, que ya se había cerrado otra vez.

-Dame un segundo, por favor.

-Muévete.- Apreté los labios, ahora enojada ante su presencia. Las lágrimas habían dejado de caer.

-Perdóname.- Me miró con ojos de arrepentimiento, mientras le subía y bajaba el pecho por la respiración agitada. -Te mentí. Por supuesto que no tengo una cita, Roma.- Cerró los ojos e inhaló profundo. -Te dije eso porque... no lo sé, simplemente me salió y...

-Porque te asustaste.- Terminé de decir por él.

-No. No lo sé... No es que,-

-Mira David, te agradezco la disculpa. Por lo menos ahora sé que no eres un cabrón. Pero saber que me mentiste tampoco es que sume muchos puntos a tu favor. Y menos si me lastimaste con esa mentira. ¿Te pusiste a pensar en cómo me ibas a hacer sentir diciéndolo eso? Yo puedo entender por qué lo dijiste...- Lo miré, y se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.- ¿Pero tú me puedes entender a mí? Me dolió mucho lo que dijiste.- Me limpié la lágrima que cayó rebelde por mi mejilla.

Supongo que al final sí nos va a ver llorar.

-Yo lo sé.- Se lamió los labios en un gesto de frustración. -Perdón, Roma.

Lo miré sin decir nada. Las puertas del elevador volvieron a abrirse, y esta vez se hizo a un lado para dejarme salir.

-No lo vuelvas a hacer.

David asintió con la cabeza, mientras me dirigía una mirada de disculpa.

Finalmente, suspiré.

-Todos nos equivocamos de vez en cuando.

La mirada de David se suavizó, llenándose de alivio. Mis labios sonrieron, ya más tranquila.

-Hasta mañana.- Me di la vuelta para salir del elevador, pero me detuve antes de hacerlo. Giré una vez más para mirar a David, corté la distancia y deposité un beso corto en su mejilla. Satisfecha, retomé mi camino hacia la entrada del edificio de Énfasis, con una pequeña sonrisa en el rostro.

{ VEINTIOCHO }

¿Alguna vez les conté sobre mi sueño frustrado? Además del de ser escritora, claro. Sí sí- suelo hacer chistes de mis penas. En fin, continuó; mi sueño frustrado. La verdad es que, ahora que lo pienso bien, han sido tantos que no tengo uno en específico. Siempre me ha gustado todo lo que tiene que ver con el arte... excepto pintar. Soy pésima. Digamos que, así como tengo dos pies diestros para correr (digo diestros porque soy zurda de pie); tengo dos manos izquierdas para pintar (de las manos si soy diestra)... ¿Entienden? No se confundan, sigan el hilo que pararme a explicarles con peras y manzanas todo lo que pienso y vomito en palabras resulta como hacer atletismo para mí: horrible.

Todo esto por supuesto, hasta que me topé con la escritura. No quiero sonar egocéntrica, pero creo que para esto sí tengo una mano derecha y una izquierda. Aunque, ahora que lo pienso dos veces, ¿qué tendría de malo tener dos manos diestras? O dos manos zurdas. Nadie nos asegura que con una diferente a la otra hagamos las cosas mejor a que si hipotéticamente hablando tuviéramos dos manos iguales. Es simplemente como estamos acostumbrados a ver el mundo. Pero, ¿qué hay de las personas que solo tienen una mano? ¿O si acaso alguna? Mientras les fluya la imaginación, no imagino barrera que detenga a una persona de convertirse en un buen escritor o escritora.

Perdón, a veces divago un poco. Aunque, supongo que si ya llegaron hasta aquí, es porque les gusta mi divagacidad. ¿Existe esa palabra? Debería.

Cuando estaba en la universidad, tuve un profesor que dijo algo que (además de sacarme una risa), me hizo todo el sentido del mundo. Dijo que escribir era un poco como un acto esquizofrénico, (antes de que me linchen: si alguien de aquí sufre de este trastorno, no pretendo romantizarlo ni hacer una

burla de él). Quedé bastante confundida, hasta que continuó desarrollando su idea. *Piénsenlo- son más los personajes quienes nos dicen cómo escribirlos y continuar su historia, que nuestra propia mente. Es como si nuestra imaginación los hubiera creado, les hubiera dado vida, pero nada más. El resto les toca a ellos. Y nosotros, escuchamos con pluma en mano.* Hizo una pausa, disociado ante sus propias palabras. *Si algún día se sienten estancados con algún personaje, imaginen que se sientan con él o ella en un lugar. El que sea, el que más les guste. Y le hacen preguntas. Platican. ¿Qué te apasiona? ¿Cómo te describirías? ¿Qué odias? Y van a ver cómo las ideas comienzan a fluir.*

Interesante, ¿no? Y algunos pensarán que muy loco y raro. Yo creo que son todas a la vez.

El gran problema de Roma Cohen, era su dificultad para terminar lo que empezaba- de vez en cuando todavía lo tiene. Se ensimismaba en un proyecto durante horas, si bien le iba días, y después lo botaba a la basura. Como si nunca hubiera existido. Y todo porque tenía miedo. Miedo a que aquello que hiciera, que lograra, que terminara; fuera un fracaso. No podía soportar la idea, y por eso prefería dejarlo. No solo eso, sino que también tenía cero tolerancia ante la frustración. Cuando tenía un bloqueo lector, dejaba la lectura. Cuando tenía un bloqueo escritor, dejaba la escritura. Cuando sentía que estaba estancada, renunciaba. Le era muy difícil trabajar para superar esos obstáculos que se le presentaban.

Sin embargo, sí llegó a terminar proyectos. Como por ejemplo, el libro que escribió. Lástima que pasó aquello a lo que tantos escritores temen: criticaron lo que creía había sido su obra maestra.

{ VEINTINUEVE }

Contextualicemos un poco. ¿Recuerdan hace apenas unas palabras atrás, cuando les dije que Roma era pésima lidiando con las frustraciones? Bueno, eso era justamente lo que estaba pasando en ese momento de su vida.

-No sé ni para qué mandé ese estúpido correo.- Me froté la frente desesperada, mientras veía la bandeja de entrada en mi computadora, que aún no reflejaba respuesta de Marcelo. -No sé ni para qué.- Dejé caer la frente sobre mi escritorio con un suspiro dramático. -Mi vida laboral apesta, mi vida romántica apesta, todo absolutamente todo se está yendo al caraj...- El sonido de notificación en mi celular interrumpió mi impecable escena dramática.

2 días restantes para tu próximo ciclo menstrual.

Gruñí desesperada. Ahora todo tenía un poco más de sentido.

Volvió a sonar mi teléfono.

-¡Gracias! Ya entendí que ya me va a bajar, no necesito doble recordatorio.- Pero la notificación no era ningún recordatorio menstrual. Era un mensaje del inombrable. Y decía inombrable porque si pensaba o decía su nombre en voz alta, me daban ganas de sonreír como estúpida enamorada, y ni estaba enamorada, ni era una estúpida; así que era indispensable evitar su nombre a toda costa.

D: ¿Qué haces?

Fruncí el ceño.

R: Hola, buenos días Roma, ¿cómo amaneciste? Yo muy bien gracias, ¿y tú?

D: Andamos de buen humor.

R: ¿Sabes qué me parece muy chistoso? La letra que aparece al principio de todos tus mensajes. ¿Quieres ver cómo se ve? D:

R: No, no. Espera un segundo. Antes de que me preguntes que qué tiene que ver eso, déjame elaborar. Me parece chistoso porque así se ve tu cara en persona todo el tiempo, JAJAJAJAJ. Cara de cu...

D: ¿Qué pasa? ¿No puedes terminar tu oración?

R: Precisamente ahora, me parece un poco inapropiado.

D: ¿Ah sí? ¿Por qué?

R: Qué te importa, chismoso.

D: Ah, déjame adivinar. Porque ayer nos besamos.

Mis mejillas comenzaron a calentarse. Decidí hacerme tonta.

R: Creo que ya no te respondí qué estaba haciendo.

D: Pensando en mí, claro.

R: Jajaja. Más bien estaba ocupada. ¡Adiós!

Fingí dejar el celular a un lado y ocuparme en otra cosa, pero la verdad es que seguía en línea, viendo el chat de reojo, con media sonrisa en la cara y esperando su respuesta.

D: Ya sé que sigues ahí, así que ni me molestó en dejarte de escribir. Te preguntaba qué hacías porque te iba invitar algo. Pero bueno. Supongo que estás ocupada. Bye.

La sonrisa se me borró de inmediato.

R: Era broma era broma. ¡¡No estoy ocupada!!

Pero ya se había desconectado.

Carajo.

{ TREINTA }

-Por el poder que me otorga la ley, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Iván liberó mi rostro del velo y me besó.

-¡Iván!- Grité agitada.

-¿Iván?- Sentí unos brazos sacudirme. -Soy Nadia, tonta. Te quedaste dormida. ¿Cómo que Iván?- Escuché una risita mientras abría los ojos de golpe.

-¿Qué estabas soñando, mmm?

-Una pesadilla.- Dije con la respiración agitada. Todavía estaba en mi escritorio, mi computadora se había quedado sin batería y yo, dormida. -Una horrible, horrible pesadilla, Nadia.

-Pues levántate y lávate la cara de susto que vinieron a verte.

Fruncí el ceño confundida. En seguida, el susto se asentó en mi pecho.

-¿Iván?- Pregunté alarmada.

-No, Iván no, Roma.- Dijo riéndose mientras se dirigía a la puerta. - ¡Apúrate!- Cerró la puerta a sus espaldas.

Me pregunté quién podría ser. *Ojalá sea David.*

-Cállate.- Le dije a mi mente mientras ponía los ojos en blanco y me dirigías al baño para lavarme la cara- sí la tenía de susto. Y también la esquina de la computadora marcada en el cachete derecho. Me acomodé un poco el pelo (ante la posibilidad de que fuera David), y me lavé las manos. Divisé un perfume en la esquina de mi lavabo y lo tomé para echarme un poco. *Por si acaso.*

-¿Por si acaso qué?- Fruncí el ceño. -Espabila, Roma.- Me dije al espejo y me di dos pequeñas cachetadas en las mejillas, preparándome para salir.

Cuando abrí la puerta, la persona que más quería que estuviera ahí... lo estaba. De espaldas a la puerta de mi cuarto, manos en ambos bolsillos de sus

jeans azules, chamarra de cuero negro, pelo desacomodadamente acomodado, reloj en mano, cabeza ladeada a la izquierda... David. Estaba hablando con Nadia sobre no se qué, porque no estaba escuchando palabra alguna, sino viendo al hombre como estúpida. Casi escuché la gota gorda de baba cayendo al suelo.

Me compuse y carraspeé la garganta antes de hablar.

-David. ¿Qué haces aquí?

Se volteó para verme y mi corazón dio una vueltecita de felicidad. O yo había estado medio ciega, o se había puesto más guapo de lo habitual.

-Ocupada, ¿eh?- Dijo mientras señalaba la marca de la computadora que la siesta me había dejado en el cachete. Nadia me sonrió con picardía y se fue a hacer sus cosas, dejándonos solos.

Fruncí el ceño y me tapé el cachete “disimuladamente” con la mano.

-Mucho trabajo da sueño.- Murmuré.

-Claro. ¿Ya estás lista?

Y ahora qué le picó a este.

-¿Lista para qué?

-Te cuento de camino.- Dijo mientras se daba la vuelta para dirigirse a la salida.

-¿De camino a dónde?- Presioné sin moverme.

-Quién sabe.- Abrió la puerta principal.

-Yo no voy a ningún lado si no me dices a dónde vamos.

-Si si.- Salió del departamento. -Te espero en el coche. ¡Adiós Nadia!-

Dijo antes de cerrar la puerta y dejarme ahí parada como tonta.

Nadia soltó una risita desde la cocina y me volteé a verla con mal humor.

-¿Y tú de qué te ríes chismosa?- Fruncí el ceño.

-Si dejas que el orgullo te arruine la cita, te mato.

-No es orgullo, punto número uno. Y punto número dos, no es una cita.-
Cruce los brazos.

-Lo que digas.- Tomó su plato con verduras y se dirigió al sillón de la sala de tele. -¿Llevas lencería bonita?

-¡Nadia!

-¿Qué? Personalmente creo que la roja es...

-No oigo no oigo soy de palo tengo orejas de pezcardo.- Canturreé como niña chiquita mientras me tapaba los oídos y me dirigía a la salida. Agarré las llaves y cerré la puerta detrás de mí. Pero antes de irme, la volví a abrir y asomé la cabeza. Miré a Nadia con una sonrisa en la cara.

-Deséame suerte.

{ TREINTA Y UNO }

Manejamos. Manejamos mucho. Demasiado diría yo. No sabía a dónde íbamos. Quise preguntar varias veces, pero la verdad es que adoro las sorpresas, y no quise arruinármelo. Aunque bueno, no es que fuera una sorpresa... pero me gustó pensar que sí lo era. Me gustó imaginarme a David pensando toda la mañana y la tarde exactamente el lugar al que me iba a llevar. *No, demasiado moderno para Roma. No, demasiado viejo para Roma. Mmmm, mucha gente para llevarla ahí.* Por supuesto que no había sido así- todavía no me conocía tan bien. No sabía que me gustaban los lugares viejos, pero al mismo tiempo no tan viejos. Tampoco sabía que no me gustaba ir a los lugares con mucha gente porque me sofocaba, me hartaba y me daban ganas de golpear a todos los que veía caminando por ahí con tal de que liberaran el camino. Era toda una mujer selectiva. Me imagino que ni siquiera el hombre que estuviera conmigo toda la vida podría llegar a adivinar todos los gustos raros que tengo. A decir verdad, incluso yo sigo descubriéndolos. Y me encanta.

-Llegamos.- David apagó su coche y me volteó a ver.

Miré a mi alrededor. Parecía una plaza bastante vieja. Había unos cuantos locales abiertos, pero no muchos. Definitivamente era de los 70s. Mínimo. David me hizo una seña con la cabeza para que bajáramos del auto, y sin decir palabra, bajé. Inspeccioné toda el área. Los locales estaban a medio pintar, todos desgastados, y había poca gente dentro.

-Ya dime si me vas a matar.- Bromeé.

David solo se rió y caminó hasta estar a lado mío. Unos segundos después, sentí su mano en mi espalda baja, guiándome hacia el lugar hacia el que me quería llevar. Dimos unas cuantas vueltas por la plaza vieja. Algunos

locales ya estaban cerrados, y los pocos que habían abiertos, no parecían tener mucho éxito. Volteé a ver a David, confundida.

-Ya en serio. ¿A dónde vamos?

Él solo sonrió. Pero la sonrisa que me regaló era diferente a las otras a las que había visto antes. Era de emoción. Era la sonrisa de un niño chiquito que estaba a punto de llegar a Disneylandia. No lo pude evitar, pues de pronto su energía me contagió, haciéndome sonreír como niña chiquita.

Llegamos a lo que parecía ser (otro) local viejo, y David abrió la puerta que, como película de terror- chilló. Chilló fuerte. Y después, sonó una campana, anunciando nuestra llegada.

-Bienvenida.- Dijo David, mirando a nuestro alrededor.

Lo primero que llegó a mis sentidos fue el fuerte aroma a viejo. Después se le unió un olor a papel... libros. Libros viejos. El corazón me dio un pequeño brinco. Amo las librerías- y mucho más si son viejas.

Arriba, abajo, derecha, izquierda... todo eran libros. Libros y libros y libros. Mi pequeño paraíso.

-Wow.- Dije, mirando el techo que estaba hecho de páginas rotas y viejas de diferentes libros. Incluso el piso estaba hecho de papel- pero de periódico. Estaba increíble todo. Al fondo a la izquierda había una sección de discos de vinilo de diferentes géneros, dos tocadiscos, una máquina de escribir, tres cámaras viejas, cassettes y fotos viejas.

El resto, eran libros.

-¿Te gusta?- Preguntó David.

Lo volteé a ver como si lo que me estuvieras preguntando fuera lo más estúpido que pudo haber dicho.

-Que si me gusta...- Repetí feliz, mirándolo a los ojos. En vez de contestar, lo tomé de la mano y nos adentramos en la enorme selva de papel que había a nuestro alrededor.

Estuvimos ahí horas. No es broma. Fueron horas. Y fueron de las mejores horas en las que he invertido mi tiempo. En la vida. Entera. Vi de todo- desde géneros de suspenso, terror, romance, historia, misterio, ficción, autobiografías; libros en miles de idiomas diferentes (me quería llevar todos aunque ni siquiera hablara el idioma); discos de vinilo con portadas que daban ganas de comértelas de lo increíbles que estaban... pero esa maldita máquina de escribir. ¡Ah! Cómo me gustó desde la primera vez que la vi. Era de un verde claro, con blanco por dentro, y las teclas de metal.

-¿Por qué no te la llevas?- Preguntó David. -A este paso nos va a dar el siguiente año.

Es que no podía dejar de verla. Pero la verdad es que, con el salario que me daban en Énfasis, no me convenía hacer esa compra. Si hubiera sido una máquina más nueva, probablemente hubiera estado más barata, pero como era vieja, estaba carísima. Los odié. Mucho.

-Na. Tampoco está taaan linda.- Dije, levantando los hombros con indiferencia. -Mejor vamos a ver ese pasillo.- Señalé a uno de los que estaba hasta el fondo de la tienda. Todavía no habíamos ido a ese.

Cuando llegamos, no vimos muchas cosas nuevas. Excepto una sección, que decía “libros de 1930”. *Oh sí.* Mi ojo derecho enganchó de inmediato con el estante de libros, jalándome hasta llegar a él. Tomé uno de los libros viejos. Estaba seco, amarillento, arrugado y... crujiente. *Dios, se está cayendo a pedazos como mi vida.* Bromeé internamente y solté una risita para mí. Cuando alargué el brazo para dejar el libro en su lugar, una voz me hizo parar en seco.

-¿Te gustó ese?

La voz de David me erizó la piel. Ni siquiera pude voltear a verlo. Solo me quedé ahí, congelada. Logré dejar el libro con cuidado sobre la estantería, pero no me di la vuelta.

-Sí.- Respondí en voz baja.

-¿Sí?- Preguntó.

Tragué grueso y asentí con la cabeza. Ya tampoco podía hablar. Okey, y no es como que mis piernas estuvieran funcionando muy bien tampoco.

-¿Qué pasa?- Insistió David. Su voz era casi un susurro, y eso me estaba matando. Mi oreja era sensible, y su voz... bueno, su voz era su voz. Esa combinación me estaba haciendo imposible la vida. -¿No puedes hablar?

Carraspeé dos veces, inhalé hondo y cerré los ojos un segundo.

Espabila, Roma. Solo es un hombre más.

Cuando recuperé mis fuerzas, me di la vuelta. Decidida. Decidida a ponerle una cara de “¿me crees estúpida? Yo no caigo con esos truquitos.”

-Ay ya. Ni que estuvieras tan guap...-

No me dio tiempo de terminar mi oración. Adiós fortaleza. Adiós feminismo. Adiós todo lo que un día supe. Valí un carajo ahí mismo, en ese momento. Su mano me agarró de la cintura y me acercó a su cuerpo. Con la otra mano acunó mi cara, y me besó. Nuestras bocas se juntaron y exploté. Su cercanía, su cuerpo, sus manos, su boca... sus ojos.

David detuvo el beso para mirarme a los ojos. Me estaba preguntando si eso era lo que quería. Si quería que continuara. Sentí su caliente aliento contra mis labios mientras esperaba una respuesta. Aguanté la respiración. Un segundo después, ya lo había agarrado de la chamarra para estampar mis labios contra los suyos. No necesitaba una respuesta verbal, ¿no?

David estampó mi cuerpo contra el librero, haciéndome soltar todo el aire que llevaba conteniendo. Me besó hasta que mi cuerpo entero pedía más, y más.

Le dí una mordida en el labio inferior, y sonreí contra sus labios. David soltó un sonido grave en respuesta y puso la mano que estaba acunando mi cara a lado de mi cabeza, contra el estante. Despacio pero desesperado, empezó a darme besos a lo largo del cuello. Solté un suspiro cuando mordió ligeramente mi piel desnuda.

-David...- Susurré, apenas audible.

David tomó mi cuello con una de sus manos y dibujó suaves círculos sobre él.

-Roma...- Me miró a los ojos desde su altura. Desde ahí, desde donde su respiración caía deliciosa sobre mis labios, y sus ojos sobre los míos.

Me tengo que controlar. Es un lugar público.

-David...- Pero seguimos besándonos. No podía respirar bien. No quería respirar bien. Solo quería seguir besándolo.

Pero...

-David.

David se separó de mí, entendiendo la advertencia.

-Vámonos.- Dije, sin creermelo mucho mis propias palabras.

Los ojos de David se tornaron oscuros. Sus pupilas se dilataron, su sonrisa se elevó. Pero solo una comisura. Sabía perfectamente a lo que me refería. Aunque ni siquiera yo lo supiera bien, aparte de que quería seguir besándolo. Y besándolo, y besándolo... ¿estaba mal? No lo creo. Solo era una mujer que buscaba disfrutar. Disfrutar de aquello que podía y *quería* tener. ¿Y eso? Eso nunca va a estar mal.

David y yo salimos del local. Decidí que definitivamente era un lugar al que tenía que regresar. Pero en ese momento... tenía otras cosas en mente. Nos subimos a su coche, y la tensión se acumuló en el ambiente. Nos volteamos a ver, y segundos después, nos reímos. *Bueno... al menos creo que seguimos en*

la misma página. Platicamos de muchas cosas de camino a mi departamento, y me sentí cómoda y contenta. Estaba disfrutando.

Cuando llegamos, David apagó su coche y me volteó a ver. Parecía querer preguntarme lo que quería hacer y, honestamente, no lo sabía. A ver, tenía ganas de estar con él- pero... no lo sé. Llámenme anticuada, pero siempre he pensado que para estar con alguien de esa forma tan... íntima y vulnerable; hay que conocerse mejor. Y David y yo no nos conocíamos tan bien aún. Por mucho que mi cuerpo quisiera, lo mejor era esperar. Al menos eso era lo mejor para mí.

-Gracias por hoy.- Dije finalmente, con una sonrisa honesta. -¿Nos vemos después?

David asintió con una sonrisa. No parecía decepcionado en lo absoluto con mi respuesta. Al contrario, parecía estar cómodo e incluso, de acuerdo, cosa que me hizo sentir aún más cómoda con él.

Antes, cuando estaba en *esa* relación, no es que a mi ex novio le importara mucho si tenía ganas de intimar o no. Incluso cuando le decía que no quería, él prefería hacerse el sordo- o empeñarse en convencerme de mil maneras. Mis advertencias muchas veces resultaron estúpidas, así que, sin saber que hacer, solo decidía quedarme ahí... esperando a que pasara lo que “tenía que pasar”. Pero también había veces en las que me gritaba. Decía que nunca quería tener intimidad con él. Que le estaba faltando al respeto, que él siempre hacía todo por mí. Que era lo único que pedía de mí, y ni siquiera eso le podía dar. Al final, terminaba cediendo. Siempre me sentía mal esas veces, pero tristemente, pensaba que era lo único que podía hacer. Si no lo hacía, me amenazaba con dejarme. Y en ese entonces... pensarme sin él era como pensarme sin vida.

Cuando llegué al departamento, cerré la puerta atrás de mi espalda y solté un suspiro. Después, sonreí como tonta. Había sido un lindo día, y estaba lista para contarle todo con lujo de detalle a mi mejor amiga.

{ TREINTA Y DOS }

Hay algo que no entiendo. La mayoría de las canciones que escuchamos, tienen que ver con romance. Todo es romance. Desde *no me dejes que sin ti no respiro*, hasta, *odio que me hayas dejado, ahora ya no puedo respirar*. De verdad, necesitamos canciones diferentes. Algo más que solo amor romántico. No sé, amor propio, por ejemplo. Somos muy susceptibles a lo que vemos, escuchamos, sentimos, probamos... me atrevería incluso a decir que nuestros sentidos son bastante manipulables... engañables. Y eso es muy, muy peligroso. Hay que saber mantener la línea entre lo que es realista y lo que no.

O por lo menos intentar.

-Say you'll remember me, standing in a nice dress staring at the sunset babe, red lips and rosy cheeks, say you'll see me again even if it's just in your...

Quizá empezando mañana.

-Wiiiiiildest dreaaams, aah, aah, ahh.

Canté *Wildest Dreams* de Taylor Swift, no sé cuantas veces en la regadera. La escuché en la cocina, en el trabajo, en el metro, en la calle... estaba jodida.

Era un viernes por la mañana, y me dirigía al trabajo. Llevaba mi café de siempre en la mano y, como era de esperarse, tenía puestos los audífonos con mi canción favorita del momento. Cuando llegué al edificio de Énfasis, subí unos cuantos pisos con el elevador, hasta que hizo una parada antes de llegar al mío. Cuando las puertas se abrieron, se me escapó una sonrisa al ver a la persona que estaba esperando para subir al elevador.

David se subió al elevador junto con otras dos personas, y presionó el mismo piso al que iba yo. Después, se acomodó a lado de mí, viendo hacia el frente. Unos segundos después, las puertas del elevador se cerraron, y este se

echó a andar. Sentí cómo el cuerpo de David se pegaba lentamente a mí, casi como en secreto. Su mano se acercó a la mía, y nuestros dedos jugaron en armonía, entrelazándose, pero nunca tomándose por completo. El sonido del elevador llegando a nuestro piso me regresó a la realidad. Miré a David y le sonreí, despidiéndome para ir a trabajar.

Me encaminé hacia la oficina de mi jefa. Iba a averiguar de una vez por todas lo que estaba pasando en Énfasis. ¿Cómo? No tenía ni idea. Pero algo se me ocurriría cuando cruzara la puerta... al menos eso esperaba.

Toqué la puerta, pero no obtuve respuesta. Volví a tocar... nada. Entreabrí la puerta y asomé la cabeza.

-¿Jefa?- Pregunté.

Elena estaba sentada en su escritorio, codo apollado en la mesa, su mano descansando bajo su barbilla. Tenía la mirada perdida en la ventana que proyectaba una hermosa vista de la ciudad. Cabe mencionar que no se molestó en voltear a verme cuando entré a su oficina, así que entré de todas formas y cerré la puerta detrás de mí.

-Ahora no, Roma. Estoy ocupada.

Sí, ya vi. Pensé con sarcasmo, e ignorando su petición, tomé asiento frente a ella.

-Necesitamos hablar, Elena.- Dije con un tono un poco más serio.

Elena me volteó a ver con cara de pocos amigos, como preguntándome si estaba sorda por haberle hecho caso omiso a sus palabras.

-Dije que ahora no. Ven a verme después.- Ordenó y regresó la mirada pensativa hacia la ventana.

-Pero es que...- Empecé, pero antes de poder siquiera terminar la oración, Elena habló. Y no necesariamente de la forma más calmada.

-¡Joder, querida!- Volteó a verme otra vez, ahora con cara de súplica. -Te estoy pidiendo que me dejes sola. Ahora no es buen momento.

Probablemente fue muy mala idea lo que hice después, pero decidí tomar el riesgo. Muchas veces, no me preguntan por qué, la gente me buscaba para desahogarse y contarme sus tragedias, sus problemas y quién sabe cuántas cosas más. Así que decidí, por primera vez, intentar que mi fría y controladora jefa se abriera conmigo.

-Yo sé que probablemente soy la persona menos indicada para esto... y me consta que tampoco soy la cara que quiere ver en estos momentos, o incluso la voz que quiera escuchar ahora; pero a veces hace bien... sacarlo. Piénselo así. Solo soy una más de sus empleadas- somos totales desconocidas, al menos en cuanto a lo que nuestras vidas privadas respecta. Puede confiar en mí, se lo aseguro. Soy buena escuchando, y lo que menos me interesa es hacer juicios sobre su vida, porque honestamente, no es que me interese hacerlo tampoco.- Le regalé una sonrisa torcida, honesta y empática- y concluí. -Solo... que sepa que si alguna vez quiere sacarlo, puede confiar en mí.

Me levanté de la silla y me dirigí a la puerta, con la esperanza de que mi pequeño monólogo sirviera de algo. No es que no se lo haya dicho con honestidad y me quisiera aprovechar de ese momento vulnerable para sacar información. Fui genuina cuando dije que soy buena escuchando, que no la iba a juzgar. Que podía confiar en mí. Pero claro que parte de mí también esperaba que, de tener esa charla con ella, la distancia entre las dos se acortara al menos un poco para preguntarle qué carajos estaba pasando con Énfasis.

Tomé la manija de la puerta y la giré, pero la voz de mi jefa me detuvo.

-Roma.- Llamó. Volteé a verla, y me indicó que me sentara con la mirada. Sin decir nada, solté la manija y regresé a mi asiento. Le sonreí para indicarle que la escuchaba, cuando sea que ella estuviera lista para empezar. Elena se

removió incómoda- dudosa en su silla, pero unos segundos después carraspeó y comenzó a hablar.

-Creo que nos han jodido.- Dijo por fin.

Hice rápido la traducción (al español mexicano) de lo que me estaba queriendo decir mi jefa- en mi cabeza, obviamente; y lo que entendí, no me gustó nada.

-Se refiere a que...

-¡Eso! ¡A eso mismo!- Espetó, como si no fuera necesario que terminara la oración para que estuviera totalmente de acuerdo con mis palabras. -Joder. Ahora sí que estamos en un lío. Uno gordo.- Elena cerró los ojos y se frotó las sienes con desesperación. Yo me mantuve en silencio, esperando a que continuara. La verdad es que era obvio que no quería escuchar nada de lo que yo tuviera que decir, solo quería desahogarse con alguien. Y eso no me molestaba en lo absoluto. Tenía libreta y pluma mental, listas para anotaciones importantes. -Las cosas no pintan bien para Énfasis. Nada bien. La demanda que tenemos nos tiene totalmente jodidos- entre la espada y la pared. Los dueños del periódico no saben que hacer, y los abogados no parecen saber mucho más tampoco. Esa puta demanda es una astilla en mi culo, y ni siquiera es que nos acusen de algo grave, ¡no! El problema no es ese. El problema es el cabrón con pasta- *Dinero* para mis lectores latinos- que insiste en joder a nuestra compañía. Menudo tío...joder. Estoy segura de que todo esto es por motivos personales...- Saliendo de sus pensamientos, mi jefa me volteó a ver a los ojos con seriedad. -Yo que tú, empieza a trazar tu plan B. Yo ya lo estoy haciendo.

Se refería a buscar otro trabajo. Uno en caso de que cerrara el periódico. Los nervios escalaron por mi columna y se asentaron en mi nuca. Pude sentir el frío creciendo y creciendo, haciendo que los pelos en mi cuerpo se pusieran de punta.

¿Qué voy a hacer ahora?

Pasé las siguientes dos horas buscando y aplicando a diferentes trabajos. Estaba paranóica, ansiosa, estresada, nerviosa, angustiada, preocupada, agobiada; y cualquier otro sinónimo. Pensé en todas las posibilidades- quedarme en la calle, regresar a mi país, mudarme de país, trabajar en algo que no tiene nada que ver con mi carrera... y otras muchas más que dudo mucho que quieran tomarse el tiempo de leer. ¡No lo pude evitar! Siempre he sido una persona muy catastrófica. Y ya lo sé, no es que ese trabajo fuera el mejor del mundo, pero sí era uno que me gustaba bastante. Estaba en el lugar que me gustaba, cerca de mi casa y por fin me pagaban (no mucho, pero sí lo suficiente). Así que no- definitivamente no quería cambiarme de trabajo. Y mucho menos de ciudad.

-¿Quién murió?- La voz de Iván hizo eco en las paredes de mi distraído cerebro. Sin mirarlo, todavía con la atención puesta en mi computadora, le respondí.

-Énfasis.

-¿Qué dices?- Volteé a ver a mi compañero de cubículo. Tenía cara de susto. -¿Cómo que Énfasis?

-Así como escuchas. Pero no le digas a nadie más, que me metes en problemas.- Le puse cara de advertencia. -Eso sí, yo que tú... ve trazando un plan B.- Repetí las palabras de mi jefa con la misma seriedad, y me levanté de mi lugar.

-Joder...- Escuché decir a Iván, antes de desaparecerme entre los pasillos.

Busqué a David por... prácticamente todo el edificio. Pero no tuve suerte. Rendida, saqué mi celular de la bolsa del pantalón y le di *click* a mi chat con David.

R: ¿En dónde estás? Es urgente.

La respuesta llegó de inmediato. *Qué sexy es la eficacia.* Sacudí la cabeza, quitando el pensamiento. *¡Concéntrate, Roma!*

D: Ocupado. ¿Estás bien?

R: Sí, pero es urgente.

D: Estoy con un cliente, te contacto en cuanto termine. Bye.

R: ¡David!

Y ya se había desconectado. No sabía si estar enojada o poco sorprendida con su respuesta.

El sonido de un golpe hizo que me sobresaltara. Era Iván, y había azotado unas hojas de papel sobre la mesa de trabajo frente a la que estaba parada.

-Lavaplatos, conserjes, meseros, asistentes personales.

-¿De qué hablas?- Fruncí el seño.

-Cariño, este barco se hunde. Y no pienso dejar que ni tú ni yo,- Iván nos señaló. -nos hundamos.

-¿Y por qué carajos trabajaríamos de asistentes? Busca algo a nuestra medida, baboso.

-Dudo que nos contraten. Recuerda que Énfasis nos dio una oportunidad que nadie más nos quiso dar. ¿De verdad crees que alguien más va a querernos en su periódico?

-Pues a mí sí.- Respondí con seguridad (momentánea), pues las palabras de Iván lograron asustarme aún más de lo que ya estaba. -No pienso trabajar en nada de eso.- Señalé los papeles que había puesto frente a mí. -Pero buena suerte siendo secretario, campeón.- Le guiñé un ojo y salí de la sala de conferencias, pero no tardó en perseguirme por los pasillos.

-¡Secretarios no, Roma! Asistentes *personales*.- Corrigió Iván, convencido de que la segunda opción era mucho más lujosa.

No, no y no. Me rehúso una y mil veces.

{ TREINTA Y TRES }

Ese día, llegué a casa del trabajo exhausta y hambrienta. Rogué con todas mis fuerzas que Nadie hubiera hecho algo de comer, y el universo escuchó mis plegarias.

-¿Cómo te fue?- Preguntó Nadia desde la cocina. No sé qué estaba cocinando, pero olía delicioso. Los últimos días, mi amiga había estado cocinando prácticamente durante todos los ratos libres que tenía, excepto cuando se bañaba y dormía (obviamente). Eso la ayudaba a lidiar con el estrés de la situación que estaba viviendo en esos momentos. Y a mí... bueno, la verdad es que no me quejaba.

-Del carajo.- Dije, sentándome en una de las sillas de la isleta en la cocina. -Mi jefa está segura de que van a cerrar Énfasis. Me la pasé enviando currículums el día entero, y esquivando a Iván. Según él, nuestra mejor opción está en convertirnos en *asistentes personales*.- Repetí las últimas dos palabras con desagrado. No es que odie a los asistentes personales, simplemente no quería ese trabajo y punto.

-Hice dos pizzas caseras y una ensalada. Nuestro vino favorito está en el refrigerador, por si quieres servirte una copa.- Volteó a verme, una pala para mezclar la ensalada en cada mano. -O dos.- Me guiñó el ojo.

Esa era la forma de Nadia de apoyarme. Su lenguaje de apoyo, amor, y básicamente cualquier emoción, era la comida. De nuevo- no me quejaba.

-Gracias, te adoro.- Dije, pero en vez de servirte el vino, abrí el refrigerador y tomé el jugo de durazno para servirme un vaso.

-¿Cómo te fue a ti? ¿Qué tal está todo?- Pregunté, obviando al tema al que me refería.

-Todo normal.- Se limitó a responder y siguió mezclando la ensalada.

-No quieres hablar de eso, ¿verdad?- Pregunté con una sonrisa triste y torcida.

Nadia solo asintió.

-Okey.- Dije y me acerqué a ella. Le rodeé los hombros con el brazo y le planté un beso en el cachete. -Entonces dime, ¿qué peli vamos a ver hoy?

Mientras Nadia terminaba de ver su película favorita, *El Rey León*; llevé nuestros platos a la cocina y los lavé. Guardé lo que quedó de la pizza en un contenedor, lavé los sartenes y me aseguré de que quedara todo limpio. Cuando por fin terminé, regresé al cuarto de televisión. Nadia ya se había quedado dormida, así que, sin querer despertarla, le puse una colcha encima y apagué la televisión. Regresé a mi cuarto sin hacer ruido, cerré la puerta detrás de mí y me fui a sentar a mi escritorio. Prendí la lamparita verde que tenía, y abrí mi computadora. Justo cuando estaba a punto de abrir mi correo, mi celular empezó a vibrar.

Era David.

-¿Bueno?- Contesté.

-Perdón por no llamar antes, estaba ocupado.- *Qué raro.* -¿Cuál era la urgencia?

-Necesitamos vernos. Quiero hablar contigo en persona.

-¿Hablar?- Preguntó con un tono...

-¡Agh!- Exlamé y escuché una risa. -No seas malpensado. Es enserio, necesitamos hablar.

-Está bien. ¿Puedes hoy en la noche?

-¿Noche? Ya es de noche.- Dije, frunciendo el seño.

-Me refiero a más tarde, todavía tengo unos pendientes.

-Bueno, pero no *muy* tarde. ¿A las nueve?

-Okey.

-Espera, espera. ¿En dónde nos vemos?

Volví a escuchar su risa al otro lado de la línea.

-Creo que ya sabes la respuesta, ¿no?

Dos horas después, ya estaba sentada en uno de los taburetes de la barra del bar de Marco. Como aún hacía frío en la ciudad, me puse un conjunto caliente- traía puestos unos jeans negros pegados, que muy a mi satisfacción, resaltaban mi bonita figura; una camisa blanca de manga y cuello largo con chamarra de cuero negro, aretes de aro, labios de mi color natural pero humectados, pómulos de un rosa suave, y claro, una máscara de pestañas que resaltaba mis ojos. El pelo lo traía como más me gustaba- lacio y corto, cayendo justo a la altura de mi mandíbula.

No es por nada, pero me veía guapísima.

Había llegado diez minutos después de la hora acordada porque, bueno, siempre he sido alguien a quien le cuesta trabajo ser puntual- excepto cuando se trata de cosas de trabajo. Pensé que David ya iba a estar esperándome ahí, pero no había llegado, lo que me alivió y molestó en partes iguales, pero pensé que quizá tampoco era bueno con la puntualidad. Y cómo no, en vez de esperarlo como tonta, me pedí un gin & tonic con jugo de limón y albahaca. Quéjense todo lo que quieran, pero es la cosa más rica que van a probar en toda su vida. El vodka de mandarina ya no era mi trago favorito; no después de esa horrible borrachera que me puse. Ahora ni siquiera puedo olerlo, porque me dan arcadas. Es algo así como un PTSD etílico.

No fue necesario voltearme para saber que David ya había llegado. Su olor a colonia (que empezaba a volverse una adicción), invadió todos mis sentidos. Cuando me di la vuelta para saludarlo, las palabras se me atoraron en la garganta. Llevaba unos jeans de color azul clásico, botas y cinturón negro, una chamarra de cuero café oscuro, y abajo, una camisa de cuello alto negra.

También llevaba el reloj tan bonito de correa café oscuro que vi el día que lo conocí en el bar.

-Hola.- Dije por fin, con una sonrisa en los labios. David me regresó la sonrisa y se sentó a lado de mí.

-Perdón por llegar tarde. No se me da muy bien la puntualidad.- Sonrió apenado.

-No te preocupes, ya somos dos.- Le sonreí de regreso. Estaba muy nerviosa de estar sentada ahí con él. Era la primera vez que quedábamos de vernos en un lugar, solos- intencionalmente. Sí, yo fui la que le dijo que tenía que verlo, es verdad. Pero eso no quitaba que... se sentía como una cita. ¿Era una cita?

Me removí incómoda en mi silla, antes de hablar otra vez.

-¿Quieres?- Levanté mi trago y se lo ofrecí. Fue lo primero que se me ocurrió, lo siento. Estaba muy, muy nerviosa. David sonrió y asintió, antes de tomar el vaso.

-¿Gin & Tonic? Mucho mejor que tu característico vodka de mandarina.- Le dio un trago y sonrió. -Estoy orgulloso de tu progreso, Romita.

-¿Romita?- Pregunté con el seño fruncido. -¿Cómo que Romita?

-Bueno, Roma entonces.

-No.- Lo interrumpí al instante. -Romita... está bien. Me gusta.- Podía sentir el calor de mis mejillas por todo el cuerpo. Seguro ya estaban rojísimas, y no podía hacer nada para evitarlo.

-Te ves linda cuando te pones roja.- Dijo con una sonrisa en los labios.

-No estoy roja.- Le dí un golpe suave en el hombro, y, sin poder evitarlo, me solté a reír. David empezó a reírse también, hasta que ambos tuvimos los ojos llorosos y la panza adolorida de tanta risa. -Ya, en serio.- Volví a hablar,

limpiándome las lágrimas de los ojos. -Quiero hablar contigo sobre algo importante, David.

-Te escucho.- David tomó otro trago de mi nueva bebida favorita.

-Es sobre lo de la demanda.- Me removí en mi asiento, pensando en las palabras más adecuadas para abordar el tema. Sabía perfectamente que se trataba del trabajo de David, y que no se supone que debía de estar hablando de esas cosas conmigo- una empleada de la compañía a la que la persona o empresa a la que representaba, estaba demandando. Pero era verdad que también se trataba de mi trabajo, y lo menos que podía hacer era decirme a lo que Énfasis se enfrentaba, para saber si tenía o no un futuro trabajando ahí.

-Roma...- David trató de interrumpirme, pero no lo permití.

-Solo... escúchame un segundo.- Levanté la mano, indicándole que me dejara terminar. -Es mi trabajo, David. No te estoy pidiendo la carpeta completa del caso; te estoy pidiendo que me digas qué tan grave es. Porque no sé tú, pero yo dependo de mi salario- no me puedo dar el lujo de perder mi trabajo. Y si ese es el caso... prefiero saber antes de que todo ya se haya ido a la mierda.

-No te preocupes, Roma. Tienen que avisarte con tiempo, indemnizarte, tienen que...-

-Entonces sí es grave.- Conluí, interrumpiendo a David.

David inhaló profundo, y se frotó la nuca. Después dejó salir el aire y tomó otro trago de mi vaso. No voy a mentir, eso de compartir bebidas con él me gustaba, se sentía como algo íntimo y lindo al mismo tiempo. Pero ey, tampoco era suyo. Que se pidiera uno para él.

-No diría que es grave. Simplemente... complicado.

-Deja de darle vueltas, no soy tonta.- Le dirigí una mirada molesta, pero la verdad es que solo estaba enojada con todo lo que estaba pasando con la compañía. No tenía que ver con David.

-No estoy diciendo que lo seas.- Corrigió serio. -Pero *es* complicado. Si lo que quieres saber es si necesitas un plan B...- Era la milésima vez que escuchaba esa palabra el mismo día. -Creo que sería una buena idea. Aplica en algunos trabajos, busca otras opciones. Es mejor estar bien respaldado.

-¿Y ya?- Pregunté, frustrada. -¿No me vas a decir nada sobre la demanda?

-Roma... tú ya sabes que no me gusta mezclar mi vida personal con la laboral. Te estoy dando la información que pediste, pero no te puedo dar más. Es mi trabajo.

Por una parte lo entendía, pero por otra parte me enervaba. Pero eso no importaba, de cualquier manera David parecía seguro de su postura, así que decidí no seguir insistiendo... por el momento.

-Está bien.- Tomé mi vaso y le di un trago a mi bebida. *Sí que es buena.*

-Mejor cuéntame de tu día. Y- me refiero a tu vida *no* laboral. Ya hablamos suficiente de eso.

-Estoy de acuerdo.- David sonrió, y relajó el cuerpo. Me di cuenta de que era un hombre bastante transparente. Aunque trataba de ser cerrado y misterioso, su cuerpo lo delataba bastante. O quizá solo se estaba dando más permiso de abrirse conmigo. *Eso espero.* -¿Te cuento desde que sonó mi despertador y rodé medio dormido hasta caerme de la cama?

Ambos nos reímos y acto seguido, escuché a David relatarme sobre su día, y los días anteriores en los que no nos habíamos visto o hablado mucho. Me sentía muy cómoda cuando tenía conversaciones con él. Era una persona con la que no necesitaba tener filtros, o pensar dos veces lo que fuera que quisiera decir- y eso era muy lindo. Ojalá fuera así con todas las personas, en vez de tener que llamarles “especiales” a aquellos con los que sí podemos abrirnos para ser tal y como somos.

Dos horas después, David y yo nos reíamos por las calles de Barcelona con una botella de cerveza en la mano. De repente tomaba él de ella- de repente yo; decidimos compartir una porque consideramos que ya habíamos tenido suficiente como para pedir dos más, pero no *tan* suficiente como para no pedir ninguna.

-¡Ya!- Le di un golpe suave y juguetón a David en el hombro, después de la décimo cuarta broma que había hecho esa noche sobre cómo estaba aterrada de mi jefa. -No sabes lo que es trabajar para ella. ¡Es un horror!

David se soltó a carcajadas, agarrándose de un poste de luz para mantener el equilibrio.

-¿*Horror*?- Repitió despacio entre carcajadas. -¿Y eso qué significa, Roma?

-Pues lógicamente, un honor y horror al mismo tiempo.- Respondí entre risas, con un intento medio fallido de voz de obviedad.

-¡Ah!- Dijo David, como entendiendo por fin el lenguaje que estaba hablando. -Pues suena a gonorrea.

Y con esa palabra, ya estábamos los dos agarrados del poste de luz, tratando de mantener el equilibrio por la risa incontrolable. Cuando por fin logramos controlarnos, nos quedamos ahí, viendo las calles oscuras y vacías. Silenciosas.

-Se ve precioso, ¿no?- Dije.

-Tú eres preciosa.- Respondió David. Volteé a verlo con una sonrisa en los labios, y me di cuenta de que todo ese tiempo había sido la única viendo el paisaje oscuro. David parecía contento, ligero- despreocupado. Y eso me gustó mucho; pensar que quizá estaba cada día un poquito más cerca de conocer un pedazo más de su persona.

-Gracias.- Respondí, aceptando su cumplido con honestidad. -Esta es la parte en la que nos acostamos en medio de la calle vacía, viendo cómo cambian las luces del semáforo.

David soltó una risita burlona.

-No somos Noah y Aly, Roma.- Dijo, y puse cara de sorprendida. Nunca pensé que fuera a entender mi referencia de una de mis películas favoritas... *The Notebook*. Solo me habían dado ganas de decir lo que dije, y pensé en esperar emocionada a que preguntara a qué me refería, y así poder contarle todo sobre esa historia que tanto me gustaba. Aunque a decir verdad... me creció tres tallas el corazón cuando me percaté de que sabía a lo que me refería. Justo como al Grinch.

-Pensé que no conocías la historia.- Dije sin borrar mi sonrisa de la cara. David me agarró suave de la cintura y me dio un jaloncito, pegándome a su cuerpo.

-La curiosidad mató al gato.- Plantó un beso corto en mi frente y mi corazón rompió el récord, alcanzando diez tallas más. -Cuando te vi leyendo el libro en el bar con esa intensidad y emoción... Tenía que saber qué era eso que te estaba provocando tantas emociones.

-¿Y?- Presioné intrigada.

-No está tan mal.- Sonrió.

Era obvio que le había encantado- pero un paso a la vez.

-La verdad es que no está nada mal. Lo que pasa es que...- David se acomodó incómodo en su lugar. -Digamos que tuve una mala experiencia en el amor. Por eso no soy tan fan del romance y esas cosas.- Puso cara de pocos amigos y suspiró. -Tuve una novia que adoraba durante tres años. Hasta pensé que nos íbamos a casar, ¿te imaginas? ¿Yo? ¿Casándome?- David soltó una risa sarcástica, y me sentí mal por saber que lo que sea que le hubiera pasado,

definitivamente le había roto el corazón. -No terminó bien, ya te podrás imaginar. Se fue con otro tipo, mucho más feo y tonto que yo por cierto; y me tuve que enterar por mi propia cuenta. Nunca me había sentido tan roto en mi vida, Roma.- Vi un ápice de dolor en sus ojos, haciendo que se me formara un nudo en la garganta. Quise abrazarlo y decirle que ya era cosa del pasado, pero decidí dejarlo terminar. Era la primera vez que se abría conmigo de esa forma.

-Desde ahí me cerré por completo. Mis problemas de confianza aparecieron y fueron aumentando, pero no me importó. Supuse que para que nadie me volviera a lastimar así, era necesario levantar una barrera igual de grande que mi dolor.- David me regaló una sonrisa triste, y por fin entendí por qué se comportaba así conmigo. Le daba miedo que lo volvieran a lastimar, así que prefería cerrarle las puertas a cualquier oportunidad de entablar un vínculo con alguien.

Sentí el roce de sus dedos acariciando los míos, pero sin tomarlos por completo.

-Me has ayudado mucho a entender que, a pesar del miedo, vale la pena tomar el riesgo. Si no lo hiciéramos, no podríamos darnos cuenta de las cosas bonitas que tiene para ofrecer la vida.- Entrelazó sus dedos con los míos y acercó mi mano a sus labios, depositando un suave beso en mi palma. Después me regaló una sonrisa y apuntó a la calle con su cabeza, invitándome a caminar con él. Le regresé la sonrisa sin decir nada, y lo seguí.

Caminamos otro largo rato en las calles, riéndonos, platicando, juzgando a nuestros jefes, quejándonos de nuestros trabajos, hablando de nuestros planes. Me sentía contenta cuando estaba con David, y aunque me asustara un poco, también me emocionaba. Era como la sensación que me provocaba el llegar a casa después de un largo día a leer un buen libro- y para los que no sean muy

amantes de los libros (aunque lo dudo, sino no estarían leyendo esto); entonces su película favorita.

El sonido de una notificación interrumpió el chiste (pésimo chiste, por cierto) que estaba contándole a David. Nunca fui de estar con el celular cuando estaba con alguien, pues creo que es una falta de respeto, pero sí al menos echarle un ojo y asegurarme de que todo esté bien de vez en cuando.

Sí, soy algo paranoica.

Cuando tomé mi celular para ver la notificación, mi corazón se detuvo. Era un correo de Marcelo Marchetti- el director editorial. Seguramente ya había empezado a hiperventilar, pues David me puso una mano en el hombro.

-¿Está todo bien?- Preguntó.

-No sé.- Dije en voz baja, sin despegar los ojos de mi celular. La realidad es que no sabía si estaba todo bien. Podía estarlo, y también podía no estarlo. Quizá era un correo diciéndome que mi trabajo era una basura, y que mis horas como futura escritora estaban contadas. O quizá...

Ni te ilusiones, querida.

¿Les dije o no que ese gato sonriente imaginario es un gran palo en el culo?

-¿Por qué?- Indagó David.

-Es que...- Por fin despegué los ojos del celular para verlo a los ojos. - Digamos que... bueno, ¿te acuerdas de esa vez en el bar, cuando me estaba quejando con Marco de lo que dijo Elena de mi libro?- David asintió con la cabeza, y le conté mi pequeño encuentro con Marcelo aquel día en la plática a la que no llegué. -Y cuando me dio su tarjeta, decía *director editorial*.- Dije, pronunciando el puesto de Marcelo como si equivaliera al de un Rey de Europa. -Me dijo que le mandara algo...- Cerré los ojos y eché la cabeza para atrás con un gruñido de frustración. -Le mandé unas páginas de ese libro, pero quizá fue

la peor idea del mundo. ¿Por qué le mandé eso? Elena no es ninguna tonta, le hubiera mandado otra cosa.

-Roma...

-Además tardó como- *mil siglos* en responder, seguramente le pareció tan *repugnante*, que no tuvo...

-¡Roma!- David me interrumpió, sacándome de mi círculo dramático. - ¿Por qué no checas el correo, en vez de hacerte cuentos chinos en la cabeza?

Tragué con fuerza, nerviosa- pero asentí. Tomé mi celular y abrí la aplicación de correo, y piqué en el (segundo correo más reciente), pues el primero era de una aplicación de ejercicio que había descargado dos años atrás que nunca estrené, y olvidé borrar. *¡Te extrañamos!* Ponía. *Pues yo no.*

-¿Por qué no mejor me lo lees tú?- Le pedí con una sonrisa a David.

-No.- David negó con la cabeza. -Prefiero que seas tú la que lea las buenas noticias.

-No sabes si son buenas noticias.- Fruncí el ceño y David encogió los hombros.

-Solo hay una manera de averiguar.

Comencé a leer el correo.

Para: Roma Cohen

Asunto: RE: Primer Draft

De: Marcelo Marchetti

Querida Roma;

He estado bien, gracias por preguntar. Algo ocupado, razón por la cuál respondo hasta ahora; pero bien. ¿Cómo has estado tú?

Habiendo revisado los primeros capítulos de tu libro, me gustaría pedirte que nos viéramos en persona para platicar. Déjame saber cuándo estás libre, y nos ponemos de acuerdo.

Por favor, lleva el borrador completo impreso.

Atentamente;

Marcelo Marchetti.

Pegué un grito y abracé a David cuando terminé de leer el correo de Marcelo. *Lleva el borrador completo.* Eso solo podía significar algo bueno, ¿no? Que estaba interesado... en *mí* libro.

-¿Y?- Preguntó David. -Buenas noticias, me imagino.

Pero en vez de responderle, me separé de él y le di un beso- largo, emocionado. Cuando nos separamos, los dos estábamos sonriendo.

-Muy buenas.

{ TREINTA Y CUATRO }

Tanya decidió no presentar cargos contra Evan. Sostuvo la historia de que todo lo que Nadia vio fue consensual- que no pasó nada. Mi amiga tomó la noticia como balde de agua fría, como era de esperarse. Se enojó, gritó, lloró, se negó a aceptarlo... yo solo podía acompañarla, a pesar de que me pedía estar sola, no lo pensaba hacer. Incluso si eso significaba que me odiara por no hacerle caso.

En cuanto a su amistad con Tanya... ya no había amistad. Al menos por el momento. Supuestamente decidió que tenían que distanciarse, que era lo mejor. Obviamente había *alguien* (con nombre y apellido), moviéndole hilos a Tanya como si fuera marioneta, diciéndole qué hacer, qué no hacer. De cualquier manera, Nadia seguía mandándole mensajes a Tanya diciéndole que por favor entrara en razón, que hiciera lo correcto. Pero no obtenía ninguna respuesta; de hecho, me sorprendía que todavía no la hubiera bloqueado.

A pesar de que no todas las cosas estaban del todo bien, me sentía... positiva. El correo que me había mandado Marcelo me dio mucha ilusión, y no podía evitar pensar en lo que eso podía significar para mí, para mi futuro y para mis historias. Para mis sueños.

Además de que... ya saben, mi no-amistad con David me tenía algo contenta. Bueno, *muy* contenta. Pero no me quería ir de ocico al piso, así que prefería ir despacio.

-¡No, no y no!- Elena azotó mi artículo recién terminado sobre su escritorio y soltó un suspiro frustrado. -¿Qué es *eso*, Roma?

Eso era un artículo impecablemente escrito, sin errores, con estilo, y muy, muy interesante, si me permiten agregar. Lo que pasa es que Elena había estado tan amargada por la situación en el periódico en las últimas semanas, que ya no

podía ver las cosas objetivamente. Ahora, a todo lo que le entregaba le decía basura- o como a ella le gustaba tanto llamarle: *esa cosa*. Pero incluso ella sabía que no era cierto, y que yo era su basurero de frustraciones. Sino hubiera sido así, ¿por qué no me había despedido?

Quizá porque era el peor momento para tener (encima de todo), falta de personal *capacitado*.

-El artículo que me pediste.- Dije con una seguridad que antes de ese día, nunca había podido presentar frente a Elena.

-Pues no me gusta.- Refutó como niña que niega comerse su plato de verduras. -Hazlo otra vez.

-Sí, jefa.

La verdad es que no lo iba a volver a escribir. Elena era tan cambiante y distraída, que me bastaba con cambiarle cuatro o cinco palabras para que pensara que lo había escrito todo otra vez. Y, ¡sorpresa! El segundo borrador siempre le fascinaba.

Empecé a recoger las hojas del artículo que ahora estaban esparcidas por todo el escritorio de Elena, cuando la puerta de su oficina se abrió.

-Disculpa Elena, ya están aquí el abogado y su cliente.- Anunció su secretaria. Ella era la única empleada que la llamaba por su nombre ahí, a excepción de los dueños de Énfasis, claro.

-Hazlos pasar.- Ordenó mi jefa.

Perfecto, era momento de largarme de ahí. Aunque el futuro de mi empleo era incierto, yo continuaba haciendo mi trabajo como todos los días desde que había empezado a trabajar en esa compañía. Como dicen en los deportes, el juego no ha terminado hasta que ha terminado.

De camino a la salida de la oficina de Elena me topé con David, quien venía de traje oscuro y olía al país de las maravillas. Atrás de él, venía el cliente

a quien representaba. Le sonreí a David cuando me cedió el paso a la salida, pero cuando giré la cabeza para ver al frente, todas las partes de mi cuerpo se quedaron congeladas.

Mis manos dejaron de funcionar y todos los papeles de mi artículo cayeron al piso, apenas haciendo ruido. Todo se había vuelto en cámara lenta.

En ese momento, solo fui capaz de escuchar mi pesada respiración, y los fuertes latidos de mi corazón, golpeando con fuerza contra mi caja torácica, retumbando por todos los rincones de mi cuerpo.

Ah sí, casi se me olvida.

También fui capaz de ver esa sonrisa.

La sonrisa de Stefano.

PARTE II

{ UNO }

Me había imaginado ese momento millones de veces. *Millones*, sin exagerar. Cada extraño en la calle que se pareciera a él, aunque fuera de los ojos; cada cada actor, cada mesero, cada olor... Recurría mis pesadillas casi todo el tiempo, y se encargaba de invadir mis pensamientos el otro poco de tiempo. Ocupaba gran parte de vida. De mi energía, de mis emociones, de mi sueño. Aunque ya no estuviera con él, era como si siguiera *ahí*. No podía librarme de él y su presencia.

Pero pensé que eso estaba en mi mente, que mis miedos hablaban por mí, nublándome el juicio y la razón. Nunca más lo iba a ver, estaba del otro lado del océano, kilómetros alejado de mí. No se supone que supiera en dónde estaba.

No después de esa noche.

Todavía tengo recuerdos borrosos de la sangre en la cocina. Los gritos, el llanto. Hice lo que pude con lo que tenía. Empaqué mis maletas, y huí. No volví a saber nada de él.

Hasta ese día.

Stefano se agachó lento frente a mí sin quitarme los ojos de encima. No parecía estar sorprendido de verme en lo absoluto. Algo andaba mal. Algo andaba *muy, muy* mal. Juntó los papeles que yacían esparcidos en el suelo y se puso de pié. Extendió el artículo hacia mí, haciéndome dar un paso hacia atrás instintivamente.

David carraspeó.

-Roma.- Llamó, pero su voz a penas logró atravesar mis oídos. -Te presento a Stefano Krause. Mi cliente.

No respondí nada. No pude responder. Yo solo seguía esperando a que sonara mi alarma para despertar.

Pero no. Esta vez no.

Stefano extendió una mano hacia mí, mientras sostenía mis papeles en la otra.

-Mucho gusto, Roma.- Sonrió.

Maldito.

Volver a escuchar esa horrible y carrasposa voz fue casi como sentir la falla de San Andrés bajo mis pies. Seguí sin contestar. En vez de eso, opté por hacer lo único que me sentí capaz de hacer en ese momento- rodearlo y salir de la oficina.

-Discúlpala, Stefano querido.- Escuché decir a mi jefa. -Roma tiene algo de... autismo.- La risa burlona que soltó mi ex pareja me cayó como veneno en el estómago.

-Y tú eres una perra sin escrúpulos.- Dije desde el fondo de mi corazón.

{ DOS }

No me importa si no me creyeron. A partir de ese día me dio un supuesto virus súper contagioso que me dejó en cama durante tres días. No quería salir de mi departamento, y menos ir al trabajo. Le dije a Elena que continuaría con mis pendientes desde casa (por el virus, claro). Pero el susodicho virus tenía nombre y apellido: Stefano Krause. Me daba pánico saber que estábamos en la misma ciudad, y peor aún, que estuvo en mi trabajo. No podía ser ninguna coincidencia- y menos cuando vi la cara enfermiza que puso al verme... llena de satisfacción, como si su plan hubiera funcionado justo como se lo había imaginado.

David me escribió algunas veces a lo largo de esos días que estuve en casa. Incluso se ofreció a llevarme algo de comer, pero insistí en que lo que tenía era muy contagioso y no quería que se viera perjudicado. No es que no quisiera decirle a David lo que había pasado con mi ex pero... bueno, la verdad es que sí- no le quería decir. Los únicos que supieron (a groso modo) lo que pasó, fueron mis papás y Nadia. Nadie más. Y por el momento, pretendía mantenerlo de esa manera. Además- era el abogado de Stefano. ¿Qué tal si ya sabía sobre todo lo que me había hecho? ¿Y si todo era un engaño?

Me estaba volviendo loca. Sentía que no podía confiar ni en mi sombra.

Al cuarto día, no tuve más opción que salir de mi departamento. Me puse un conjunto lindo, me abrigué bien, tomé el bonche grueso de hojas impresas que había dejado sobre mi escritorio y salí -no antes sin respirar hondo- de mi departamento.

El taxi me dejó enfrente de una cafetería a la que nunca había ido antes. Tengo que admitir que me gustó mucho, y que, si no hubiera estado tan lejos de donde yo vivía, seguramente hubiera pasado largas horas ahí.

Había llegado 15 minutos antes de la hora acordada, y la verdad es que me sentía orgullosa. Después de los tres últimos días de perros que había pasado y mi pésimo manejo del tiempo, me merecía una estrella en la frente. Bueno, dos.

Justo como me había imaginado, Marcelo llegó cinco minutos después de mí.

Qué hombre tan puntual.

-Roma, querida.- Me levanté de mi asiento y le di la mano a Marcelo. - Disculpa la demora, había algo de tráfico.

¿Demora? ¿Me perdí de algo? ¿Acaso en este negocio la puntualidad significaba llegar media hora antes?

-Para nada, señor.- Sonreí amablemente mientras ambos ocupábamos un lugar en la mesa. -Llegué apenas hace cinco minutos.

-Por favor.- Marcelo soltó una risa y negó con la cabeza. -Nada de señor. Dime Marcelo.

-Okey.- Respondí con una sonrisa genuina.

Estuvimos hablando casi una hora sobre él y después sobre mí. Me contó un poco de su historia como escritor (no le fue muy bien) y de cómo, en su lugar, prefirió enfocarse en el negocio editorial (le fue extremadamente bien). Y me dio mucho gusto por él. Se notaba por la forma en la que hablaba de su trabajo que era algo que de verdad disfrutaba.

Después preguntó un poco sobre mí. Le di los detalles que creí importantes- universidad, trabajo, pasatiempos, metas (en cuanto a la escritura), y algunos de mis trabajos terminados, además del libro que me pidió que llevara ese día.

Finalmente, llegamos a la parte que más ansiosa me tenía. Mi libro.

-Me interesa.- Dijo de golpe. -Como todo borrador, falta pulir algunos detalles. Pero hasta ahora, lo que he leído me ha encantado.

¿Y si es una estafa y solo quiere robarse mi libro?

Imposible. No soy ninguna novata, leí todo sobre él y su editorial en el internet, y era una empresa verdadera. Y sobre todo, con muchos, muchos libros publicados. *Buenos* libros.

-¿De verdad?- Pregunté ilusionada, sin poder creerme lo que estaba escuchando.

-Por supuesto, querida.- Marcelo sonrió. -Claro, me falta leerlo todo y como te digo, corregir y modificar algunas cosas; pero por ahora...- Hizo una pequeña pausa y puso una mano sobre el montón de hojas que había sobre la mesa. -Me interesa.

Cuando salí de la cafetería, el aire fresco de las calles me pegó en la cara, haciéndome sonreír. Todavía no lo podía creer. No entendía cómo mi libro había pasado de ser desechado como basura, a tener una oportunidad. Una oportunidad *de verdad*- yo podía tener una oportunidad como escritora. Y eso me daba miedo, pero me emocionaba muchísimo más de lo que me asustaba. No solo era mi sueño ser una escritora, sino que era mi meta. Una meta que fijé desde niña a escondidas de todos, con miedo a que nunca fuera a pasar y me convirtiera en una decepción para todos... para mí misma.

Ya no más.

A partir de ese día, dejé de esconderlo. Dejé de tratarlo como una meta imposible, y comencé a trazar el rumbo posible. El plan posible.

Pero claro... esto no es un cuento de hadas, y tampoco me parezco mucho a una princesa.

El teléfono empezó a sonar en mi bolsa. Cuando lo saqué, la pantalla ponía: *desconocido*.

Un sentimiento enfermizo se formó en el centro de mi panza. Los pelos de mi nuca se pusieron de punta, y el aire frío que pegaba en mi cara comenzó a sentirse helado- como astillas en mis mejillas y nariz.

Piqué el botón verde para contestar.

-¿Sí?

-Nena.- La voz de Stefano resonó al otro lado de la línea. -Ya extrañaba escucharte. ¿Cómo has estado?

Quitó el teléfono de mi oído y colgué de inmediato.

{ TRES }

Hice lo mejor que pude.

Y aún así, no fue suficiente. Estaba ahí, sentada frente a Stefano, en un restaurante carísimo.

Ah sí, y con *muchas* ganas de vomitar. O salir corriendo. O ambas.

Antes de que me condenen por haber estado ahí con él... quizá sea una buena idea esperar a que sepan toda la historia.

-¿Qué pasa, guapa? ¿No te da gusto verme?- Stefano sonrió y le dio otro trago a su copa de vino. Pidió una botella (a pesar de que le dije claramente que yo no quería tomar), y ahora mi copa de vino descansaba llena enfrente de mí.

-¿Qué quieres, Stefano?- Dije por fin.

-Ah, directo al grano.- Mi ex dejó su copa sobre la mesa. -Sin rodeos. Esa es mi chica.

-No soy tu chica.- Espeté. -Y si no vas a decirme por qué has estado acosándome, entonces me voy.

-Okey. Bien, tranquila. Te voy a decir por qué estoy aquí.

Mi estómago dio una vuelta de 360 grados.

-Vine a recuperarte.

Solté una risa irónica, pero honesta.

-¿Recuperarme? ¿En serio? Pues ya te puedes ir a la mierda, porque eso es imposible.

-Mmmm.- Stefano negó con la cabeza. -Nunca me ha gustado cuando dices groserías. Esa linda boca no se lo merece.- Puse los ojos en blanco ante su comentario. -En fin. No tienes mucha opción, Roma. ¿O te recuerdo que de mí depende que tu triste trabajo no cierre? Me imagino que no quieres que cierre

Énfasis, y mucho menos que todos tus compañeritos se queden sin trabajo.- Stefano puso cara de falsa lástima, y me dieron ganas de romperle la cara.

-Si crees que eso me va a hacer regresar contigo, estás *muy*, muy equivocado.

-Me imaginé que dirías algo por el estilo.- Stefano sonrió, y puso una memoria USB sobre la mesa. -Así que traje refuerzos.- Me congelé sobre mi asiento. -¿Te acuerdas de las cámaras que puse en mi departamento? Ya sabes, las que puse para cuidarte y que no te me escaparas en medio de la noche.

Tragué grueso.

-Bueno, esas mismas cámaras grabaron lo que me hiciste esa noche. ¿Te acuerdas, nena?

Los recuerdos empezaron a golpearme bruscamente antes de que pudiera detenerlos. La sangre, los gritos, las amenazas... No fue mi intención. Hice lo que pude con lo que tenía en ese momento.

Me *defendí* de él.

Esa noche decidí que era momento de irme. Había estado viviendo con Stefano durante siete meses, y ya no lo aguantaba un segundo más. Los focos rojos estuvieron prendidos desde el principio, pero yo estaba chica y él supo manejarme a su antojo. Me *moldeó* a su medida. Y cuando menos me di cuenta, ya estaba frente al espejo, preguntándome en qué momento habían aparecido esos dos moretones en mi cara. ¿Stefano lo había hecho? *Imposible*. Me amaba, ¿no?

Estaba totalmente envuelta en su red. Era una montaña rusa todos los días, y la salida no parecía ser una opción. Sus abusos venían seguidos de flores, regalos, consuelos, disculpas, cariño; hasta el punto en que se me olvidaba lo malo que podía llegar a ser. Lo violento y abusivo. Él se encargaba de hacerme olvidar.

Pero después de que pasaba el tiempo, también se encargaba de hacerme recordar.

Hasta que por fin me cansé. *Por fin* llegué a mi límite. Un límite al que ni siquiera sabía que era posible llegar- o que *existiera*.

¿Era posible decir que no? ¿Irte?

¿Defenderte?

Ese día, Stefano salió en la noche a comprar no se qué, y yo aproveché la oportunidad para juntar todas mis cosas importantes e irme. Cuando llegué a la sala con mi maleta, escuché unas llaves intentando abrir la puerta. El pánico inundó mi cuerpo y como pude, escondí mi maleta detrás de la barra de la cocina justo al mismo tiempo en el que Stefano entró en el departamento.

-Se me olvidó mi cartera.- Explicó con una sonrisa en los labios al verme parada en la cocina. -¿La has visto? No sé dónde tengo la cabeza últimamente.

Tragué grueso y respiré. Miré alrededor buscando la maldita cartera con fingida tranquilidad hasta que la vi.

-Ahí está, amor.- Señalé hacia ella lo más calmada posible.

Stefano siguió mi dedo hasta verla. Estaba en la mesa de la sala.

-Ahí estás.- Murmuró y caminó hacia ella. -Menos mal que la encontré.- Metió la cartera en la parte de atrás de su pantalón.

-La encontré *yo*.- Espeté agresivamente sin pensar dos veces.

Stefano volteó a verme sorprendido, y un segundo después arrugó las cejas, enojado.

Ay no.

-¿Y eso qué importa?

Solté una risita fingida y di un paso hacia atrás, tratando de cubrir la maleta lo mejor posible.

-Tienes razón.- Negué con la cabeza. -Perdón, yo tampoco sé en dónde tengo la cabeza.

-Estás rara.- Afirmó sin titubear.

-¿Qué?- Fruncí el ceño. -No es cierto.

Siempre fui un horror mintiendo. De verdad, creo que hasta doy lástima.

-No me mientas.- Stefano avanzó unos pasos hacia mí, decidido a encontrar esa falla en mi actitud.

La mirada de Stefano se deslizó hasta dar con la maleta que creí perfectamente escondida.

-¿Qué es eso?- Ahora me miraba apático- frío. Y lo conocía lo suficientemente bien como para saber que eso no significaba nada bueno.

Me quedé inmóvil en mi lugar, tratando de parecer calmada.

-Unas cosas que tengo que tirar.- Puse cara de fastidio, como si me diera la flojera de todo el mundo tener que hacerlo. -No tienes ni idea, estuve toda la tarde de ayer sacando cosas y...

-Quítate.

-Stefano...

-Que te muevas dije.

Por más que quisiera, era como si mis piernas se hubieran descompuesto, cosa que desesperó a Stefano, haciéndolo empujarme a un lado brúscamente.

Su mirada se detuvo en mi maleta. Ya no había vuelta atrás.

-Nena...- Stefano volteó a verme con lástima. -¿A dónde pensabas irte? ¿Mmm?- Puso una de sus pesadas manos sobre mi hombro, congelándome en mi lugar. Ese era el poder que Stefano Krause tenía sobre mí. -Ya sabes que tú no eres nada sin mí.

-Stefano...- Empecé a decir con un nudo en la garganta. -Tú sabes que te amo mucho, pero no estamos bien. Las cosas ya no son como eran antes, por eso estoy tomando esta decisión. Es lo mejor para los dos.

Todo eso era pura mierda barata, pero tenía que encontrar la forma de salir de ahí lo menos golpeada posible. *Si es que salía.*

-¿Y haces todo esto a escondidas exactamente por qué?- Soltó una risita y puso los ojos en blanco. -No seas inmadura, Roma. Si querías terminar conmigo podías decírmelo de frente en vez de hacer todo a escondidas. No muerdo, hermosa.

No cabrón, solo golpeas.

Solté una risa falsa.

-Yo sé, yo sé. No es por eso.- Le sonreí tristemente. -Solo que sabes cómo odio las despedidas.

-Lo sé, nena.- Suspiró y me acercó hacia él. -Ven aquí.

Nos abrazamos por lo que sentí como la Edad Media completa. Y el Renacimiento. Hasta que por fin lo solté y tomé mi maleta- no podía esperar a largarme de ese pútrido lugar.

Aún así, sonreí.

-Gracias por todo, Stefano.

Ojalá te aplaste un tanque de guerra.

-Gracias a *ti*, por todo.- Sonrió de regreso.

Estaba sorprendida de lo fácil que había resultado decirle a mi novio que me iba, pero me imaginé que ya estaba harto de mí y que probablemente ya me estaba poniendo el cuerno con otra pobre niña que no sabía en lo que se estaba metiendo.

Stefano caminó adelante de mí hasta llegar a la puerta. Una vez ahí, tomó la manija, pero se detuvo y giró hacia mí antes de abrir.

-¿Un último beso?- Preguntó.

¿Qué le iba a decir? ¿NO, idiota? Por supuesto que no. No pensaba arriesgar todo lo que había logrado hasta ese momento por un miserable beso. Además, ya había aguantado cosas peores.

Sin decir nada sonreí, y me acerqué a sus labios hasta darle un beso.

Pero el quería más.

En un abrir y cerrar de ojos, Stefano me empujó contra la puerta, haciéndome soltar un quejido de dolor. Me dolía *algo*, pero estaba tan asustada que no sabía exactamente qué. El pánico se había apoderado de mí, y estaba inmovilizada entre el cuerpo firme de Stefano y la puerta.

-Stefano, Stefano.- Estaba tratando de hablar entre besos y toqueteos bruscos. -Por favor, no.

-¿Por favor?- Stefano apretó mi busto hasta hacerme chillar del dolor. - Lo que quiera mi nena.

Empecé a gritar, pero Stefano me tapó la boca de inmediato. Me dio la vuelta hasta hacerme quedar de cara a la puerta, y con su otra mano, sujetó las mías contra mi espalda. Después me llevó hasta la barra de la cocina y de un empujón, me azotó contra el mármol negro.

No paraba de moverme como loca, tratando de zafarme de su agarre, pero era muy fuerte.

-Quieta.- Usando su rodilla, separó mis piernas.

No.

-Ahora sí, hermosa. Te voy a despedir bien.

No, no, no, no.

-Para que te acuerdes de mí. Para que te enteres de lo que es *mío*. Para que cada vez que quieras cogerte a otro imbécil te paralice el recuerdo de nuestra última vez.- Escuché el sonido de su cinturón desabrochándose. -Porque no eres

de ellos, ni de nadie. Ni siquiera de ti misma. ¿Sabes por qué?- El cinturón cayó al suelo. El sonido de la cremallera me nubló la vista. Estaba llorando y ni siquiera tenía mis manos libres para poder limpiarme las lágrimas. -Porque después de hoy, cuando te veas en el espejo te vas a dar *asco*. La única persona a la que le perteneces es a mí. Solo *yo* te puedo dar todo el cariño que te hace falta. Y por eso es que sé que vas a regresar.

El instinto de supervivencia hizo acto de presencia, y como pude, mordí la mano de Stefano con todas mis fuerzas. Mi agresor gritó del dolor hasta soltarme.

-¡Zorra!- Gruñó mientras se agarraba la mano, que, hasta donde alcancé a ver, tenía un poquito de sangre. Siempre fue un dramático.

Pero fui muy lenta. Carajo, fui muy lenta.

En mi fallida huída, Stefano me agarró de la parte de atrás del pantalón y me jaló hacia él.

-¿A dónde crees que vas?

Stefano me bajó el pantalón violentamente, dejando rastros de rasguños a su paso. Pero nunca llegó a mi ropa interior.

Quizá era lenta, pero no era ninguna estúpida.

Fue todo muy rápido.

Agarré uno de los cuchillos que tenía frente a mí y clavé con todas mis fuerzas- una, dos, ¿tres veces?

Nada más recuerdo los gritos y la sangre por toda la cocina. A partir de ese momento, mis piernas recuperaron la conciencia, y cuando vi lo que había hecho, solo pudieron sacarme lo más rápido posible de ahí.

{ CUATRO }

Stefano esperó en silencio, como si supiera que los recuerdos estaban golpeándome uno a uno con violencia, haciéndome recordar esa horrible noche. Todo en él indicaba eso- su postura arrogante, la forma en la que me miraba... la *sonrisa* horrible y torcida en su estúpida boca.

Lo peor de todo es que no pude hacer nada más que quedarme sentada en mi lugar, sintiendo cómo mis mejillas se tornaban rojo y el estómago se me hacía ácido. Ese imbécil todavía tenía poder sobre mí, y eso me congelaba- me *aterraba*, me enervaba. No sabía cómo hacer que me regresara lo que nunca le perteneció... lo que me *robó*.

-Te odio.- Dije con una voz apenas audible, llena de enojo.

Pero Stefano sonrió más, satisfecho.

-Yo sabía que todavía sentías algo por mí, hermosa.

Lo peor que le podía pasar a ese tipo de hombres (si es que podemos llamarles hombres) abusivos e hijos de puta, es que la persona a la que tanto se empeñaban en hacer mierda, llegara a sentir solo indiferencia por ellos. *Eso* les aterraba a ellos. Y es lo que intenté mostrar cuando accedí verlo.

¿Qué por qué carajo accedí a verlo? Bueno, no es tan fácil.

Una semana después de haberlo apuñalado, me llegó un correo. Era él. Había logrado contactarme, a pesar de que lo bloqueé de todos lados y me fui con mi mamá y mi papá a la casa del faro. Lejos de él. Me estaba acosando, y yo solo podía huír porque tenía miedo de que, si decidía ir a la policía como me decían mis papás, Stefano me denunciara por lo que le hice... y lo triste de este sistema injusto, es que el poderoso gana. En este caso, él.

Por eso me fui a vivir a Barcelona. Ya saben, empezar de nuevo, bla bla; todo inicio de una película de comedia romántica. Sabía que lo más probable

era me buscara en algún momento, pero prefería tragarme la mentira de que no se iba a tomar tal molestia. *Mal*. Claro que se iba a tomar la molestia. Lo había apuñalado. Me iba a buscar y me iba a hacer pagar.

Él mismo me lo dijo después de haberle clavado ese cuchillo.

Así que cuando se apareció, lo supe. Estaba ahí para cumplir su promesa. No tenía más remedio que irlo a ver, o no iba a descansar hasta hundirme.

Ese es el problema de tratar de huír de tu pasado, de los problemas, de tus demonios- *siempre* terminan alcanzándote. Y Stefano ya me había alcanzado.

-Asco y odio.- Respondí.

-Sentimientos son sentimientos.- Stefano se cruzó de brazos y se recargó en el respaldo de su silla. -Tranquila, yo me voy a encargar de cambiarlos poco a poco.- Levantó su copa y le dio un trago al vino. -A partir de hoy, nuestra primera *cita*, vas a mudarte conmigo, y las cosas van a volver a ser como eran antes.- Regresó la copa a la mesa y sonrió. -A menos claro que prefieras que le entregue esto a mis amigos de la policía y cierre tu triste trabajo. De cualquier manera, vas a terminar conmigo. Solo es cuestión de ver qué tanto estás dispuesta a perder.- Stefano se reclinó sobre su silla y puso su mano encima de la mía. No podía moverme, y él lo sabía. -Podemos hacerlo por las buenas...- Sin previo aviso, tomó mi piel entre sus dos dedos y pellizcó con fuerza. -O por las malas.

No moví la mano. Sentía el dolor, pero era como si no me importara. Como si no me doliera lo suficiente como para quitar la mano, o siquiera hacer una mueca de dolor.

Unos segundos después dejó de apretar y comenzó a acariciar el lugar donde había lastimado con su pulgar. Su tacto era suave, sutil, casi inexistente. Me pregunté cómo era posible que un hombre pudiera actuar de una manera tan tierna después de haberle hecho daño a la persona que se suponía tanto quería.

Más bien ese era el problema- Stefano era incapaz de querer. Las únicas veces que mi ex mostraba su versión más real, era cuando estaba haciendo daño; con sus palabras, con su cuerpo, con sus manos, con su voz... El resto del tiempo solo actuaba.

No sabía qué decir. Cómo actuar, qué hacer, cómo responder. Así que solo me quedé en mi lugar, callada- pero maquinando en mi cabeza todas las posibilidades. Y claro, intentando inhalar y exhalar.

-Una cosa más.- Dijo y soltó mi mano. Mi respiración regresó a la normalidad. Bueno, casi. -A partir de hoy dejas la vida de puta que tienes con mi abogado.

David.

Mi corazón se hizo chiquito y comenzó a llorar. ¿Qué se supone que iba a hacer? Estaba atrapada y sola sin saber qué hacer. Nadie te da una clase en la escuela de cómo sobrevivir a un abuso. No hay manuales tampoco, ¿o sí? En ese momento pensaba que lo más inteligente era ir con la policía, pero estaba aterrada. Solo podía pensar en todos los casos en los que mujeres se defendían de sus parejas abusivas y terminaban en la cárcel por intento de homicidio. Yo no quería ir a la cárcel...

Pero no podía desmoronarme. Tenía que pensar. Ya no era la misma niña que era cuando Stefano decidió que yo iba a ser su próxima víctima. Ya había crecido y aprendido. Y lo más importante era que sabía que, si logré salirme una vez de esa situación, podía hacerlo otra vez.

-Ya te perdoné. Pero no voy a tolerar que vuelvas a hacerlo.

-¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? - Fueron las únicas palabras que lograron salir de mi boca.

Stefano soltó una risa burlona.

-No seas estúpida, hermosa.- La contradicción en su insulto seguido de cumplido casi me hizo soltar una risa. -*Jamás* te pondría un dedo encima. No más de lo necesario, claro.

Las palabras salieron volando de mi corazón, no de mi boca.

-Eres un enfermo, demente, asqueroso, *hijo de puta*, violador de ¡mierda!- La última palabra salió disparada por todo el restaurante, haciendo que muchas miradas voltearan en nuestra dirección.

-Ah ah ah ah.- Stefano levantó un dedo, y lo puso contra sus labios, indicándome que me callara. -Shh. Ya te dije que no me gusta cuando usas tu linda boca para decir cosas tan feas. Te ves mal, Roma.

Respiré hondo. Una, dos, tres, cuatro, cinco...

Cuando no sepas qué hacer y tus sentimientos estén al borde del colapso, justo a punto de explotar- recuerda.

Regresa al origen.

¿Quién eres?

Inhalé profundo al recordar esas palabras y cerré los ojos durante unos segundos.

Mi nombre es Roma Cohen.

24 años, hija única.

Pelo negro, corto y lacio;

nariz alargada, pómulos marcados.

Cara redonda, sonrisa grande, ojos castaños,

cejas delgadas y orejas grandes.

Abrí los ojos y exhalé.

-Está bien.- Mi respiración estaba más calmada, y mi corazón ya no amenazaba con salirse de mi pecho. -Voy a volver contigo. Pero antes tienes que darme dos días para arreglar algunas cosas.

-Bien. Pero solo dos días.- Stefano parecía satisfecho pero también algo desconcertado y sorprendido por mi respuesta. -Y ni se te ocurra ir con la policía, porque me voy a enterar. Y ya sabes de lo que soy capaz de hacer por ti, Roma.

{ CINCO }

-¿Ya estás lista?- Nadia entró a mi cuarto con una media sonrisa llena de tristeza y mucha preocupación. Yo me encontraba sentada en la cama, acomodando las últimas cosas dentro de mi maleta. Stefano no tardaba en llegar por mí. -Roma... ya sé que ya te lo pregunté varias veces pero... ¿estás segura de lo que estás haciendo?

-Segura.- Respondí con falsa seguridad y una sonrisa triste en los labios.

Nadia exhaló derrotada y caminó hacia mí para darme un abrazo. La apreté con todas mis fuerzas mientras una lágrima se deslizaba rebelde por mi mejilla.

-Gracias.- Le susurré a mi mejor amiga. Nadia me soltó, y me volteó a ver con seriedad.

-Vas a tener cuidado. ¿Verdad?

-Te lo prometo.- Le regalé otra sonrisa honesta pero asustada. Nadia asintió con la cabeza, se dio la vuelta y caminó hasta salir por la puerta y cerrarla a sus espaldas, dejándome totalmente sola. El miedo empezó a recorrerme el cuerpo, apoderándose de mí casi por completo. Comencé a temblar y maldije en voz baja. Stefano no podía verme así, tenía que controlarme.

Me levanté de la cama y me dirigí hasta el espejo. Tenía un vestido rojo, justo como el que tenía cuando era pareja de Stefano. Debajo de la rodilla para los malpensados pero con una apertura hasta abajo en la pierna derecha, para la imaginación de las parejas. Espalda destapada porque “me daba elegancia”, y el escote modesto, pero lo suficientemente abierto para que diera una pequeña probada de mis bonitos atributos, siempre dejando claro que podían ver pero nunca tocar, porque tenían dueño. Al menos esas eran las rebuscadas y estúpidas palabras sin sentido que decía mi ex. Se empeñaba en recordarme lo mucho que

le fascinaba ese vestido, y que como los toros, le era imposible no avalanzarse sobre mí.

El maquillaje que llevaba ese día era completamente ajeno a mí, me hacía parecer muñeca de porcelana y no en el buen sentido (si es que existe uno). Gruñí en desagrado y caminé hacia mi cama.

Ya tenía todo listo. Ah sí claro, excepto la voluntad.

Cerré la maleta y la puse sobre el piso. Estaba ligera, pues no había metido casi nada. Sonó mi celular sobre la cama, haciéndome voltear al instante. Tenía una taquicardia terrible, y cualquier cosa me hacía saltar del susto.

Era David. Quería responder a sus mensajes pero... no sabía cómo empezar a contarle todo lo que estaba pasando. No me sentía lista, y la verdad es que me aterraba que no me creyera. Por una parte me sentía culpable, porque estamos hablando de David- ¿cómo no me iba a creer? Pero, por otro lado, me costaba trabajo abrirme, y sobre todo confiar en alguien.

De cualquier forma, en esos momentos tenía algo más urgente en lo que concentrarme.

Justo cuando ese pensamiento cruzó mi mente, alguien empezó a tocar la puerta. Los pelos de todo mi cuerpo se pusieron de punta, y pude sentir un escalofrío recorriendo mi columna vertebral.

Stefano.

Lo sabía porque lo estaba esperando, pero también lo sabía por la forma en la que tocaba la puerta- con seguridad, como si fuera su propia casa. Como aquellas veces que se le olvidaba la llave de la casa y regresaba a tocar la puerta para poder entrar por ella. Y es que, en su cabeza, ese día él no venía por cualquier cosa. Él venía a reclamar lo que era *suyo*. Lo que le pertenecía.

Tragué la bilis que se había acumulado en mi boca y respiré hondo. Me enderecé decidida, postura erguida, sonrisa en los labios, maquillaje perfecto.

Crucé la sala de mi casa y abrí la puerta.

Stefano estaba parado del otro lado. Vestía un traje formal del que... bueno, evitaré entrar en detalles porque no es que me importe describir cómo venía vestida una persona que me importa tan poco. Así que lo dejo a su libre imaginación. Lo que sí no voy a omitir mencionar, es la forma en la que me miraba. Me recorrió de arriba abajo con unos ojos llenos de lujuria- de deseo. Como animal viendo a su presa.

-Te ves...- Miré con odio cómo tragaba grueso, haciendo mover su manzana de Adán. -¿Me vas a invitar a entrar?

-No creo que sea buena idea.- Dijo, dirigiéndole una mirada insegura.

-Tranquila, solo quiero conocer el departamento en el que te has estado escondiendo todo este tiempo.- Dijo a modo de broma, aunque no fuera para nada una.

-Pero rápido. Quiero irme antes de que mi mejor amiga regrese del trabajo.

-¿Por qué? ¿No quieres que conozca a tu futuro marido? - Ladeó la cabeza y sonrió. Esa era su triste forma de coquetearle a alguien. No podía creer que en el pasado prácticamente me derretía cada vez que hacía eso; y claro que él lo sabía. Se aprovechaba de eso para convencerme de muchas cosas que no quería hacer, pero después me fui dando cuenta de la “sutil” manipulación que ejercía sobre mí, y empecé a negarme a pesar de sus intentos.

Ahí es cuando empezaron las no *tan* sutiles manipulaciones.

-No seas estúpido. No se qué cuentito romántico te hiciste en la cabeza, pero si estoy aceptando irme contigo es porque no tengo otra opción. Así que pasa, ve la maldita casa, y vámonos de aquí.

Stefano frunció el ceño y puso expresión herida, pero después se compuso y sonrió.

-Está bien, cariño.- Respondió tomándome de la cintura y plantándome un beso en la mejilla. Yo solo me quedé ahí, echa una furia, conteniendo las ganas de patearlo en los testículos y tratando de respirar.

(Muy a mi pesar), Stefano entró a mi departamento. Le echó un vistazo a la sala, miró por la ventana a la calle, se asomó en la cocina y después entró a mi cuarto. No entró al de Nadia, sabía perfectamente en dónde dormía yo- lo que me dio un escalofrío. Parecía agente de bienes raíces tratando de analizar el maldito departamento para venderlo.

-Unas fotos nuestras y quedaría perfecto.- Comentó de espaldas a mí.

-Qué lástima. Las quemé todas.

-Da igual. La memoria nunca olvida.- Stefano se volteó y caminó hacia mí con expresión alegre. -Además, siempre podemos hacer nuevas. Ya, hermosa. No quiero que estés enojada conmigo... vamos, yo sé que todavía me quieres.- Me tomó nuevamente de la cintura y puse expresión de enojo y de pocos amigos, pero esta vez no me quitó. -Vamos a dejar atrás el pasado, ¿sí? Al menos yo ya lo hice... -Stefano sonrió y subió su mano por mi cintura hasta mi brazo, y de mi hombro a la cara. Acunó mi mejilla en su mano, y unas lágrimas empezaron a formarse en mis ojos.

-Me hiciste mucho daño, Stefano. Mucho...

-Yo lo sé, yo sé, Roma. Pero las parejas hacen eso... se dañan. Pero es porque se quieren... se *aman*. Como yo te amo a ti.- Me limpió una lágrima con el pulgar. -Y como yo sé que tú me amas a mí.

Bajé la cara y fijé la mirada en mis pies, pero Stefano no me lo permitió durante mucho tiempo, pues me tomó de la barbilla y la subió, obligándome a mirarlo.

-¿Verdad?- Preguntó.

-Eres la peor persona del mundo.- Respondí con toda honestidad. -Y me odio por esto, pero sí- sí te amo todavía.- Dejé que el resto de las lágrimas salieran de mi corazón, una tras otra, mientras Stefano me envolvía en sus brazos.

-Shh...- Stefano me acarició del pelo, buscando consolarme. -Tranquila. Ya estoy aquí. No me pienso ir a ningún lado.

Stefano me separó de él y sonrió.

Ahí estaba. Esa mirada.

La mirada de triunfo.

Recuperó lo que era suyo.

Logró enredarme otra vez.

Se acercó a mis labios y me dio un beso corto, suave- lento.

-Espera, espera.- Puse mi mano sobre su pecho y empujé suavemente, haciéndolo retroceder. -Si vamos a hacer esto...- Levanté mi mano, indicándole que esperaba algo de él. No tuve que decir más, entendió de inmediato.

-Ah-ah.- Negó con la cabeza mientras ponía más distancia entre los dos. -No. Ya sé lo que estás haciendo. Quieres la memoria para joderme.

-¿Joderte? Acabas de decir que dejemos el pasado atrás, Stefano. ¿De verdad esperas que lo haga mientras tú tengas esa memoria? No me parece justo. Y si no me equivoco... -Levanté las cejas. -Odias los tratos injustos.

Stefano se quedó callado unos segundos y se lamió los labios.

Bingo.

-No la traigo conmigo.- Murmuró.

¿Les mencioné que además de macho golpeador, también era pésimo mintiendo?

-Stefano...- Presioné y me sentí como una mamá, insistiéndole a su niño que confiese lo que hizo.

Stefano volvió a lamerse los labios.

-Está bien, está bien.- Metió la mano en uno de sus pantalones y sacó la memoria. La miró durante unos segundos, y después me miró a mí. No sabía si confiar en mí, y con toda la razón. Si yo hubiera sido él, tampoco habría confiado en mí.

Stefano sonrió.

-¿Qué?- Ladeó la cabeza y puso la mano que tenía la memoria atrás de su espalda. -¿No me vas a dar nada a cambio?

Puse los ojos en blanco y me acerqué a él.

-Ya te voy a dar mi vida. ¿No te parece suficiente?

Mi ex puso cara de duda. Después soltó una risita y con la otra mano me tomó de la cintura y me acercó a él.

-Al menos dame un beso. Me lo merezco, ¿no crees?

No.

Contuve la respiración y le di un beso corto en los labios.

Cuando nos separamos, la mirada de Stefano ya era otra.

Estampó sus labios contra los míos con una desesperación voráz, deborando a su presa. Mordió mi labio con fuerza hasta que sentí el sabor a metal en mi boca, y presionó su cuerpo contra el mío. Me llevó hasta el sillón de la sala y me aventó encima de él, mi cabeza golpeando en seco contra el duro descansabrazos.

-Stefano.- Puse mi mano sobre su pecho, tratando de empujarlo.

No reaccionó.

Empujó su cuerpo más fuerte contra el mío y gimió. Subió una mano dentro de mi vestido y tomó la esquina de mi ropa interior, jalándola hacia abajo y dejándola caer rota sobre el suelo.

-Espera, espera espera, Stefano.- Intenté empujarlo otra vez, pero fue inútil. -¡No quiero!

Junté todas mis fuerzas y le di un rodillazo en la entrepierna, haciéndolo gemir -esta vez- de dolor. Escuché algo caer al suelo.

Era la memoria.

-¡Que te quites!- Dije entre dientes y me levanté del sillón lo más rápido que pude. Vi la memoria en el suelo pero supe que no había tiempo para eso, así que opté por otra opción.

-¡Te dije que mi amiga va a llegar en cualquier momento!- Mientras le gritaba, aproveché para patear la memoria hacia la parte de abajo del mueble que sostenía la televisión.

Stefano seguía recuperándose del golpe en el sillón.

-¡Maldita sea, Roma! ¡Estás loca!- Se levantó hecho una furia y empezó a caminar hacia mí.

-Espera espera espera.- Levanté una mano para detenerlo. Me dio un manotazo, quitándola de su vista. -¿Por qué te enojas?- Fruncí el ceño, fingiendo confusión.

-¡Me diste un rodillazo!- Estaba perdiendo la paciencia. -¿Te parece poco? Levanté los hombros, indiferente.

-Mira perra malcriada.- En una zancada, ya me tenía agarrada del cuello, su cara apenas a centímetros de la mía. -Te voy a enseñar a respetarme de una vez por todas.

Estaba aterrada, mis rodillas temblaban y el corazón se me iba a salir del pecho. El pánico empezó a apoderarse de mí, inmovilizándome- nublándome la vista.

No por favor, ahora no.

Pero ya era demasiado tarde.

Las imágenes de Stefano gritándome, escupiéndome, rompiendo cosas, golpeándome- de él abusando de mí mientras dormía, mientras lavaba los platos, mientras miraba una película... Mi primera vez, cuando le dije que no quería hacerlo y no le importó. Ni el dolor, ni el miedo, ni las súplicas. Solo pensaba en él. En lo que él quería, y nada más. Cuando terminó me lanzó una aspirina. *Para el dolor*, dijo.

Cuando volví a la realidad, sentí un dolor agudo y caliente en la mejilla. Levanté la mano y sentí. Conocía bien ese dolor. Me había golpeado.

Y peor aún- alguien estaba tocando la puerta. Pero no estaba esperando a nadie.

No, no, no, no... ¿Quién carajo está tocando la puerta?

Stefano puso los ojos en blanco y suspiró.

-Tendrá que esperar.

Se quitó el saco formal que traía puesto y lo puso sobre una de las sillas de la barra. De uno de sus bolsillos, sacó una pistola. Sonrió, la acercó a sus labios y dio una orden clara y silenciosa...

Shhhh.

{ SEIS }

Dos días antes

-No.- Nadia soltó una risa y negó con la cabeza. Pero yo no me estaba riendo. Yo hablaba en serio. *Muy* en serio. Nadia se percató y abrió los ojos asustada. -No.- Volvió a decir. -NO. Roma, no. ¿Estás loca?

-No es la primera vez que me dicen así.

-Pues yo hablo muy en serio.

-Yo también.- Respondí con seguridad. -No va a pasar nada. Es la única forma, Nadia...

-Sabes perfectamente que no lo es. Siempre existe otra forma.- Nadia suspiró frustrada. -¡Y tú eres la primera que siempre me lo dice!

-¡Pues no quiero!- Levanté las manos exhaltada. -No quiero, ¿okey? No quiero. Lo que *sí* quiero es encargarme *yo*. Tengo derecho al menos de eso, ¿no crees? De decidir qué es lo que pase con el futuro de ese imbécil y la forma en la que va a pasar. Yo. Nadie más.

-Claro que tienes derecho, Roma. Pero sabes que no se trata de eso. Solo estoy tratando de protegerte, ¡no seas necia, por favor!

Era verdad. Nadia tenía razón. Lo que yo quería hacer era estúpido, peligroso, y probablemente no iba a funcionar. ¿Y aún así? Estaba decidida a hacerlo. Porque estaba enojada. No- estaba *furiosa*. Demasiado para pensar coherentemente.

-Por favor.- Me sentía desesperada. Enojada, triste... asustada incluso. Pero tenía que hacerlo. *Tenía* que hacerlo. -Por favor, Nadia. Tengo que hacerlo. *Necesito* hacerlo.

Nadia se frotó la cara desesperada.

-Tanya decide no hacer nada para hundir a Evan, y tú no solo apuñalas a Stefan, ¡no! No, no, no. Por supuesto que no, ¡carajo! También quieres encargarte de arruinarle la vida personalmente.- Me miró con incredulidad. -Y con *mí* ayuda.

-Primero que nada, fue defensa propia.- Dije, sintiéndome lastimada por el comentario. Como si lo que hubiera hecho hubiera sido por gusto. -Me iba a *violar*, Nadia. ¿Sabes lo que es que te violen? ¿Más de una vez? ¿Y la persona en la que *confías*? ¿Qué te golpeen una y otra y otra y otra vez? ¿Qué le escupan a la comida que les haces?- Inhalé profundo, tratando de calmarme. -Haberlo apuñalado fue poco. Si hubiera sido por mí...- Decidí no terminar la oración. -Y segundo- que me ayudes o no, es decisión tuya.

-¡Vaya, gracias!- Dijo con sarcasmo.

-¡De nada!- Grité de regreso. Nos quedamos calladas por unos segundos antes de que decidiera volver a hablar. -Ya te dije, Nadia. Esto lo voy a hacer con o sin ti. ¿Que probablemente sea egoísta de mi parte? ¡Pues probablemente! No soy perfecta, ¿sí? Y por una puta vez en mi vida, hoy decido por mí.- Caminé hacia la puerta del departamento y agarré las llaves. -Pero quería tener la desencia de avisarte. Y que quede claro.- Me volteé a verla con toda la honestidad y seriedad que fui capaz de juntar. -Yo siempre te voy a querer igual. Si decides ayudarme o no. Nunca te juzgaría por decidir quedarte fuera de esto.- Sonreí triste. -Nunca.

Salí del departamento y trazé rumbo hacia la tienda de electrónicos.

{ SIETE }

Un día antes

-Un poco más a la izquierda.

Al final, Nadia decidió ayudarme. El día anterior, cuando discutimos, regresé al departamento ya de noche y me encontré a Nadia sentada en el sillón de la sala, tomándose un té. Me había servido otro a mí, y descansaba paciente a lado del suyo.

Hablamos toda la noche. Decidí abrirme de una vez por todas con alguien, y contar la historia completa de lo que pasó con Stefano. Claro, ahorrándome algunos detalles porque bueno, seguía siendo Roma. Lloramos juntas e incluso se disculpó por haber sido un poco insensible en cuanto al tema. Después, la escuché a ella. Me contó de su vida, de su relación con Tanya, de Evan... incluso de su familia. Por primera vez, Nadia se abrió conmigo. Y se lo agradecí enormemente.

Cuando despertamos, nos pusimos a trabajar.

-Un poquitito más a la derecha.- Dijo Nadia, cerrando el ojo izquierdo.
-¡Ahí, ahí, ahí!

Con cuidado, solté la cámara de vigilancia que había comprado la noche anterior, y que pusimos mi mejor amiga y yo justo en la esquina de la sala. Había quedado perfecta. No se veía, y tampoco es que alguien en sus cinco sentidos fuera a voltear a ver esa esquina. Y aunque así fuera, había una planta colgando a lado de ella, así que era imposible verla.

-No puedo creer que vamos a hacer esto.- Dijo Nadia de repente, haciéndome despegar la mirada de la cámara que habíamos colgado.

-Ey, ey.- Me bajé rápida pero cuidadosamente de las escaleras de metal y caminé hacia ella. -Si no te sientes segura, no tienes que hacerlo. ¿Lo sabes, verdad?

-La verdad es que después de anoche...- Nadia inhaló, exhaló y negó con la cabeza. -Lo que va a pasar mañana es poco, comparado a lo que quiero hacerle a ese depravado.

Sonreí ante su respuesta y le di un abrazo.

Me probé el vestido que habíamos ido a comprar a la tienda. Era rojo, justo el color que le gustaba a Stefano. La verdad es que odiaba ese vestido con todo mi ser, pero sabía que a él le fascinaría. Así que era un mal necesario. Antes de que estuviéramos juntos, mi color favorito era el rojo. Y cuando nos juntamos y usaba vestidos de ese color, me di cuenta de que Stefano cada y una de esas veces, quería acostarse conmigo. Así perdí mi virginidad. Quiero decir- esa fue la primera vez que abusó de mí. En ese lindo, y rojo vestido. Mi favorito.

Así que decidí comprar el vestido que más le gustara a él, para que no pudiera resistirse. Mi plan era simple. O más bien, poco planeado. Al día siguiente, Stefano pasaría a mi departamento probablemente usando la excusa de querer conocerlo, se quedaría un rato más, yo actuaría enojada y dolida- pero finalmente cedería, obligándolo a darme esa maldita memoria con la que me tenía amenazada. Que por cierto, por lo imbécil que era, sabía que no tenía ninguna copia.

Y ahí es cuando me forzaría a tener relaciones con él.

No iba a dejar que eso pasara, claro está. Así que eso en particular, no me tenía muy preocupada. Todo iba a quedar en cámara, la policía llegaría y por fin me libraría de esa escoria.

Roma, Roma, Roma...

Las cosas nunca pasan exactamente de la forma en la que las planeamos,
¿no es así?

{ OCHO }

-Abre la puerta.

Stefano amenazó con el arma en su mano. No era necesario que la apuntara hacia mí para saber el peligro que corría si no hacía exactamente lo que me ordenaba.

-Sonríe un poco, ¿quieres?- Puso los ojos en blanco. -Esa expresión de espanto no te la compra nadie.

Tragué grueso yforcé la peor sonrisa que probablemente he hecho en mi vida. La verdad es que, más que estar aterrada por el arma que sostenía mi ex pareja psicópata, estaba asustada por la persona que estaba esperando detrás de la puerta.

Por favor, quien sea que seas... vete.

Pero mis oraciones no sirvieron de nada. Los golpes sobre la madera volvieron a resonar por todo el departamento.

Aguanté la respiración y abrí la puerta.

No...

-David.- Dije, abriendo los ojos lo más grande que pude, en una expresión de preocupación. David me miró confundido. Negué con la cabeza despacio y disimuladamente, sin quitar la expresión de mi cara. *Vete*, advirtieron mis labios sin soltar sonido alguno. Levantó la mano y pasó su pulgar por mi mejilla, justo por encima del golpe que Stefano me había dejado. Apretó la mandíbula y bajó la mano.

-¿Puedo pasar?- Preguntó, seguro de sí mismo. No tenía idea de lo que estaba pasando adentro de ese departamento, pero ya había tomado su decisión. La decisión de quedarse.

-No creo que sea buena idea, tengo...- No pude terminar la oración.

-¿David?- La voz de Stefano retumbó en mis oídos, justo atrás de mí. -
Hombre, ¿qué haces tú aquí? ¡Pasa, pasa!

-¿Stefano?- David frunció el ceño desconcertado. -¿Stefano *Krause*?

Cuando sentí el metal de la pistola en mi costilla izquierda, no tuve más opción que dejar pasar a David.

Cerré la puerta a mis espaldas tan pronto David estuvo dentro. Tonta e inocentemente, pensé que quizá Stefano le ofrecería una cerveza, hablarían, y David se iría.

Eso no fue lo que pasó.

{ NUEVE }

David tomó asiento en una de las sillas de la barra de la cocina, y miró a su alrededor. Quizá no lo conocía tanto todavía, pero sí lo suficiente para darme cuenta de que estaba observando todo, analizándolo.

Quería averiguar qué es lo que estaba pasando.

-¿Quieres algo de tomar?- Preguntó Stefano, y le dio una palmada (más fuerte de lo necesario) en la espalda. -¿Cerveza, agua? – Ofreció, como si la casa fuera suya. En fin, un idiota hecho y derecho.

Busqué la pistola con la mirada, pero no la encontré.

¿Dónde la tiene?

-Nada, muchas gracias.- Sonrió tranquilo, manteniendo la expresión en su semblante intacta. -No sabía que ustedes dos se conocían.- Agregó David y Stefano soltó una risa incrédula.

-Más bien *yo* no sabía que ustedes *dos* se conocían.- Stefano se lamió los labios y pasó un brazo posesivo por encima de mis hombros, apoyando todo su peso sobre ellos y sosteniendo la mirada sobre David.

Pero David no estaba poniendo atención. Ni a mí, ni a Stefano. En cambio, tenía la mirada clavada en el suelo de la sala. Volteé los ojos para entender lo que estaba viendo, y la vi.

Mi ropa interior tirada y rota en el suelo.

-Muy poco.- Se limitó a responder David, regresando la mirada a mí.

Había atado cabos y su mirada lo decía todo. Sabía lo que estaba pasando- al menos lo necesario para saber que no era nada bueno.

Con la mirada, le volví a rogar que se fuera, pero no movió ni medio dedo de su lugar.

-¿Muy poco?- Preguntó Stefano, todavía el tono incrédulo en su voz. Soltó mis hombros y caminó hacia la barra enfrente de la que estaba sentado David, y recargó ambos codos en ella. -No considero coger como “muy poco”.

David frunció el ceño ante el comentario y negó con la cabeza.

-¿Y yo cómo coño iba a saber que te gustaba ella? Me hubieras dicho y ya está, en vez de tanto drama.

Crucé los dedos mentalmente y recé porque la pequeña actuación de David funcionara... de algo.

-Pues ya lo sabes idiota.- Stefano se enderezó y caminó hacia él. -Cuentas claras amistades largas.- Sonrió, y con el brazo, le mostró el camino hacia la salida. -Ya te puedes ir.

David se levantó de la silla.

-Toda tuya.- Le guiñó un ojo a Stefano y empezó a caminar hacia la salida. Pero antes de llegar a la puerta, se volteó en un segundo y le dio un derechazo en la cara a mi ex. Stefano se tambaleó hacia atrás desconcertado y se tocó la cara. Un segundo más tarde, ya se había avalanzado sobre David, tirándolos a ambos al suelo.

Golpeó a David una, dos, tres, cuatro veces en la cara. Estaba hecho furia.

-¡Déjalo!- Grité enojada y me acerqué por atrás, tomándolo de la cara y jalando hacia atrás. Clavé mis dedos lo más fuerte que pude en sus ojos y gritó de dolor. Sin darme tiempo de quitarme, Stefano me golpeó con el codo en las costillas, haciéndome caer hacia atrás. Pero David ya se hacía recuperado, y se le aventó a Stefano.

-¡No la vuelvas a tocar!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco golpes.

Eso habría sido suficiente. Carajo, habría sido suficiente si tan solo Stefano no fuera un hombre tan mañoso.

En un abrir y cerrar de ojos, tomó el arma que tenía en la parte de atrás de sus pantalones y la apuntó hacia David, haciéndolo retroceder con las manos al frente. Ambos se pusieron de pié. Yo seguía en el piso a espaldas de Stefano, buscando desesperada algún objeto pesado.

-Stefano, baja la pistola.- David trató de razonar con él, pero era imposible. Yo más que nadie lo sabía.

-No gracias.

Finalmente, mis ojos se fijaron en una estatua pesadas de decoración que teníamos sobre la mesa. Tratando de no hacer ruido, me arrastré hacia la mesa.

-Si me matas, vas a ir a la cárcel. No seas imbécil.

-No- ¡tú no seas imbécil!- Stefano movió la pistola enojado. -Nadie en su sano juicio insulta a quien le está apuntando con una pistola.

-Si me quisieras matar, ya lo habrías hecho.- Concluyó David sin dudar.

Estaba a punto de llegar a la mesa. Solo un poco más.

-Tú lo que quieres es irte con Roma y dejar toda esta mierda atrás. Empezar de cero con ella, ¿no? - Stefano no respondió. -Pues haciendo esto estás arruinando la única oportunidad que tienes de hacerlo.

-¡Callate!

Llegué a la mesa y estiré el brazo para agarrar el objeto pesado.

Pero una detonación de arma me detuvo en seco.

Pensé en David.

Stefano le había disparado.

Y todo por mi culpa.

-¡Roma!- Gritó David.

El dolor intenso que sentí fue el que me regresó a la realidad.

Qué bueno que estás bien, pensé.

Fijé la vista en el lugar que me empezaba a doler cada vez más, y más.

Tenía un hoyo en la pierna, y la sangre empezaba a salpicar por todos lados.

{ DIEZ }

-¡Tú te callas coño!- Gritó Stefano y le puso la pistola en la sien a David.

-Al menos déjame pararle el sangrado. ¿O acaso quieres que se muera, idiota?!

Stefano me miró indeciso. Imaginé a sus dos diablitos debatiéndose por una respuesta, *quizá sí, quizá no, quizá sí, quizá no.*

-Está bien. Haz que deje de sangrar.- Stefano caminó hacia la cocina sin dejar de apuntarnos a ambos y agarró un trapo. Se lo lanzó a David.

Sin perder el tiempo, se arrodilló a lado de mí y envolvió el trapo alrededor de mi muslo. Solté un quejido de dolor.

-Yo sé, yo sé, yo sé.- Dijo David preocupado, mientras se quitaba el cinturón. Lo puso alrededor de mi pierna y apretó. Lloré del dolor. -Tranquila. Vamos a salir de esta, te lo prometo.

¿Vivos o muertos? Quise bromear, pero no podía decir nada. El dolor que sentía en la pierna era agonizante.

-¡Cállate!- Stefano caminó hacia David y le puso la pistola en la nuca. - Ya te dije que no le hables a mi mujer.

-No soy tu mujer.- Alcancé a decir, apenas con una voz audible.

Stefano se arrodilló a lado de David y puso la punta de la pistola encima de mi herida, haciendo presión. Solté un grito ahogado.

-Tú te callas.- Ordenó Stefano entre dientes.

¿Ustedes creen en las coincidencias? Porque yo no.

Creo en los planes que tiene la vida para nosotros.

Y también creo en los planes de dos mejores amigas.

El zumbido eléctrico sonó por todo el departamento, y Stefano cayó en seco al suelo, convulsionando.

{ ONCE }

-¿¡Por qué tardaste tanto?!- Le reclamé a Nadia, mientras descansaba la pierna en la cama del hospital.

Regresemos un poco.

¿Se acuerdan cuando dije que no iba a dejar que Stefano me violara otra vez? Van a pensar, sí, pero dejaste que te disparara. Bueno, tienen razón, eso no lo calculé muy bien. Nunca pensé que fuera a llevar una maldita pistola. Y tampoco que David fuera a llegar.

Lo que sí estaba dentro del plan, era que Nadia se escondiera dentro de su cuarto durante todo el tiempo que Stefano estuviera ahí. Ella tenía acceso a la cámara que habíamos puesto en la sala desde su celular y claro, también tenía acceso a un *taser*. Su trabajo consistía en controlar y cuidar que la situación no se nos saliera de las manos. Básicamente, deposité toda mi confianza en ella.

Una vez que Stefano me regresara la memoria USB, intentaría acostarse conmigo. ¿Cómo lo sé? Porque lo planeé justo para que pasara así. Por eso el vestido rojo. Por eso el maquillaje, por eso el perfume que le gustaba, por eso la actuación. Y después diría que no quería. Le dije a Nadia que dejara que me forzara y maltratara un poco, que incluso dejara que me golpeará. Necesitaba evidencia clara, y estaba dispuesta a vivir con las consecuencias.

Pero después llegó David, Stefano sacó la pistola, y todo se fue a la mierda.

-¿Por qué? ¡Stefano tenía una maldita pistola, y David estaba en el departamento!- Exclamó Nadia. -Estaba cagada del susto, tonta.- Nadia inhaló profundo y se frotó la frente. -Actué cuando pude, de la mejor forma que pude. Siento haber tardado tanto.

-Tienes razón, perdón.- Le indiqué a Nadia que se acercara y nos dimos un abrazo. -Más bien... gracias.- Le di un apretón agradecida. -Estamos bien. Funcionó. Eso es lo único que importa.

-Sí.- Nos separamos y miré cómo Nadia dejaba que las lágrimas se juntaran en sus ojos por un momento. Solo por un momento. -En fin. Por cierto. Mira lo que recuperé.- Sacó de sus pantalones una pequeña memoria USB.

Bingo, bingo, bingo.

-Vi cuando la pateaste debajo de la mesa de la tele. La agarré antes de que llegara la policía. Y no te preocupes. Las cámaras solo grabaron lo que tenían que grabar. No más, no menos.- Me guiñó el ojo y le sonreí.

-Guárdala. Cuando llegue a casa la voy a destruir con un martillo y la voy a mandar por la tubería del baño.

-Hecho.

-¿Puedo pasar?- David estaba en la puerta del cuarto. Nadia me sonrió y me dijo que regresaría más tarde, dejándonos solos.

David se veía muy golpeado. Tenía unas suturas en la ceja izquierda y el labio hinchado. El ojo también- morado, hinchado. No pude evitar ponerme a llorar. Estaba triste y enojada por lo que Stefano le había hecho a David, pero al mismo tiempo lloraba aliviada por saber que seguía vivo.

David se acercó y se sentó en la cama, a mi lado.

-Ya pasó.- Dijo y me envolvió en un abrazo cálido y cariñoso. El hecho de que no me dijera que no llorara y que en vez de eso me abrazara mientras lo hacía, me hizo quererlo un poquito más aún. -Me hubiera gustado que me contaras lo que estaba pasando para poder ayudarte, Roma. Pero entiendo por qué no lo hiciste.- Tragó grueso y vi sus ojos ponerse llorosos. -Solo estoy agradecido de que estés bien.

Con el pulgar, limpié una de las lágrimas que se deslizaba por su mejilla.

-David...- Le di un beso casto en los labios y me separé para verlo a los ojos. -Creo que me estoy enamorando de ti.

David puso su frente contra la mía.

-Creo que yo también me estoy enamorando de ti.

{ DOCE }

Unos meses después

-¡Salud!- David levantó su copa, y las demás personas lo siguieron-incluyéndome.

-¡Por Roma!- Festearon alegres.

Ese día nos habíamos reunido todos en el departamento de David y mío (sí, ahora vivíamos juntos y teníamos un perro), para celebrar la publicación de mi primer libro. Estaban mi mamá y mi papá, y los de David (Dylan y Sofía), quienes resultaron estar vivos y ser un encanto de suegros. También estaban David, Nadia (y Troya), Marco, Iván, Marcelo, otros amigos míos y de David, e incluso Elena, mi ex jefa.

Después de todo lo que pasó, decidí renunciar a Énfasis para dedicarme de tiempo completo a mis libros, y Elena se disculpó por la forma en la que me trató durante esos años. Por cierto, la demanda que Stefano le había puesto a Énfasis ya no existía (por obvias razones). David me explicó de qué estaba demandando mi ex, pero la verdad es que no recuerdo bien la explicación legal que me dio. Diría mi abuela, si no te acuerdas, es que no era importante.

Ah, sí, también estaba Stefano.

¡Es broma! (Lo sé, lo sé, “jaja, muy chistosa”). Ese cabrón está refundido en lo más profundo de una celda, y no va a salir en muchos años.

No podía estar más feliz.

-Muchas felicidades, Roma.- Dijo Marcelo Minutti, mi editor, mientras se acercaba a mí con una sonrisa en el rostro.

-Gracias, Marcelo.- Le devolví la sonrisa. -Muchas gracias por todo, de verdad. Espero que podamos trabajar juntos en el futuro.

-¡Por supuesto que sí, querida! Ya te lo he dicho antes. Este solo es el comienzo.

Apareció mi jefa- ex jefa- Elena, apenada por interrumpir.

-Disculpád.- Sonrió Elena. -Solo quería felicitarte, Roma.

-Hablád, hablád. Yo voy por otro chupito, ¡que están de maravilla!- Marcelo sonrió emocionado y nos dejó solas.

-Gracias.- Respondí con honestidad ante la felicitación de Elena.

-La verdad es que lo siento mucho, Roma. Estoy apenada contigo.- Suspiró y tomó de su copa, antes de continuar. -Y no de forma hipócrita solo porque ahora vas a tener mucho éxito y tengo que quedar bien.- Negó con la cabeza. -Sino porque, después de leer la carta que me dejaste en mi escritorio el día que renunciaste... me di cuenta de muchas cosas. Fui una gilipollas, ¿verdad?

Solté una risa ante la pregunta. No solo porque la respuesta era obvia, sino por la palabra que usó.

-Un poco.- Respondí, y Elena me miró con incredulidad. -Bueno, un poco mucho. Pero lo que me importa no es que lo hayas sido, sino que ahora lo reconozcas y te disculpes. Lo aprecio mucho.- Le sonreí a Elena, haciéndola sonreír también.

-Ven acá.- Alargó los brazos y me dio un abrazo fuerte. Yo se lo regresé. -Felicidades. Te lo mereces.

Un carraspeo interrumpió nuestro pequeño momento emotivo. Gracias a Dios, porque ya me estaba incomodando.

-¿Te importa si te la robo un segundo?- Llegó David, me tomó de la cintura y depositó un beso en mi cabeza que me pareció de lo más tierno.

-Que no que no. -Respondió Elena con un acento español marcado. -¡Ala, ala! ¡A celebrar!

Levantó su copa a modo de brindis con una sonrisa en la cara y se fue a platicar con otras personas.

-Tenías razón.- Habló David, con esa sonrisa que me encantaba.

-¿Sobre qué?

-Es mejor compartir los buenos momentos con la gente que quieres.- Me dio un beso en los labios con sabor a vino tinto. -Ven, acompáñame rápido. Te quiero dar una sorpresa.

Subimos a la segunda planta y David me tapó los ojos.

-¡Pero no me dejes chocar con nada!- Dije, asustada y emocionada a partes iguales.

-Bueno.- Respondió David, y acto seguido, me subió en sus brazos.

-¡David!- Estaba muerta de la risa. -¡Bájame!- Obviamente no quería que me bajara.

Cuando llegamos, David me bajó con cuidado y me dio la vuelta.

-¿Lista?- Preguntó. Podía escuchar la emoción en su voz y me creció otra talla el corazón.

David me quitó la tela de los ojos.

Lo que vi me dejó boquiabierto, y trajo lágrimas a mis ojos.

-David...

Era uno de los cuartos del departamento que no utilizábamos. David me había dicho que lo quería usar para trabajar, y que lo iba a arreglar para que quedara como quería. Pero me había mentido. En realidad, había puesto un escritorio, una lámpara, un sillón, un tocadiscos, y un librero.

Y encima del escritorio, estaba la máquina de escribir viejita que había visto en la biblioteca, aquel día que salimos a pasear.

-Para que tengas un lugar en dónde escribir.- Dijo David. -¿Te gusta?

Volteé a verlo, lágrimas cayendo por mis mejillas. Sonreí, y salté encima de él, envolviéndolo en un abrazo con todo el cuerpo.

-¡Me fascina!- Exclamé como niña chiquita y lo llené de besos por toda la cara. -Gracias, gracias, gracias, gracias.

-Roma...- Sonrió, y vi como se le ponían los cachetes rosados. -Creo que te amo.

Sonreí con ternura.

-Creo que yo también te amo.

{ TRECE }

Poco tiempo después resultó ser- vayan por sus palomitas que aquí viene un chisme 360 grados-, que Iván y Marco estaban saliendo. Y yo estaba fascinada con la pareja que hacían. Me daba mucho gusto por Iván, en parte porque me lo iba a quitar del culo y en parte porque era un buen hombre; y también me ponía contenta por Marco, pues se merecía tener algo bonito como lo suyo con Iván.

En cuanto a Tanya y Evan... esa historia seguía estancada. La verdad es que cada víctima de violencia, sea cual sea, tiene formas diferentes de lidiar con su situación. No podemos juzgar desde lo desconocido- no *debemos*. Tanya siempre tuvo claro que en sus manos iba a tener el apoyo de la gente que la quería- y Nadia se encargó de dejárselo saber, justo antes de dejar de insistir en tener contacto con ella. Ahora estaba en sus manos la decisión sobre su futuro.

De regreso a lo bonito, pues sería de muy mala educación de mi parte quitarles la felicidad de esta gran historia- aquel viernes por la noche, David y yo estábamos sentados en la barra, platicando mientras nos tomábamos un whiskey y un gin.

-¡No te creo!- Dije boquiabierta y fingí darle un golpe en el hombro, con expresión de indignación. -¡¡No te creo!!

-Pues créeme.- Dijo cínicamente. -Fue a propósito.

-¡Qué grosero!- Seguía boquiabierta, pero estaba tratando de controlar la risa. -¡Me estafaste! ¿Nunca fue en serio lo del ticket?

-No.- Respondió y le dio un trago a su whiskey. -Sí y no. Ya sabes que soy una persona a la que le cuesta abrirse con la gente, eso es totalmente cierto. Pero, Roma.- Se volteó a verme y me rodeó la cintura con su brazo. -Solo te

quería picar el orgullo. Sabía que lo ibas a tomar como un reto, y me llamabas mucho la atención.

-Te llamaba mucho la atención.- Repetí en tono de burla. -¡Te encantaba!

-Sí, sí, tienes razón, me encantabas.- Me dio la razón, picándome cada vez más y más el orgullo. -Simplemente lo vi como una buena oportunidad para conocernos. Me da gusto que te hayas tomado en serio lo de la apuesta. Porque yo me moría de ganas de que lo hicieras.

-¡Te odio!- Ya me estaba riendo.

-Yo te odio más.- Respondió, y me dio un beso sabor a whiskey en los labios.

{ ... }

Ha llegado la parte en la que me despido de ustedes. Pero no para siempre, sino por lo pronto.

Esta historia refleja el amor, el dolor y el crecimiento de alguien como ustedes; con seres queridos, sueños, miedos, ilusiones, altos y bajos. Sepan, queridos lectores, que siempre se puede salir adelante. La vida, aunque a veces dolorosa, siempre tendrá sorpresas esperando al final del arcoíris para cada uno de ustedes. Pero para que eso suceda, será necesario seguir caminando. Y ¿lo que es aún más emocionante? Nunca saben lo que encontrarán en ese inexplorado camino rumbo al País de las Maravillas.

Dicen por ahí que toda buena historia, tiene un final. Pero yo no pienso que sea exactamente así. Más bien, creo que todas las historias tienen muchos finales, cada uno de ellos necesario, para poder dar paso a un nuevo comienzo.

Este es uno de mis finales.

Y lo sé, porque también es uno de mis nuevos comienzos.

AGRADECIMIENTOS

Muchos años, cafés, ansiedad, dolor de espalda, páginas en blanco, lágrimas, desesperación, y felicidad después; terminé mi primer libro.

Y no me queda más que agradecer a todas las personas a quienes admiro, y amo con todo mi corazón.

Sobra decir quiénes son, porque ya lo saben.

Gracias por siempre caminar a lado mío.